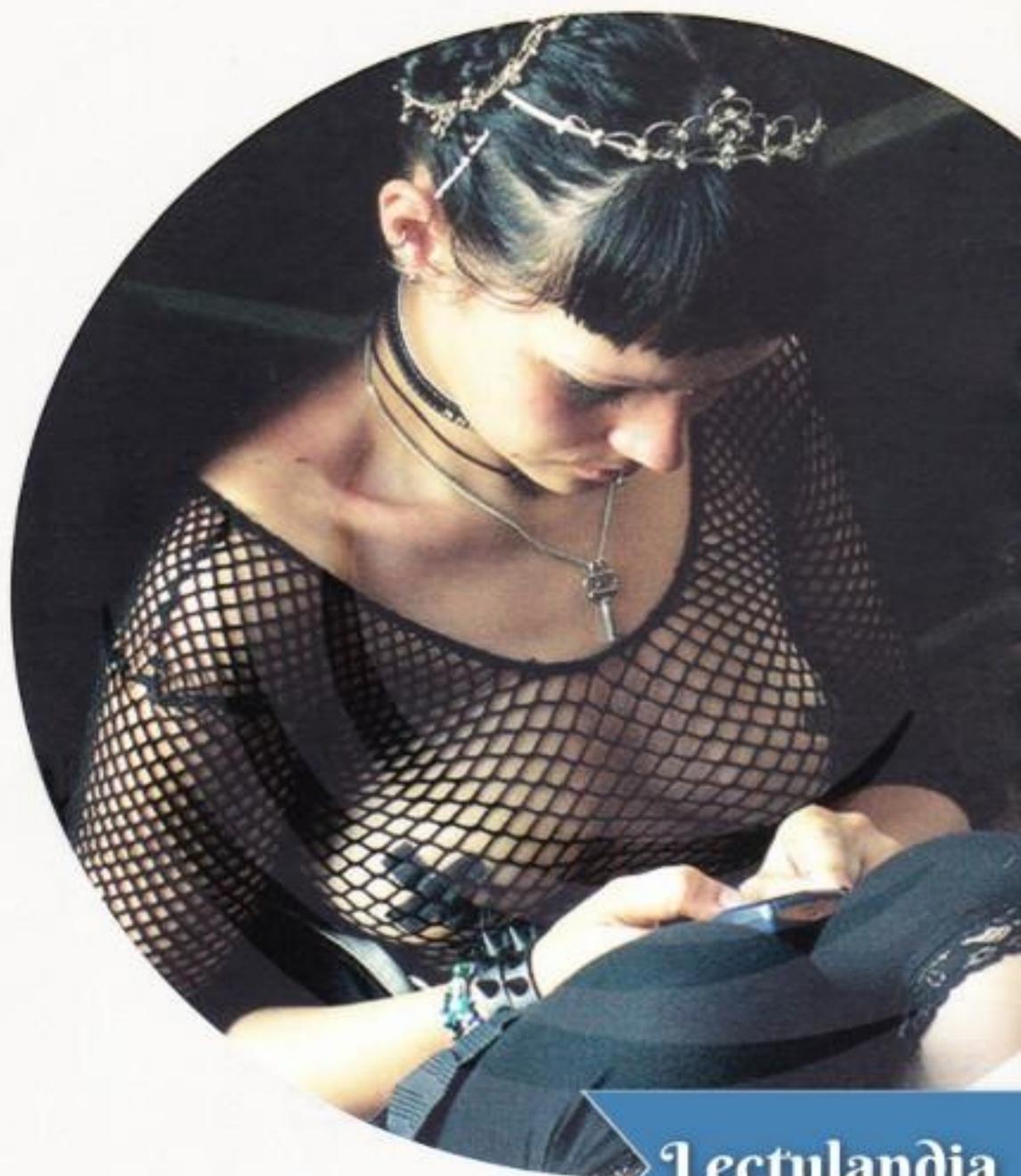




El último poeta del universo

Orlando Cruzcamarillo



Lectulandia

En *El último poeta del universo*, Orlando Cruzcamarillo relata los desasosiegos de un joven poeta de Ciudad Nezahualcóyotl que decide abrir una agencia de poemas, y cuyos clientes solicitan desde versos amorosos hasta epitafios para sus tumbas. Conforme la historia avanza, dos voces se definen y se reflejan en una serie de contradicciones y complementaciones simultáneas. Por una parte, la representación del racionalismo tecnológico en Astoriana, el personaje femenino. Por la otra, su antítesis más obvia: el sinsentido de la locura representado por el último poeta del universo.

Narrada desde la diversa peculiaridad de Ciudad Neza, esta novela presenta a un novísimo autor que ha sabido encontrar la ternura en los personajes más crudos de la urbe, que no se termina nunca.

Lectulandia

Orlando Cruzcamarillo

El último poeta del universo

ePub r1.0

Titivillus 14.06.2018

Título original: *El último poeta del universo*

Orlando Cruzcamarillo, 2010

Fotografía de cubierta: Jan Blok. *Woman sitting with cel phone at M'era Luna festival, 2007*. Creative commons

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis mapadres, Lucía y Eladio

Agradecimientos

Quiero mencionar al Taller de Literatura Fantástica del Proyecto Cultural Goliardos, al que debo mi formación o mi deformación (según se quiera ver) y en el cual desarrollé y corregí gran parte de esta novela. En especial menciono a mi amigo Oliver Edén Sánchez, Marko González, Manuel Sauceverde, Carlos López, Arturo Flores, Édgar, el Negro, Casas, y Daniel Nava Quiroz, quien tuvo la amabilidad de corregir los innumerables errores del texto, asimismo a todos los goliardos que efímeramente pasaron por el taller y me externaron sus críticas. También quiero agradecer el apoyo de Álvaro Enríque, entusiasta de este proyecto desde el Segundo *Virtuality* Literario Caza de Letras, organizado por la UNAM y Alfaguara en el año 2008, y de las que fueron mis ciberángeles de la guarda en aquella efímera aventura: Gina Haliwell y Fernanda Por Siempre. Por último, doy las gracias al goliardo mayor, H. Pascal, por sus enseñanzas y desmadrosas tertulias en el Centro Cultural José Martí. A él, todo mi reconocimiento.

Soy un poeta. Mi tía Agripina dice que es una manera elegante de decir que soy un vago, un bueno para nada. Asumo las consecuencias de mi profesión, de mi pasión. En las dos últimas semanas no he escrito línea alguna, soy un cero a la izquierda. Tengo que entregar cuatro poemas, que acaso me valgan una pequeña porción de mis deudas (luz y teléfono, urgen), y ni aún así he hecho el mínimo esfuerzo por cumplir mis pedidos. Ni siquiera he tenido el valor de plagiar a mis poetas favoritos, mucho menos a los que detesto. Lo único que hago es dormirar en mi cama y contemplar cómo el caprichoso cielo de primavera se destiñe con lluvias repentinas. No tengo ganas de leer, de salir, de comer. Lo único que quiero es olvidarme de mi fracaso, de mi último gran fracaso.

Mi ruina comenzó una tarde que fue, al principio, una promesa de placer. No preciso decir que no tengo novia, sólo amantes ocasionales, bastante ocasionales. De tal suerte que la invitación que me hizo Astoriana para ir a una fiesta me entusiasmó. Astoriana estudió ingeniería en sistemas y es jefa de todas las receptorías de Ciudad Nezahualcóyotl. Sus rasgos físicos (piel blanca y ojos canela) son un tanto insípidos, pero posee un carácter bastante firme y además es un poco celosilla, pero nada más. Ella y yo llegamos a ser lo que actualmente se dice un *free*, es decir, una pareja sin compromisos, más los que se nos vayan antojando al paso. Aquella ocasión sólo me apetecía hacerle el sexo ferozmente. Yo no estaba para cortejos ni gentilezas; desafortunadamente, ella sí. De tal forma que, ante sus imperiosas evasivas, no tuve más remedio que echar mano de mi inspiración. Y después de un largo y tortuoso cortejo, que incluyó cinco de mis mejores poemas y otras tantas cervezas, Astoriana me consintió entre sus piernas. Hace tiempo alguien me había dicho que era fogosa, muy fogosa. Esa tarde lo constaté como nunca mi miembro, que fue agasajado por sus labios de manera fenomenal. Tal avidez tenía que ser correspondida, así que no dejé ni un centímetro de su piel sin besar, sin probar. Cuando rozábamos el éxtasis de la forma más convencional, de misionero invertido, ella me sugirió (o mejor dicho me ordenó) que la montara de perrito. Yo estaba a punto de venirme y quería dilatar lo más posible el placer, así que agradecí la pausa y la proposición. Nos acomodamos. Entonces, noté que cualquier nalga, por plana y esquelética que esté, se puede ver como la más divina: redonda y carnosa. La penetré con efusión. De pronto, una hendidura color marrón se apoderó de mi vista. Pensé inmediatamente en el beso negro y recordé las palabras de Hölderlin: «Todo verdadero poeta alguna vez ha probado la mierda». Pero Hölderlin, más que poeta, fue un viejo chiflado y caliente, así que decidí no seguir su consejo. Sin embargo, un poderoso embrujo hacía que mi mirada se encaprichara con el ano de Astoriana. Ahí estaba ese indefenso y simpático

hoyuelo invitándome a invadirlo. Ni el movimiento frenético de mis caderas, ni los gritos de placer de Astoriana me impidieron recordar unas líneas de E. E. Cummings: «... me abres siempre pétalo a pétalo como la primavera abre (tocando hábilmente, misteriosamente) su primera rosa». Y así, sin que mediara mayor meditación o prudencia, mis dedos se deslizaron suavemente por las pecosas nalgas de Astoriana y, previa ensalivada, comencé a dedearla. Ella se retrajo un poco, pero después consintió mi tenue incursión. O eso imaginé. Envalentonado, mi pulgar derecho acometió con más ímpetu. Ella gimió. Previniendo, saqué mi verga de su vagina y preparé la acometida final. Un poco de suspenso estaría bien, pensé, y dejé de dedearla por un instante. Astoriana volvió un poco su rostro, como reclamando que continuara, y entonces me dejé ir y, con ello, se desató la guerra, la madre de todas las guerras.

Marco Aurelio es un exagerado de los mil chamucos, bruto a no más poder y sobre todo cursi, que es lo peor de todo. Me acuerdo cuando lo vi por primera vez. Se presentó en la tesorería y dijo en voz alta: «Mi nombre es Marco Aurelio y tuve un célebre homónimo que fue un invencible emperador de Roma, así que, por más que te esfuerces, terminarás vencida por mi poesía...» Esas palabras no iban dirigidas a mí, sino a una compañera del trabajo. Por lo inesperado del lugar, una receptoría atestada de personas que esperaban pagar sus impuestos, aquello me pareció una audacia chistosa, pero ahora me parece el colmo de la ridiculez. A continuación, Marco Aurelio comenzó a leer un cursi poema que hablaba sobre la culpa y el arrepentimiento. Y remató su show entregándole a la chica en cuestión un enorme ramo de rosas, que quién sabe dónde tenía oculto. Pude notar los suspiros entrecortados de las compañeras de la oficina y de alguna que otra asombrada contribuyente. Debo confesar que ciertamente me emocioné. El caso es que Marco Aurelio dejó una tarjeta de presentación y se marchó con la frente en alto. Como la jefa que soy, les ordené a todos que volvieran a sus deberes. A la hora de la comida, nos enteramos de que un novio, arrepentido y enamorado, había contratado a Marco Aurelio, quien tenía una agencia de poemas. Su dirección en Internet era: www.poesiaalacarta.com.mx. Me pareció simpático que se anunciara como poeta para toda ocasión y con entregas a domicilio: «Somos la mejor opción para seducir a la pareja anhelada, reconciliar amores disgustados, retribuir el esfuerzo de los hijos, consumir despedidas interminables y todo lo que se le pueda ocurrir a usted; que la palabra se hizo para despilfarrarse». Y en letra pequeña, la clásica advertencia: no se aceptan reclamaciones.

No sé por qué accedí a las pretensiones de Marco Aurelio aquella tarde de la fiesta. No tenía demasiadas ganas de hacer el amor. Quizá porque estaba harta de que me rezara al oído sus dichosos, o más bien, sus desdichados poemas. Le acepté la quinta michelada, que es lo único que sabe hacer rico, y nos deslizamos a un

cuarto solitario, alejado del barullo de la reunión. El desaguizado que tuvimos en el acto sexual es lo de menos, lo que me emperra es la bajeza del video. Y todavía hoy en la tarde que lo vi, tuvo la desfachatez de seguirlo negando. Que él no fue, que cómo podía prepararlo, si:

1) Siempre estuvo pegado a mí con breves excepciones: ir al baño, preparar las micheladas, asomarse por la ventana para ver si llovía.

2) No sabía que iba a haber fiesta. Lo supo de último momento.

3) No conocía, ni por asomo, la casa donde fue el reventón.

4) Que yo no estoy como para presumirme, menos desnuda y en pleno acto sexual.

Le proveí un bofetón de antología y admití que sus objeciones eran sensatas. Busqué a mi amiga Lourdes, dueña de la casa. Juntas examinamos el cuarto en cuestión, centímetro a centímetro, para ver si podíamos encontrar alguna cámara escondida o algún indicio que nos dijera que la hubo. Nada. Lourdes me dijo que la casa sólo es habitada, en su tercer piso, por un matrimonio joven que vino de Chiapas desde el año antepasado. Y que dudaba que esas perversiones tecnológicas, de las que fui víctima, se acostumbraran en la selva Lacandona. El resto de la construcción está deshabitado e inconcluso en sus detalles. Su padre, abogado, en una de sus múltiples triquiñuelas, se la quitó a unos pobres incautos que la compraron y la construyeron, pero nunca la habitaron. El abogadillo mandó a invadirla con algún pretexto legaloide. Corrompió a autoridades y se hizo de los papeles que lo acreditaron como dueño. Finalmente, la puso a nombre de Lourdes. Esas marranadas son muy comunes en el oficio de su papá, aclaró mi amiga. Sus palabras no me despertaron lástima por aquellos pollitos despellejados, tampoco asombro por tan soberbia y cínica confesión de corrupción, sino una curiosidad infinita por saber quién diablos me grabó cogiendo con ese don Pendejo, que se dice poeta y se hace llamar Marco Aurelio.

No obstante que algunas admiradoras me tilden de ingenuo, máximo insulto por mi humilde condición de poeta, me excluyo de esa «infinidad de simuladores y verseros de a real», de los que habló el colega Efraín Huerta, y que les gusta ser ajenos a su propio entorno, pues me considero suficientemente empapado de la realidad que me rodea. De otra manera, nunca hubiera advertido el peligro de extinción en que se encuentra nuestro oficio.

Como es habitual, el inicio de las grandes derrotas históricas es propiciado por lo que se considera en ese momento «un contratiempo sin importancia». Así, pues, la Poesía comenzó su agonía absoluta con aquel trivial altercado que tuve con Astoriana. Después de que ella retrajera su hoyuelo velozmente al sentir la violencia de mi dedo, se volteó molesta y me encaró. ¿Qué te pasa wey? ¡Me duele! Protestó con una mueca más bien sombría que extasiada. Decidí resolver con sensatez fingida.

Perdóname amor, es que no pude evitarlo, pasó sin que lo pensara, de veras. Me quité el condón y me incorporé de la cama para vestirme. Lo siento, lo eché todo a perder, dije con un hilito de voz. En un tono más sereno, Astoriana me preguntó si me había enojado. Yo le respondí, mirándola a los ojos, que no, que al contrario, y afirmé: tú eres la que tiene más derecho a molestarse que yo. Y agregué que mi falta era inexcusable, al no haberle preguntado si le agradaba ese tipo de caricias. Y con mi mejor cara de arrepentimiento, concluí mi actuación con broche de oro. Perdóname, soy un bruto. Ella me tomó de las manos y me dijo conciliadoramente: no importa que me dedees, y agarrándome el dedo gordo agregó con ecuanimidad, ¡pero córtate las uñas!

¿Cómo supo que fue mi pulgar?

Mi tía dice que soy una vidente, porque veo lo que otros no pueden observar. Siempre la sorprendo con predicciones que tarde que temprano se cumplen. Yo simplemente me considero con la adecuada perspicacia para deducir ciertas cosas; que, modestia aparte, soy muy acertada. Lo que para mi tía son visiones, para mí son hipótesis. Eso me ha ahorrado algunos problemas en la universidad, el trabajo y hasta en las relaciones personales. Lo que me asombra es que un poeta presuntuoso y subdesarrollado me haya provocado un torbellino de inconvenientes y contrariedades que nunca imaginé ni por aquí. Su desangelada figura (poco alto, medio panzón y pelo escaso) nunca me dio los mínimos elementos para descartarlo inmediatamente de mi vida.

El maldito video surgió primero en mi computadora, después en las terminales del sistema de la receptoría y, finalmente, se dispersó por la infinitud de Internet. Apareció en mis mensajes electrónicos con una provocativa inscripción: «¿Te atreverías a mirar con los ojos de Dios?» Ese tipo de bromas son comunes en la oficina, mensajes y mandatos de Dios, cosas así. El remitente era chupateesta@godmail.urbi.orbi. Decidí abrirlo. En mi pantalla se desplegó una sucesión de videos donde diferentes personas se desenvolvían en actividades de todo tipo, incluidas acciones violentas y mortales, así como felices. No me llamó mucho la atención esa vertiginosa secuencia de escenas, hasta que pude reconocerme en la cama, abriendo las piernas y recibiendo a Marco Aurelio. Borré la escena al instante. Mi cerebro se enturbió con la despreciable figura de ese mal parido. Esa misma mañana salí a buscarlo sin éxito.

Al otro día, llegué tarde al trabajo y me topé con una serie de miraditas y cuchicheos entre el personal que me indicaron que ya habían visto mi pornovideo. Lourdes me explicó que les llegó como un email titulado: «Dios no juzga, Astoriana». Me llamó la atención que únicamente mis escenas con Marco Aurelio aparecieran en sus monitores, las demás secuencias jamás les llegaron. Cargué las imágenes en mi celular y salí del trabajo hecha un energúmeno. Me tomó todo el día

encontrar a ese poeta panzón. Antes de agarrarlo a bofetadas le di la oportunidad de que contemplara los cuerpos del delito. Después de mirar, atónito, el video, y de jurar y perjurarse su inocencia, Marco Aurelio tuvo la desfachatez de preguntarme cómo había reconocido el dedo que me introdujo esa tarde. ¡Porque ha sido lo más grande que me has metido, imbécil!, grité enfurecida y lo tundí a manazos. Huyó despavorido. Es un cobarde.

Más bien soy un romántico y sentimental. Siempre que hay peligro en algún lugar, permito que salgan primero los niños, después las damas y atrás de ellas voy yo. De tal suerte que es simple caballerosidad lo que me hizo ignorar las constantes declaraciones de venganza por parte de Astoriana. A lo del video no le di importancia, ni me conmocionó en lo más mínimo. Es común que mis amigos me presuman fotos y videos de ellos y sus novias en pleno acto sexual. Mi primito, Vespasiano, de diez años, el otro día me mostró los videos porno de su celular, entre ellos uno de su mamá y su papá haciendo el amor. Fue una noche en que me despertaron con sus gritos y me espantaron el sueño, dijo, así que mejor saqué mi celular y los grabé en la sala cuando hacían sus cosas, son medio fresas; cogen más rudo los de la secundaria. Y con esa cara de pingo que tiene, Vespasiano me ofreció mirar las escenas. Por supuesto que no me atreví a hacerlo. Es más, el muy enfermo tiene toda una colección de los videos más sangrientos de la red subidos a su teléfono celular, y siempre me los presume. Checa cómo le mochan la cabeza a este soldado gringo, dice con emoción. Más bien te debieron poner Calígula y no Vespasiano, cabroncito, le digo. En fin, de videos estoy hasta el copetillo, y uno más, donde salgo (miembro regular, cuerpo atlético) desempeñándome aceptablemente, no me molesta. Quizá me gane una que otra admiradora. Lo que me enerva es que Astoriana se metió con mi poesía, eso sí encabrona...

Se dice poeta, sin embargo, no escribe más que puras cursilerías cuando le quedan bien, por lo regular ni eso. Uno de sus métodos más socorridos es utilizar dos o tres palabrejas raras, para así articular «un manantial de incógnitas y profundidades, diría él». Frases completamente anodinas, digo yo. Como eso de «Endrina bacanal de fuego envuelve la turquesa de tus ojos» o «Algazara de pléyades de bocas y labios fulgentes». Sus musas son el Pequeño Larousse de sinónimos y antónimos y el Word de Windows. Piensa que si uno se sabe algunos términos ya la hizo, y que sus oyentes a fuerzas, nunca sus lectores, que yo dudo que tenga, quedarán impresionados. Otro de sus procedimientos es utilizar toda la fraseología y parafernalia de la pobre alma incomprendida y atormentada. Ya saben: estoy triste, muy triste, ¡malditos!, nadie vale, todos están muertos y los que no, pues muéranse, nadie me comprende, quiero sangre, mucha sangre; y toda esa baratija darky-emo. Cuando le quedan rimaditas,

sus líneas son una digna letra de cualquier canción guapachosa: «Corazón que saltas en las ramas de la desazón, corre y dile a ella que se me ha escapado tu pasión». Y qué me dicen de esta perlita de la ñoñez: «Oh, Dios mío, la profunda y alta noche se derrumba sobre la ciudad con su suave manto de gélidas estrellas y manos pequeñas». O eso de que para verse muy posmoderno, hipermoderno, cybermoderno, llena sus poemas de @rrobas, de diagramas de flujo, de bites y bits y de todo terminajo que le suene muy de innovación. Si hay un gremio egocentrista en los oficios del mundo, es sin duda el de los literatos, supuran vanidad por todos los poros de su reducida cabecita. Si no, cómo se explica que a una colección de libros gordos y de pasta dura se le nombre Historia universal de la literatura, cuando apenas es un manojito de novelas de unos terrícolas bastante provincianos. Como si no existieran los millones de millones de galaxias que adornan nuestras contaminadas noches. Con esa misma desproporcionada egolatría, no era de extrañarse que el nickname de Marco Aurelio en los chats fuera El Poeta Más Grande del Universo. Habrase visto tanta desvergüenza en la historia universal de los mercachifles de cuarta. Poco sé de poesía, pero algo he leído, sor Juana, Neruda, Sabines y hasta Octavio Paz. No estoy segura si se estudia para poeta, pero creo que Marco Aurelio debería reprobador todas las asinaturas.

Astoriana es inteligente y tiene buen gusto; lo admito. Por eso no me explico cómo fue que se le ocurrió obsequiarme dos periquitos australianos. Hoy estuve a punto de dárselos a Doña Chuy, pero me arrepentí de último momento. La bonachona señora se apersonó a mediodía por la casa, inquieta porque no había pasado últimamente a su puesto de quesadillas por mi pago. Y es que Doña Chuy hace tiempo me había encargado un poema para regalárselo a su hijo, el Gordo. Quiero unas palabras de ánimo para este chamaco que ya no quiere entrar a la secundaria, que le da miedo y todos le hacen burla, me dijo aquella vez doña Chuy, y agregó: la vida no es fácil y no todo el tiempo va estar bajo las enaguas de su madre; que aprenda el escuincle a volar solo por este mundo, que para eso Dios le dio alitas. Y como en esos días estaba muy escasa de dinero, ofreció pagarme el poema con gorditas, sopes y demás fritangas que cocina en su puesto callejero. Yo acepté encantado. Le gustó tanto el poema que le escribí (que por cierto, ya ni me acuerdo cómo iba) que me extendió el pago por algunos días más. Pero estos últimos días yo no tenía ganas de hincarle el diente ni siquiera a sus pambazos, que le quedan tan sabrosos. Tampoco le abrí al Gordo cuando me vino a buscar. Así que decidió apersonarse ella misma. Después de tres series de golpes, que fueron subiendo de intensidad sobre mi puerta, dijo en voz alta: tan siquiera dele de comer a esas criaturitas. No tienen un solo grano de alpiste; si usted quiere morirse de hambre está bien, pero qué culpa tienen estos pobrecitos. Yo me quité la colcha de la cara y le grité que si quería se los llevara. Ella contestó que ya se los hubiera llevado, pero que la jaula estaba asegurada en mi ventana con

alambres y con la puertita hacía mi cuarto, y así ni cómo sacarlos. Efectivamente, un balonazo hizo añicos el vidrio de mi ventana, y para compensar ese boquete, coloqué un pedazo de cartón, y ya llegado el obsequio de Astoriana, pensé que era mejor poner esa bonita y elegante jaula, disimulando un poco mi incapacidad económica por renovar ese cristal. Me levanté y abrí la puerta. Doña Chuy, con su cuerpo rechonchito y su eterna cara de amabilidad, me estiró unas quesadillas envueltas en papel estraza y me dijo: no se preocupe joven, al rato le mando al Gordo con algo de alpiste para sus hijitos. No me hizo gracia eso de «sus hijitos». Apenas le iba a reclamar esas confianzas que se tomaba, cuando me acordé de la tarde en que le presenté a Astoriana como mi novia y a esos periquitos como nuestros retoños. Pinche cursi de mierda, me dije y le ordené a Doña Chuy, lléveselos, se los regalo. Ella puso cara de entender mis apuros y respondió: los males de amores no siempre se resuelven con las tripas, joven. Y se me quedó viendo en silencio por un instante. ¿Me los llevo?, preguntó finalmente. ¿Y como a qué hora dice que el Gordo viene con el alpiste?, respondí.

Es el campeón de las indecisiones. Dice sí, dice no, dice quién sabe. Es incapaz de comprometerse mínimamente con algo o con alguien. Y con la finalidad de ayudarlo a superarse paulatinamente me surgió la idea de los periquitos. Que más bien es una táctica que le aprendí a mi tía, quien la utilizó para comprobar el grado de responsabilidad de sus pretendientes. Ella obsequiaba a sus novios unos peces arcoíris perfectamente identificables, y en la medida que no le entregaban buenas cuentas, los mandaba al cuerno. Cuando le pregunté si le había funcionado su estrategia, me dijo: claro que funcionó, Astoriana, por eso nunca me casé, todos los hombres son unos baquetones de primera. Bien por mi tía. Así que se la apliqué a Marco Aurelio. Algo de responsabilidad no te vendría mal, le dije cuando se los obsequié. ¡Ves que si apenas puedo conmigo!, protestó, y luego agregó, con cierta resignación, está bien, esto me servirá de entrenamiento para cuando tengamos a nuestros hijitos, y me cerró un ojo. Sí, cómo no, ¡sueñas!, respondí. No obstante, esa noche pensé en la posibilidad de tener hijos, claro, no con él, pero lo consideré seriamente por primera vez. Con todo, ahora, lo único en lo que pienso es en romperle la crisma a ese estéril poeta. Aunque siga negando su participación en esa infamia, aunque me presente sus objeciones bien articuladas, aunque me jure a nombre de su multitudinaria familia, yo no creo en su inocencia. Porque cada vez que veo a Lourdes, estoy más convencida que de su cabecita, nada ingenioso puede emanar. Ella es una recomendada de un politiquillo de cierta importancia aquí en Nezahualcóyotl. No sabe hacer nada más que organizar fiestas y hablar de los programas de espectáculos, como esas idioteces con Paty Chapoy. Si la tengo a mi lado, es por tener a alguien más con cierta influencia dentro de los poderes subrepticios de la municipalidad. La dejo que se haga tonta en la oficina con

cualquier simpleza, que yo sola me basto para mis responsabilidades. Pero tengo absoluta certidumbre de que su fidelidad hacia mi persona es total. Sabiendo que es una chismosita de primera, la instruí para que, con la mayor discreción, indague el origen del video, adentro y a los alrededores de la oficina, a ver qué puede husmear con todo y su sonsera, y claro, con el meneo de sus redondeadas caderas.

Todos me advirtieron sobre Astoriana cuando notaron mi desmedido entusiasmo. Es una mujer inteligente y calculadora, nada de sentimentalismos con ella, concluyeron las chicas. Los cuates agregaron lo de mujer fatal y devoradora de hombres, por supuesto, sin el cuerpazo y la cara bonita, pero de que es una caliente, es una caliente. Desde ese momento la consideré un reto y una ilusión. «Una esperanza de lluvia sobre el desierto», diría el gran Brycewicz. Pero nunca pensé que esa lluvia se convirtiera en una tormenta, una tempestad que arrasara con mi pequeño negocio de poemas. En el momento que supe del sitio de poesía que Astoriana había lanzado en Internet, lo consideré un mal chiste, ni siquiera me tomé la molestia de verificarlo. Al otro día, Julio César me informó que al presumirle a una nueva amiguita que tenía un primo poeta, ingresó al buscador, pues a Julio César siempre se le olvida la dirección de mi sitio. Y se encontró con dos sitios que le sonaron familiares e ingresó al primero de la lista, al de Astoriana. Y es que esta perversilla mujerzuela tuvo la finura de bautizar su sitio con la denominación de www.poemasalacarta.com.mx, es decir, puso un nombre muy parecido al que yo tengo, www.poesialacarta.com.mx, asegurándose de que la pequeña variación fuera la adecuada para que su página saliera primero que la mía, por el orden alfabético en que algunos buscadores disponen el listado. No sé qué artilugios y artimañas tecnológicas habrá urdido Astoriana, pero mi primo afirmó sin la menor delicadeza: ¡Está mejor que tu chingadera! Unas punzadas comenzaron a carcomer la boca de mi estómago. En ese instante, no le reclamé su falta de lealtad. Y continuó narrando: al abrir la página, luego, luego supe que no era la tuya porque venía con los créditos a nombre de Astoriana, así que entré a la otra, y ¡moles!, comprobé que tu página está más chafa, y al notar la cara decepcionada de la chavita, opté por decirle que la página de Astoriana era la tuya.

Me quedé mudo, quién sabe qué cara habré puesto, pero Julio César la comprendió de último minuto y quiso aminorar el golpe. ¡Pero tú eres un poeta más chingón!, apuntó apresuradamente y se fue deslizándose hacia la puerta, dejándome el six completo de Modelos que, según, nos íbamos a tomar.

Como a eso de las tres de la tarde, aplastada la última lata de cerveza, más hinchada mi panza y mi coraje, decidí llamar a Astoriana. Tenía que ponerla en su lugar. Desafortunadamente, en ese momento me llegó a mi teléfono celular un mensaje de **Alma en Pena**: ¿q PaSó CoN Mi PoeMa?, SToy SPRaNDo, ¿¡No C T HaBRá oLViDaDo!? No, no se me ha olvidado, pero no tengo ganas de escribir y

mucho menos sobre noches infinitas, vampiros y brujas como tú; esto lo pensé pero nada más. Me acosté y me puse a cavilar. Realmente no sabía si **Alma en Pena** era una bruja narizona o una brujita algo pasable. La había conocido en un chat de internautas interesados en literatura gótica. No sé por qué entré a su *blog* personal, quizá por tedio, sólo recuerdo que comencé a chatear con **Alma en Pena** a eso de la media noche y apenas se asomaba la madrugada se desvaneció de la pantalla. Según sus propias palabras, se definía como una darketa, ya saben: un personaje que se viste completamente de negro y se cree habitante de la noche, que gustaba de temas de ultratumba y ese tipo de cháchara. La invité a que visitara mi sitio y le di también mi número de celular. Chateábamos de vez en cuando, me escribía *imeils*, mensajes al celular y me posteaba avisos en su *blog*. Pero de su voz, su aroma y su luz, nada. Nunca nos habíamos visto. Según mis cálculos, ya llevamos así un buen. ¿Y si mejor me aplico a esta darketita? Me volaría un poema de la antología poética sobre vampiros de H. Pascal y se lo presentaría como mío, quizá con dos o tres modificaciones. Y cuando ya anduviéramos le confesaría mi pecado, le diría que todo fue motivado por su amor y le presentaría, esta vez, un poema en verdad mío, resultado de mi revigorizada inspiración por ella. Sí, yo creo que sí, las mujeres son las únicas que me han sacado de estas crisis y **Alma en Pena** es una gran oportunidad. Le mandaría un mensaje, diciéndole que ya había escrito su poema y que me gustaría entregárselo personalmente, le invitaría un café y discutiríamos las grandes posibilidades de mi hurto. Ella se asombraría de mi capacidad poética y quedaría prendida de mí, sin duda. Sí, claro que sí. El único inconveniente es que me salga con que sólo bebe sangre y sale después de las doce de la noche. Eso sí sería un problema más grande que el de conseguir dinero para invitarla. No importa, por ella sería capaz de comer tacos de moronga y tripas en las madrugadas del Metro Pantitlán. Sí, **Almita en Pena**, cuídate porque ahí te voy...

No sé por qué hay gente así. No lo puedo entender. Se entusiasman con una mirada, con una persona, con un pasatiempo, no sé, con algo, y a las primeras de cambio se arrepienten, retroceden y asunto olvidado. Este indeciso poeta es así. Recuerdo la segunda ocasión que se presentó en la oficina. Todas las chicas lo reconocieron; él lo advirtió, así que tomó su pose de gente interesante. Abrió un libro y se olvidó de su entorno, concentrado únicamente en su lectura en tanto esperaba a una persona que tenía interés por sus servicios y que lo había citado ahí. Lourdes se acercó a él y no sé con qué pretexto comenzaron a platicar. Se veían bastante cómodos. Me lo presentó. Al otro día, Lourdes no dejó de hablar sobre él, decía que muy buena onda, que muy culto, que muy sensible, que muy poeta, pues. No soy mala leche, bueno, solamente lo necesario, pero esa vez le dije a Lourdes: demasiadas letras para ti, ¿no? Creo que le dolió y no lo volvió a mencionar. Algunos días después le pregunté por el susodicho. Me confesó, con cierta tristeza, que ya solamente la saludaba de

manera escueta y superficial. No te preocupes, le dije, se acerca el catorce de febrero y de seguro está muy atareado, con muchos poemas que imaginar, entregar y ese tipo de cosas. Lourdes no dijo nada. Sentí un poco de tristeza por ella. Después, cuando acepté por primera vez tomar un café con Marco Aurelio, me confesó que él sí estaba animoso con Lourdes, sin embargo, le bastaron uno o dos leves desplantes, por lo demás clásicos en una mujer que se sabe cortejada, para desilusionarse. No sé, sentí que ella no era para mí, que necesitaba a alguien más madura en mi vida, dijo y se me quedó viendo con esos ojillos negros y brillantes que tiene. En ese momento, tuve la certeza de que con una sola insolencia, qué digo insolencia, con el más débil gesto indiferente hacia su cortejo, éste se desvanecería al instante. Decidí seguirle el juego. Sonreí y desvié la mirada en actitud complacida. Pensé, para mi colección de amantes, no estaría mal probar un poeta, una mascotita que me hiciera arrumacos en la noche después de una pesada jornada de trabajo, que por igual me lamiera los pies, el cuello o la entrepierna. Solamente habría que domesticarlo, sensibilizarlo a mis gustos. Estaba harta de todos esos hombres con títulos tan pedestres como diputados, ingenieros, licenciados, técnicos, plomeros, etcétera. Un plato medio exótico no estaría mal para cenar en la cama. Era buena idea al principio, lástima que éste me salió tan arrabalero como cualquier comida corrida de mercado. Pero en ese momento decidí: este enano no se me escapa.

Me desanimé con el asunto de **Alma en Pena** al otro día. Por primera vez le había marcado para hablar con ella personalmente; no contestó. Así que le escribí un mensaje diciendo que quería verla. Se me olvidó poner lo referente a su poema, quizá por eso tampoco respondió. Mejor fui a ver a Julio César para que me prestara algo de dinero. Mi primo vive en la casa contigua a la mía. Su mamá, mi tía Agripina, me acepta en sus dominios con cierta reticencia, con una jeta de pocos amigos. Dice que no cambiará su actitud hasta que abandone el vicio de la poesía y de veras me ponga a trabajar. Para ahorrarme sus prédicas mareadoras, mejor me salto la barda en la azotea y sin problemas ingreso al cuarto que Julio César comparte con su perrito Simón y una que otra ocasional visita femenina. Ahí estaba el flojonazo, dormidote en su cama, a su lado, un bulto respiraba dócilmente. Una pierna de mujer manaba de entre las sábanas floreadas. Me valió y lo agité con prisa. Le pedí dinero. Uy, primo, esta vez no voy a poder, qué no ves que la tuve que subir de contrabando porque no nos alcanzó para el hotel, me dijo dirigiendo su mentón hacía la chica que dormía a su lado. ¿Y ella quién es?, pregunté. ¿Te acuerdas de la chavita con la que busqué tu sitio por Internet? Asentí. Pues es ella, y se ufanó mi primo. Me bastó un poema del sitio de tu ex para que cayera. Me quedé de una sola pieza mientras él esbozaba una presuntuosa sonrisa. Fue hasta que me di la vuelta y me alejé, sin despedirme, que alcanzó a decir: ¡Pero tú eres el poeta más chingón! Esa Astoriana me las tenía que pagar. Pero primero tenía que desquitarme con alguien más, y ésa era mi tía Agripina.

Bajé sin titubear las escaleras. Recorrí con mirada de picapleitos cada habitación. Indagué hasta el más recóndito ángulo de la casa. Estaba dispuesto a explotar a la menor provocación. Me encontré a Vespasiano en su cuarto con sus amiguitos de la primaria. Con ojos desorbitados y voces emocionadas me informaron que estaban buscando en Internet un video *snuff*, que, les habían dicho, se veía bien chido. Esta bola de cabroncitos sí que están bien deschavetados, me dije. Ingresé por último en la sala. Ahí estaba la bruja. Mi tía al mirarme se sorprendió. ¡¿Y ahora, tú, de dónde saliste?! Pareces un fantasma. Y antes de responderle como se lo merecía, ordenó: acércate, te voy a presentar a una vieja amiga. Dudé un instante porque no me pareció ver a nadie más. Te quedas como tonto, dijo mi tía. Me tomó de la mano para ponerme frente a una apacible viejecita que emanaba un ligero tufillo a descomposición y polilla. Estaba manca del brazo izquierdo. Hundida en uno de los enormes sillones de la sala, me sonrió ligeramente. Señora Leonor, le presento a mi sobrino Marco Aurelio, es el rebelde de la familia. Y en tono irónico mi tía culminó: Se dice poeta. Apenas le iba a soltar una blasfemia, cuando a la viejita se le iluminó el semblante y dijo: ¡¿en serio eres poeta, hijo?!, me encanta la poesía, Ñervo, Nájera, López Velarde... no sé, son tantos y tan buenos; soy de la consideración de que un buen poema le puede valer la eternidad a cualquiera... Yo no decía nada, sólo veía cómo se le acumulaba el quesillo en las comisuras de su boca. Hablaba, hablaba y hablaba, fue algo como hipnótico. De vez en cuando yo asentía o movía negativamente la cabeza, sin ningún motivo aparente. Y así, sin saber cómo, me encontré sentado en la sala, absorbido, embrujado por ese monólogo que desgranaba con mansedumbre la viejita Leonor. Fue hasta que sentí una presión en el brazo, que recuperé la claridad del instante. Era mi primo, quien saludó, se despidió y se disculpó con las señoras de forma vertiginosa. Y dirigiéndose a mí, preguntó: ¿nos vamos? Y me jaló. Estos muchachos de ahora, siempre con las prisas, dijo en tono risueño la venerable veterana. Apenas nos asomamos a la calle, miré el carrito de fierros viejos del Tuerto parado frente a mi casa. Reculé inmediatamente, tome la dirección contraria y apresuré a Julio César. ¡Muévete, muévete, wey! ¿Y ora?, se extrañó mi primo. ¡Es que le debo un poema al Tuerto!, le aclaré, mientras casi, casi trotábamos. Uy, a quién no le debes. Voltea con discreción y fíjate si anda por allí, le ordené a mi primo. No se ve nada, sólo su carrito, dijo. Debe estar esperándome adentro de la casa. Por qué no le dices que no lo tienes, que a las musas y a todas esas chingaderas las atracaron en la esquina y ya no quieren regresar a Neza... No digas pendejadas; es que ya me lo pagó y ni siquiera lo he comenzado a escribir. Doblamos la esquina con paso más calmado. Julio César me advirtió, a ver si en una de éstas no te surte unos buenos madrazos por moroso, ya ves cómo se le sueltan las cabras. Gracias por tus buenos augurios, primito. Decidí cambiar de tema. ¿Y tu novia?, ¿la dejaste en tu cuarto?, le pregunté mientras caminábamos aliviados. Uy, la bajé hace como una hora; lo que pasa es que tú estabas bastante apendejado con la plática de la ruquita.

De repente se ponía como ido. Fijaba sus ojos en una dirección y se perdía. Tenía que darle dos o tres jalones a las mangas de su camisa para que me prestara atención. Al principio, pensé que era la pura pose de poeta. Ya saben, eso de las musas, la ensoñación y demás repertorio; después, ya no. ¿Qué tanto piensas? Le inquirí un día. Estoy ingeniándomelas para hacer cochinas contigo, dijo en tono serio. Yo me reí y lo reté: a ver, quiero ver, sorpréndeme con tu mente enferma, y le paseé mi mano por su entrepierna. Ya verás, ya verás, dijo enigmático. No niego que me guste alguna que otra deliciosa perversión, por eso siempre le di alas. Mi cachondo poeta es de esos que inician bien las batallas, a mil por hora, pero después su energía se va diluyendo por el caos que azota su cabecita, no sé. Sabe muy bien excitarme, pero no me hace venir, me deja siempre a medio camino, aunque siendo justa, eso es mucho comparándolo con cinco o seis que conozco, todos pésimos maratonistas y excelentes velocistas. En menos de diez segundos cruzan felices su meta. ¿Y yo?, de espectadora, nada más falta que les aplauda. En fin, en eso reconozco a mi resistente poeta. Su falla radica en sus vuelos poéticos. Cuando lo hacíamos, susurraba o decía con voz entonada ciertas frases que ni venían al caso o, si venían, poco contribuían a mi deseo. Alguna vez le dije que debería utilizar su boquita para otra cosa y no para decirme tanta palabrería que ni fu ni fa. Él no se molestó, simplemente bajó la cabeza y comenzó a lengüetear mi sexo. Fue de locura, mientras duró su ímpetu, pero en el momento en que me iba a venir, alejó sus labios y dijo extrañado: esto no sabe bien. ¡Cómo no!, si me lavo todos los días, tú me conoces y le supliqué que continuara. Es que..., balbuceó. ¡Te digo que me sigas comiendo!, y lo atraje hacia mí con violencia. Completó la tarea como niño regañado. Me vine, pero como que no me supo. Entonces Marco Aurelio volvió a su estado de hipnosis, o como se llame eso, y le pregunté lo mismo de siempre, ¿qué es lo que piensas? Cómo hacerte venir con sólo la caricia de mis palabras, sin la necesidad del cuerpo... Fue por esos episodios que siempre tuve la sospecha de que él era el autor del video. Pero mi atolondrada detective me informó, hoy por la mañana, de algo que echa por tierra mis suposiciones. Según Lourdes, no soy la única espiada en la oficina. Fer, el contador, fue videograbado bañándose en su casa. Nadie lo sabe, únicamente ella y eso porque Fer se la está tirando, y en una de esas confesiones que se dicen después de hacer el sexo le contó. La secuencia la consideró Lourdes bastante irrelevante, pues Fer sólo aparece en su baño enjuagándose, enjabonándose y otra vez, enjuagándose para finalmente cubrirse con una bata. Lourdes, que resultó bastante eficaz en la investigación, le pidió el video. Fer no quería al principio, pero ella terminó convenciéndolo con no sé qué artimañas, sólo me dijo que las disfrutó como loca. En fin, por la tarde miré en la privacidad de mi casa ese video. Prácticamente observé lo que me advirtió Lourdes, salvo un detalle: el puerco de Fer no se enjabona sus partes. Ni siquiera se las toca.

Astoriana es muy limpia, eso sí. Es la de mínimo cuatro lavadas de boca diarias, en tanto que yo soy de dos como máximo. Por eso, siempre sus besos me supieron a enjuague bucal, su piel, lucida y pecosilla, a crema cara y su sexo, sobre todo su sexo, tiene la consistencia suave y pálida de una papaya hecha madurar a la fuerza, una fruta transgénica que solamente el hambre me hacía saborear. Siempre me exasperó su exagerada higiene. No sé porque tenía esa fijación, pero, sí había días en que era insoportable, era en los más calurosos. Y si a eso le juntamos el hecho de que por casualidad estuviera menstruando, tantito peor, se volvía una mujer frenética a la que le molestaba todo. En los días de mayo, recuerdo, íbamos a su casa con el pretexto de comer, pero la verdadera intención de Astoriana era bañarse mientras yo preparaba cualquier bocadillo en la cocina, con minuciosa higiene, *of course*. Y no era que los días fueran desmedidamente bochornosos, sólo que ella tiene esa costumbre, esa manía, no de la frescura, sino de la limpieza obsesiva y, claro, también del orden. Astoriana vive con una tía que yo nunca he visto. Su vivienda es un santuario reluciente y silencioso, donde el vuelo de las moscas está vedado y las motas de polvo piden permiso para flotar en la aséptica atmósfera. Al entrar por primera vez a su vivienda, evoqué al buen Brycewicz, quien acotó en algún poema: «Deslumbrantes baldosas que embellecen el reflejo de tus pasos». Por eso no me gustaba ir a su casa, misma razón por la que no la invitaba a la mía, salvo una ocasión. Fue en domingo. Después de mirar impávida, desde el umbral de la puerta, el desastre presente y eterno que tengo en mi cuchitril, Astoriana dijo: eres un verdadero atascado. ¿Y tú qué, muy acá, no...?, le respondí. Por eso me gustas, cínico poeta, porque todo te vale, y me plantó un besote. Me excité furiosamente y le comencé a meter mano. Ella atajó, ¡Quieto, galán!, primero hacemos la limpieza aquí y después nos vamos hacer el amor a un lugar decente. Acepté encantado.

Es un cochino, bueno, un cochinito encantador, a veces. Lo tolerable en él es que posee la suficiente sensatez para aceptar ciertos hábitos y manías que una tiene, y trataba de cambiar, o al menos lo fingía, sólo para complacerme. Desafortunadamente, el compromiso con su trabajo siempre lo mantuvo a su nivel, es decir, en un pésimo escaño. Y es que su condición de eterno irresponsable fue fruto de su entorno familiar, de eso no hay lugar a dudas. Ya que si fuera por él, nunca hubiera emergido de la panza de su mamá, donde estaba bastante a gusto, sólo durmiendo y comiendo.

Es el menor de todas sus hermanas y hermanos. Sus «mapadres», palabreja que inventó inspirado en la igualdad de género y que utiliza para denominar a sus progenitores, emigraron de Oaxaca en condiciones bastante modestas y, después de un enorme esfuerzo de trabajo y ahorros, compraron su casa en Ciudad Neza y se pusieron a tener hijos como conejitos. ¡Ocho hijos, qué horror! En ese tiempo la cosa

no estaba tan precaria y todavía se podían dar esos lujos. Su padre laboró por mucho tiempo dobles turnos para la manutención de su numerosa prole, y claro, la jornada de su mamá era triple y hasta cuádruple en el hogar. Con inmenso brío, lograron sacar adelante a sus numerosos conejitos y a todos les dieron estudios. Y salvo algunos nombrecitos medio raros que el abuelo paterno sacaba del libro La vida de los doce Césares, era una familia bastante normal. Para no hacerla tanto de emoción, cuando todos pensaron, entre ellos la sensatez, que la fábrica de bollos estaba liquidada, llegó el noveno retoño: Marco Aurelio. Por eso supongo que es feo y chaparro, sus mapadres lo hicieron de las puras sobras y residuos que les dejaron añejas pasiones. Sin embargo, ser el último de la tribu fue lo mejor que le pudo pasar. Era siempre el consentido, y ninguna de las privaciones que levemente tuvieron sus hermanos y hermanas las padeció Marco Aurelio. Nadie le exigía, nadie le quitaba, nadie le pedía, todo era para él. Pero pasó lo que tenía que pasar y su tiempo de niño mimado se esfumó y un día sus mapadres le notificaron el retorno a su pueblo. Tienes veintiocho años y ya nos cansamos de esperar a que te cases, y, la verdad, ya tampoco tenemos ilusión de que te recibas de algo, siquiera de barrendero, así que nos vamos al pueblo a pasárnosla más tranquila. Tú eres nuestra última responsabilidad y ya nos cansamos de cargar contigo, además, como estás empecinado en ser poeta y dices que no hay universidad que gradúe poetas más que la calle y las vivencias, pues te dejamos en la calle. Esta última advertencia fue una exageración que le valió a Marco Aurelio un soponcio tremendo en ese momento. Al final, sus mapadres dividieron su casa en pequeños departamentos y los arrendaron. A Marco Aurelio, como último apoyo, le permitieron vivir en dos cuartos de la planta baja, donde, después de pensarlo mucho, decidió asentar su agencia de poemas. Tras una breve temporada en Oaxaca, sus mapadres regresaron a supervisar cómo marchaban las cosas por la ciudad, y de paso echarle un ojito a su consentido. Tomaron como un milagro la iniciativa que demostró Marco Aurelio para sobrevivir y decidieron apoyarlo un poco más en su negocio. Te vamos a pagar los recibos de luz y teléfono, pero de dinero contante y sonante, nada. Otra pequeñita exageración, siempre que ellos están en Neza, Marco Aurelio vuelve a ser el mismo baquetón y mantenido que, de alguna manera, no ha dejado de ser y que, debo admitir, también yo he fomentado. Por eso su actual sufrimiento, sus mapadres tienen tres meses que no se han presentado por estos rumbos. Ni falta que les hace cuando están asoleándose, plácidamente, en alguna remota playa de la hermana república de Oaxaca.

Por cierto, fui a buscar esta noche a Marco Aurelio. No estuvo. Afuera de su casa estaba un tipo de apariencia siniestra y cochambrosa. Era alto, llevaba una chamarra mugrosa y una gorrita de beisbolista bastante deshilachada. Lo bueno que iban conmigo Fer y Lourdes, de lo contrario ni siquiera me hubiera animado a bajar del auto. Cuando tocaba la puerta de Marco Aurelio, aquel tipo se me acercó y murmuró algo que no entendí, porque luego luego me trepé al automóvil. Fer le

metió pata y nos alejamos a toda velocidad. Me alegró no haber encontrado a ese poetucho. No sé qué le iba decir. Pedir disculpas, definitivamente, no. Sin embargo, me sentía de alguna manera con la obligación de ponerlo al tanto de algunas situaciones que hemos descubierto respecto a nuestro pornovideo. Tenemos información de que Fernando y yo no somos los únicos espiados del ayuntamiento. En los pasillos del Palacio Municipal, se murmura la proximidad de un escándalo político que inmiscuye a una alta autoridad de la alcaldía, quien fue videograbada cometiendo un acto impropio. Cuando me lo comunicó Fernando en voz baja y con gesto suspicaz, le dije: no inventes Fer, de videocorrupción ya estamos hasta el tope. Y le hice una morosísima lista de los casos más emblemáticos que me vinieron a la memoria: en Inglaterra, la duquesa Sarah Ferguson; en Perú, el señor Montesinos; y aquí en México, el senador Jorge Emilio González, mejor conocido como el Niño Verde, y sobre todo, esa magnífica pieza de corrupción estelarizada por el empresario Carlos Ahumada Kurtz, el político René Bejarano y toda la demás piara de revolucionarios izquierdistas. Como ves, partidos de todos sabores y colores, no me extrañaría mirar a otro infecto gobernante transando a manos llenas. Fer mantuvo el tono bajo y dijo: no, Astoriana, dicen que esta vez va estar más pesado. Incrédula, le pregunté quién lo decía y con qué pruebas. Él prometió llevarme con un conocido suyo, quien nos podía ampliar la información. Lo malo es que la cita es hasta las diez de la noche y en Iztapalapa. Espero que regresemos temprano. Tengo tantas ganas de dormir.

No estuvo Astoriana en su casa. Mejor regreso a mis dominios. Camino desganzado y con mi ánimo diluyéndose por cada coladera que cruzo. Pasa de media noche y sólo alguno que otro insomne se asoma por la ventana de su casa para espiar mis pisadas, que por lo demás son muy silenciosas. Sólo falta que algún perro me ladre furioso, como a un vil fantasma despistado. No quiero responderle a **Alma en Pena**; hace ratito me envió un mensaje: SoRRy X No RSPoNDRT, PeRo No aTieNDo MiS aSuNToS, aúN LoS Más iMPoRTaNTS CoMo La LiTeRaTuRa, aNTeS D LaS 12 D LaNoCH, SPeRoqCoMPReNDaSMiSCoSTuMBReS... X oTKo LaDo, a MÍ TaMBiÉN M GuSTaRía VeRT, PeRO X eL MoMeNto No PueDo, SToY SGuRa, q Más aDLaNT NoS MiKaRMoS CaRa a CaRa... DeBo SuPoNR q TieNS DuDaS X MI GuSTo eN PoESía, Yo No La TNGo D TI, aSÍ q CoNFio eN Tu TaLNTo, QiDaT, BSoS ☺. Todo es bastante extraño. **Alma en Pena** me pidió un poema de despedida, de una despedida desesperada e infinita, según sus propias palabras, pero no me dio más referencias, ni yo se las pedí. Por lo regular, a mis clientes les pido un poco de información personal, deseos, pesares, amores, en fin, «sus antecedentes sentimentales», como yo les digo. Y dependiendo del caso y Lis especificaciones que me den, cumplo con unas buenas líneas.

Hace días, me visitó una señora guapa y elegante. Me comentó que deseaba

regalarle un lindo poema a su hija, que cumpliría quince años dentro de poco. Además se tomó la molestia de llevarme fotos, juguetes, ropa y hasta un cuadernito con trozos de caligrafía de la festejada, que no eran más que puros rayones. Puso una bolsa negra de plástico sobre mi escritorio y me dijo: te traje de escondidas un pequeño extracto de su vida, ¿sabes?, ella es muy delicada y le disgustaría que sus pertenencias anden de aquí para allá, pero yo creo que la situación lo amerita, la fiesta de sus quince años. Y con inmenso orgullo me mostró la primera foto que extrajo de la bolsa. ¿Verdad que es hermosa? Asentí un poco confuso. Era una foto raída y manoseada, que mostraba a una bebé, efectivamente, bella. Después extrajo otra más y otra más y otra más y de la beldad adolescente que yo esperaba, nada. La cosa se puso más rara cuando comenzó con los juguetes; eran unas piezas grasientas y desarticuladas. Mira esta muñeca, se la compramos en Chiapas, cómo la quiere, la cuida mucho. Sí, debe ser, le respondí mirando a esa muñeca tuerta y de vestidos descosidos. Traigo muchas cosas. Estoy segura que de algo te han de servir, para que te des una idea de cómo es ella y te inspires. Quiero el mejor poema. Te las dejo para que las contemples en la serenidad de la noche. Y con un gesto serio agregó: te encargo sus cosas, por favor, y me extendió la bolsa. Yo asentí, como es mi costumbre, sin hacer mayor comentario. Si la conocieras personalmente, todo esto saldría sobrando; es una criatura hermosísima, te enamorarías de ella al instante. Si está como usted, estoy seguro que sí, pensé, mientras miraba el suave aleteo de sus pestañas y el meneo de sus carnosos labios. Es una lástima que a mi hija no le guste salir mucho de casa. De cualquier forma, ésta es una sorpresa y es mejor así, de lo contrario estoy segura que le dedicas un libro completo de poemas. Tanto bla, bla, bla, sobre la belleza de su hija hizo que me animara a preguntarle, ¡oiga!, ¿no tendrá una foto más reciente?, digo, al menos de la salida del kínder. La bella señora transfiguró vertiginosamente su expresión. Apareció una oscura aureola que nubló el resplandor de sus ojos. Como si aquel alegre parloteo no fuera más que una máscara, la cual se deshilachó con mi pregunta, para así mostrar su verdadero rostro. Al ver esa metamorfosis, le dije: pensándolo bien, creo que con estas fotos me la puedo imaginar más crecida. Y su hermosa fisonomía volvió a florecer. Bueno, me marchó. Mi esposo espera afuera. Supongo que necesitas un adelanto. Y me estiró dos monedas de a cinco pesos. Por lo asombrado que estaba, no le aclaré mis tarifas. La acompañé a la calle y, efectivamente, un hombre vestido de negro y de aspecto sereno la esperaba recargado en su auto. La hermosa señora se despidió de mí con un apretón de manos. Nunca me dijo su nombre ni la fecha de entrega para su pedido, ni el nombre de la festejada, y ni yo le quise preguntar, porque para ese momento el asunto ya me olía a casa de la risa. El tipo aquel le preguntó, ¿listo?, le dio un beso y le abrió la puertezuela del auto y antes de subirse me cerró un ojo. Volví a mi oficina e inspeccioné el contenido de la bolsa con más detenimiento. El pequeño fardo de fotos daba testimonio del crecimiento de la niña y la mostraba en distintas situaciones, la navidad, la playa, una kermés. La última foto era de su cumpleaños

número tres. Al lado de su pastel, vestida de princesita, sonreía a la cámara. Las páginas interiores del cuadernillo estaban saturadas de rayones y dibujos que, supuse, eran de la niña. Metí nuevamente toda aquella colección de recuerdos en la bolsa, la puse en algún rincón de mi cuchitril y la olvidé hasta esta noche, que regreso a mi casa y voy recordando, mientras doblo la esquina de mi calle. La señorona no ha vuelto; no dudo que, con la suerte que traigo últimamente, uno de estos días se me aparezca para reclamarme su dichoso poema y las pertenencias de su hijita. Todo esto lo pienso en tanto que reduzco mi paso y aguzo mejor mi mirada, no sea que el Tuerto me esté esperando enfrente de la casa.

¡Ese Tuertito es todo un caso! La otra noche lo encontré parado en la avenida Chimalhuacán, estirando el cuello por cada autobús que pasaba y hablando en voz alta consigo mismo o no sé con qué fantasma de su locura.

—¡Entons qué, mi Tuertito! ¿Qué haciendo? —le pregunté.

—Aquí nomás, esperando a que llegue el día —respondió como si nada.

¡Y no, el cabrón lo esperó hasta que llegó! Se retiró de la esquina apenas los rayos del sol trasponían las cimas nevadas del Iztaccíhuatl y comenzaban a entibiar la ciudad.

Me lo contó Doña Chuy, que a esa hora va por la leche. Así que habrá que andarse con pies de plomo con este cuate, que ya demostró que por paciencia no queda. Felizmente no está, según puedo ver, por lo que me acerco con confianza a mi puerta. Y antes de girar la llave en la cerradura, escucho a mi espalda un *chst, chst...* Un cosquilleo recorre mi nuca. No quiero voltear en medio de esta soledad...

Marco Aurelio es un miedoso de primera. No miento. Lo demostró un domingo que fuimos al tianguis de San Juan a comer mariscos, aunque lo disimuló con cierto elegante cinismo. Caminábamos por la avenida Texcoco, en donde las aglomeraciones de gente son normales. En una de éstas, quisimos evadir una muchedumbre que compraba ropa de ganga. De manera accidental, empujé a un hombre, que debido a mi contacto tiró una moneda. Aquel tipo, que por su apariencia debía ser un pordiosero, protestó dirigiéndose a Marco Aurelio que no tenía culpa y avanzaba detrás de mí, ¡Cómo eres torpe!, le dijo y lo miró con odio. Mi poeta se quedó perplejo. Y después de unos instantes reaccionó, esbozando una sonrisilla que quiso ser irónica y más bien le salió nerviosa. Siguió de frente sin prestarle más atención al individuo. Me tomó de la mano y me dijo a media voz: hay que tener clase hasta para liarse a golpes, quizá alguien de mejor ralea y más riqueza que una mísera monedita valga mi sangre. Yo lo jalé y apresuré el paso, no fuera que aquel bruto lo escuchara.

Y es que dudo que Marco Aurelio se hubiera atrevido a ir al «Hoyo», conocida colonia de Iztapalapa, famosa por ser un nido de ratas, traficantes, golpeadores y asesinos. Nosotras no sabíamos que Fer tenía su amigo ahí. En el momento en que

Lourdes supo hacia dónde nos dirigíamos, se puso como histérica. Se negaba a ir. No hacía mucho que su padre había sido desvalijado por esos rumbos: le quitaron su camioneta, su Rolex y le vaciaron todas las tarjetas que llevaba consigo. Cuando me lo contó, lo celebré entre mí: ladrón que roba a ladrón... Ese viejo era una fichita despreciable, pero entendí la reacción que estaba teniendo Lourdes. No creía en la promesa de Fer de que no nos iba a suceder nada, que su amigo era pariente o cuñado o no sé qué, de uno de los maleantes más respetados de la colonia. Por supuesto que me puse nerviosa, pero no lo suficiente como para dramatizar. Le pregunté a Fer en el tono más sereno que me salió en ese momento, si la información de su amigo valía el riesgo. ¿Crees que a mí no me molesta que todo mundo vea mis miserias? ¡Claro que vale el riesgo! Aclarado el punto, le dije que se orillara para que se bajara Lourdes, que no valía una compañía en esas condiciones. Lourdes, por más que disimuló su miedo, no pudo convencernos de que estaba más tranquila, así que la dejamos en una estación del Metro.

El famoso barrio está edificado sobre una gran depresión de terreno, en el centro de un cerro que fue mina, de allí el sobrenombre del «Hoyo». Uno puede identificarlo a lo lejos, ya que en el epicentro del cerro se levanta un sinnúmero de unidades habitacionales de ladrillos anaranjados. Mientras nos acercábamos, el camino caía en declive y el número de los postes de luz iba disminuyendo o de plano sus focos estaban tronados. La avenida se hizo un camino oscuro que sólo los faros del coche iluminaban. Cuando entramos al «Hoyo», sentí que un sinnúmero de miradas nos acecharon desde las esquinas y las ventanas a media luz. Muchos vagos rondaban y veían nuestro coche con cara, al mismo tiempo, de pocos amigos y de deseo. Era la especialidad de la casa: el hurto de autos. Afortunadamente, el conocido de Fer vive cerca de la entrada del «Hoyo» y pronto nos estacionamos. Un chavo se acercó y saludó con camaradería a Fer. En ese momento, nos convertimos en parte del paisaje porque los vagos ya no nos prestaron mayor atención. Subimos al edificio. Al entrar al departamento, un tipo de unos cuarenta años nos recibió con un comentario: ¿Qué tal el viajecito?, tranquilo, ¿no? Fer y yo sonreímos nerviosos y nos acomodamos en la sala. El hombre aclaró que el video que estábamos a punto de ver había caído en sus manos, por pura casualidad, en su trabajo. Lo dijo con una sonrisa burlona. Fernando, después, me aclaró que el tipo aquel era un ladrón, por lo que, posiblemente, alguno de los celulares robados contenía el dichoso video. Sin mediar mayor comentario conectó el teléfono a su televisión y pulsó play. Comenzaron las más estrambóticas escenas que he visto en mi vida.

Como de película chafa, diría Astoriana. Al escuchar los cuchicheos, viré el cuerpo, con la seguridad que caracterizan mis movimientos, y miré cómo una sombra alta y pesada emergía del encino viejo que se curva frente a la casa. Apenas distinguí la gorrita y la chamarra larga, mis tripas me traicionaron y se revolvieron, haciendo un

a la primera. Recuerdo que le decía: obsérvalos bien y dime qué de extraño les descubres. Él, por más esfuerzos que hacía, concluía diciendo: yo no les veo nada de raro. Vamos, obsérvalos bien, ¡esfuérate, por un carajo! Él volvía a posar sus ojos sobre aquel grupito de hombres, pero terminaba por rendirse. Me doy, decía sin mucho interés. ¡El de pantalón gris!, amor, es el de pantalón gris. No te lo creo, respondía con incredulidad.

Me basta ver un ligero mohín o escuchar una frase o algo, no sé qué, para descubrir al homosexual más escondido que pudiera existir en el clóset. Soy muy eficaz para descubrirlos.

Por eso me vieron como a un bicho raro cuando empecé a carcajearme como loca y de repente quedarme muda, observando, en el dichoso video, esos cuerpos gordos y fofos tener sexo, sin que ello me significara nada. Y es que las escenas me hicieron recordar a mi despistado poeta, y no pude evitar suspirar. ¿Y ahora?, ¿qué te pasa?, dijo Fer, asombrado. Nada, me acordé de alguien. Por lo que estamos viendo, debe ser medio puñal, ¿no? Hasta eso que no, medio atolondrado, pero bastante hombrecito. El amigo de Fer, que seguía nuestra conversación, nos miró un poco sacado de onda, y dijo: yo les muestro el video del siglo en Neza y ustedes quién sabe de quién hablan. Claro, el dichoso video era como una película pornográfica gay de ínfima categoría. De una involuntaria y patética comicidad. La podríamos titular: «Los tres cochinitos están en la cama». Los protagonistas dejaban mucho que desear. Tres hombres maduros, torpes y medio borrachos. Por supuesto que no lo voy a describir más que como un trío de gays haciendo el trencito, uno tras de otro, encajándose cariño. ¿Lo relevante? Aparecía al actual presidente municipal de Nezahualcóyotl. Era la enloquecida locomotora que conducía ese convoy, y por cada acometida que le propinaba su primer vagón, gritaba ¡ajúa!

En cuestiones sexuales, Astoriana es bastante *open mind*. Tiene una maleta llena de juguetes eróticos: dildos, muñecos inflables, perlas del placer y demás chucherías. Dice que a lo máximo los utiliza tres veces y después los tira a la basura, por cuestiones de pulcritud, claro. Un día me los mostró, sin el menor rubor, como si me estuviera presumiendo el mobiliario de su cocina, dijo algo parecido a: Me pareció bien comprar esto porque hace juego con esto otro, se ve más bonito y funciona mucho mejor. Con esa naturalidad. Yo no soy tan así.

Por eso, cuando la señora hermosa apareció en mi oficina, examinando la muñeca inflable que Astoriana me regaló, no supe cómo reaccionar. Estuve a punto de recular y escaparme, pero la imagen de la seño, manoseando la boca de mi muñeca Lizzy, me hizo alucinar no sé qué vanas esperanzas y la confronté. Buenas tardes, dije con una sonrisa bastante idiota. La hermosa señora respondió con toda naturalidad: buenas tardes, Marco Aurelio, ¿cómo has estado?, dijo mientras metía tranquilamente a Lizzy en su funda de plástico y la volvió a poner entre los libros desparramados sobre

el suelo. No pude evitar revisar esa bolsa, creí que allí estaban las pertenencias de mi hija, se justificó. No, sus cosas están en otro cuarto. Aquí entra todo mundo y ya sabe cómo son... Esto último lo dije sin malicia, se me salió, lo que no evitó que me sintiera fatal. Ella se mantuvo ecuánime. Sí, comprendo, te agradezco que hayas tomado esas precauciones. ¿Ya está mi poema? Me quedé de a seis, con la boca abierta. En ese instante, el Gordo se asomó por la puerta y estirando un paquetito me dijo: Aquí está el alpiste que te manda mi mamá, y se dio la media vuelta, lo cual me permitió acercarme a la puerta y decirle al Gordo que mis periquitos se habían escapado, o los secuestraron, o no sé. En todo caso, le devolví el alpiste y le di las gracias. Mientras, pensaba en la bella señora. ¿Qué le digo? ¿Qué le digo? ¿Qué le digo? No se me ocurrió mentira alguna y le dije la verdad: Señora, como usted no volvió a aparecerse, no me llamó por teléfono, ni siquiera me mandó un mensaje electrónico, pues di su poema al olvido. Saqué mis penúltimas monedas y se las extendí. De verdad, lo siento. Y esa señora tan hermosa, tan delicada, tan agradable y de voz tan suave, enfureció. ¡¿Lo olvidaste?! ¡¿Cómo que lo olvidaste?! ¡Tú no tienes derecho a olvidarte de mi niña! ¡Nadie tiene derecho a olvidarla! Dime que no la has olvidado, ¡dímelo! Tan cerca tuve su aliento que en otro contexto lo hubiera celebrado, pero en ese momento desvié mi rostro para no ver sus ojos de fuego, ni sus enormes dientes agitándose frenéticos... ¡Me oyes, tú no tienes derecho a olvidar a mi hija, nadie tiene ese derecho, porque ella sigue estando en casa, está ilusionada con sus quince años! Sus delgadas manos se aferraron a mi camisa y comenzó a agitarme como a un vil títere. ¡Mira lo que me has hecho, y yo pensando todavía en llevarle tu porquería de poema...! Mis fodongas vecinas asomaban esporádicamente sus cabezotas desde el fondo del patio y, después de husmear por la puerta abierta, desaparecían sin atreverse a intervenir, seguras de que era otra de mis borracheras. Aquello estaba tomando tintes apocalípticos. En el momento en que la ya no tan bella señora tomó una pluma de mi escritorio, temí que intentara apuñalarme, sin embargo, sólo comenzó a exigirme a gritos: ¡Escríbelo, escríbelo ahora! Y me cogió de la mano con una fuerza increíble y puso la pluma entre mis dedos. ¡Escribe que no las has olvidado, ni tú ni nadie la debe dar al olvido! Como un enviado de Dios, nuestro señor, apareció su esposo, la abrazó y la calmó. Nadie ha olvidado a nuestra niña, amor, vamos a casa y verás que ella osla esperándonos, le dijo en un tono tan sosegado y dulce que hasta a mí se me bajó un poquitín el susto. Mientras se la llevaba, me ofreció disculpas. No insistieron más sobre su dichosa bolsa y la dejaron nuevamente. Después de diez minutos, me atreví a asomarme por mi ventana, suspiré aliviado cuando no pude ver a nadie en la calle. ¡Qué prodigiosa fuerza la de esta hercúlea señora!

A veces, jugábamos a las fuercitas y siempre le gané. No se hacía el que le ganaba, no se hacía el débil nada más para complacerme, ¡no!, era un total y completo

debilucho. Yo, que siempre escogí a mis amantes de brazos fuertes y vigorosos pectorales, para que pudieran estrujarme con pasión al hacerme el amor, fui a perder con este enclenque poeta, que apenas puede cargar con su atolondrada alma.

¿En qué podía apoyarme Marco Aurelio en estos momentos en que las cosas se pusieron color hormiga? En nada, pero lo extraño enormidades. Por la mañana, el presidente municipal se presentó en la receptoría, ocultando su mirada tras unos lentes oscuros y rodeado de varios guardaespaldas que le abrían el paso a empellones. Era lunes y la receptoría estaba atiborrada de personas. Antes de reunirme con él, hice como que le daba instrucciones a Lourdes y a otros subalternos, con la única finalidad de hacerlo repelar nada más porque sí. El presidente esperó en mi oficina. Cuando se quitó los lentes oscuros, pude notar mejor su impaciencia, su enfado y, en el fondo de esa dura mirada, una colosal zozobra. ¿Cómo está, señor presidente? Aquí nomás, esperándola, Astoriana. Le ruego me disculpe, pero es lunes y... Sí, sí, ya sé; vengo por otros asuntos que no tienen que ver con la recaudación de impuestos; cierre bien la puerta, por favor. ¿No quiere mejor que vayamos a hablar en otro lugar, para que tenga más confianza? No, en la mañana mi gente revisó esta oficina y es segura, además, tengo tan pocas ganas de salir a la calle. Como usted quiera. Astoriana, mi gente averiguó que ha visto un video sobre mi vida privada y aunque no muestra un acto ilegal... o inmoral... es comprometedor en otro sentido... usted sabe... Si se refiere al video donde usted aparece con otros dos hombres teniendo relaciones sexuales, sí, ya lo vi. Vaya, parece que con usted las cosas claras son una regla. Y una necesidad, señor presidente, evitan los malos entendidos. Tal vez por eso usted, con su enorme talento, no sirve para la política; demasiada franqueza no es buena en nuestra profesión. Ni a mí me interesa en lo más mínimo; aquí hay tantas cosas interesantes que se saben, impuestos, activos, pasivos, nóminas fantasmas... trivialidades que a ustedes los políticos les aburren tanto. Y nos pueden también comprometer tanto. No es de extrañarse que después anden corriendo tras de una para que sus cuentecillas ajusten ante las auditorias. Nos tiene del cogote, Astoriana, por eso no entiendo... en fin, quiero que me ayude. Si está en mis posibilidades con mucho gusto. Debe estar, Astoriana; usted, por lo que sé y he visto también, ha sido víctima de la misma canallada que yo; dígame cuál es su consejo, cómo puedo, cómo podemos evitar que esto se vuelva una bola de nieve y haga chuzas con todos nosotros. Por mí no se preocupe, señor presidente; por otro lado, mi único consejo es que organice una conferencia de prensa y acepte que es homosexual.

Ella se dice muy sincera, yo lo dudo. En su trabajo, es atrabancada, en los momentos que así lo requieren o sutil o ecuánime o dulce o sociable o firme o fría o lo que sea; siempre calculadora, nunca débil. Esto último es lo que más me duele. Difícil sería verla tocando mi puerta con cualquier pretexto para verme. Hoy he mirado su sitio

poemasalacartapuntocom, y he de reconocer, con envidia, que técnicamente es mucho mejor que el mío. Es más, se atreve a ofertar por una cuota extra «estados de ánimo», acordes con el poema adquirido por el cliente. Así, si uno compra un poema triste o erótico, éste vendrá acompañado por un sonido especial que acrecienta la sensación de tristeza o de cachondeo. No es música de acompañamiento, más bien es una droga auditiva que provoca y estimula la visión, el olfato, el tacto y cualquier otro sentido que se llegue a apendejar bajo este mágico influjo, y que pareciera cosa del Chamuco. En ñn, artilugios tecnológicos que solamente una mujer perversa como Astoriana puede imaginar y urdir. Ahora que, el contenido de su página, yo dudo sea mejor que el mío, aunque haga alarde de tener conocimiento de todos los poetas del universo y los incluya en sus *links*. Estuve a punto de buscar las obras completas de Brycewicz o de Fernando del Paso —el único mediano poeta que escribe geniales novelas— pero me arrepentí de último momento. Hoy, su página la han visitado cuarenta y ocho internautas. ¿La mía? *Diecitantas* visitas y tres pedidos, que no tengo ganas de surtir. Ya nada me importa después de todo. Sólo quiero dormir. De cualquier manera, poco ha pasado por mis últimos días y, si ha pasado algo, me importa una chingada. Más bien, una difusa bruma ha enturbiado mi inspiración, que ha hecho que las musas se pierdan en la profunda noche y no lleguen a tocar mi puerta. Soy cursi, lo sé, pero qué quieren; también debo reconocer que soy un joven aprendiz de poeta y que la cursilería se desvanece en la medida que uno lee mucho a los buenos poetas, pero sobre todo, sufriendo infinitamente más. Y ahora, sólo tengo ganas de sufrir.

¡Es payaso, qué! Que si muy sensible, que si muy profundo, que si muy sufridor, que si muy no sé qué. Sin embargo, es un canijo de los mil demonios. Cuántas noches de cerveza y tequila en esta decentita ciudad, la cual tiene más cantinas que escuelas, lo juro, como que yo les cobro los impuestos. Recorrimos toda Nezhualcólica, desde sus cochambrosas cantinas de mujeronas gordas y desparramadas, hasta los bares «VIP», con sus rubias de tinte y sus gorilas de corbata en la entrada. Cuántos teiboldans, donde acostubrábamos invitar a una bailarina a nuestra mesa, y mientras yo platicaba con ella y le inquiría, intrigada, por su vida, sus hijos, este calenturiento poeta le metía mano a gusto, preguntándole si se aventaría un trío, que cuánto cobraría. Muchas veces nos fuimos de reventón el fin de semana completito y a él importándole un comino sus pedidos de poemas que debía entregar. Cuántas veces le dije que tenía que ser cumplido con sus clientes, que de alguna manera, ellos eran los que podían salvar la poesía del peligro de extinción que él tanto denunciaba, pero le valía. Una noche, estando bebiendo en una triste cantina, me citó con su aliento alcohólico a su odiado Bukowski. «... como dijo Dios, cruzándose de piernas: Creo que he creado muchísimos poetas pero hay poquísima poesía». Y completamente ebrio, Marco Aurelio siguió en el mismo tenor. Nosotros siempre vamos a sobrar, Astoriana, siempre..., es la poesía la que me preocupa, no sé dónde

se ha metido esa loca endemoniada, siempre yéndose hacia algún lado, de aquí para allá, escurriéndose entre nuestras sombras y pisadas. Y mirando hacia todos lados, comenzó a gritar. ¡Sal, hija de la chingada! ¡Sal, de donde estés, grandísima puta! Y después, cerrando un poco sus ojos, me dijo al oído. Creo que se la robaron, Astoriana, la secuestraron, y ahora sus captores se comunicarán con nosotros y nos la pasarán al teléfono, para que desde su cautiverio nos balbucee un triste y desentonado verso y, entonces, estaremos ciertos de que todavía respira. Como en los cuentos de espantos, sus secuestradores exigirán nuestra alma a cambio de su libertad, y para probar que hablan en serio y no están jugando, la comenzarán a destazar y nos la enviarán en cachitos. Le rebanarán los versos, le harán añicos las palabras, mutilarán su ritmo y la dejarán desangrar hasta el último punto y coma que corra por sus venas, la aboletarán hasta que se quede muda y ya no nos diga nada, y entonces la extrañaremos... Y en medio de esa sombría cantina todos lo veían como un bicho raro y, sobre todo, inofensivo, que era lo más importante. Porque para ese momento, mi chifladito ya se había apostado en la entrada y exigía que nadie se moviera hasta encontrar a la poesía o diéramos con sus captores. Allí, con su pancita abultada, sus brazos y piernas extendidas y tambaleantes, impidiendo que alguien se fuera a escapar, no podía asustar a nadie, más que a la locura. Por eso los parroquianos le permitieron, con cierta complicidad y bajo la promesa de una copa, hurgar debajo de sus mesas, espulgar sus grasientas solapas, rebuscar entre las cenizas de los cigarrillos a medio consumir. Y siguió buscando la poesía en el fondo de una botella de vino barato, dentro de los ojos albinos del ciego de la caja de toques, en los retretes rebosantes de mierda. Y remató su numerito advirtiéndole al capitán que jamás volvería a poner un pie en una cantina tan insegura, donde tanto bandido se conjura para cometer infinidad de fechorías, en una cantina tan, tan sin poesía, pues... El amable capitán, con una sonrisa de resignación, lo regresó a mi mesa y lo sentó sin mayor problema. Ves, Astoriana, todos son cómplices... Y lo miré, babeante y a punto de llorar, tomar su cerveza y enfilársela de un sopetón. Entonces, no pude evitar abrazar a mi loquito y decirle a la oreja: No te preocupes, amor, yo te ayudaré, vas a ver que juntos encontraremos a esa loca perdida.

Astoriana nunca reconocería que me amaba y eso sí duele. Ni siquiera me manda un mensaje por celular, un miserable mensaje de a peso. Supongo que para ella sería más que una moneda. La única que me sigue enviando mensajes es **Alma en Pena**. Y de vez en vez me cuelga recordatorios en su Hi-five. Por lo regular utiliza su microblog como un ridículo diario en tiempo «real», según ella:

DATE: 5 de agosto del 3099

M dspierto (12 de la noche):

Abro los ojos. M asomo al espejo para comprobar ke todavía vivo. Comienzo a respirar. M visto y salgo a vagabundear. La noche es fría y penetrante. Comienza a lloviznar.

M dsplazo (.38 horas después):

Las calles son un laberinto enmohecido. M aprietan las botas. La lluvia se vuelve un enjambre de insectos delirantes. Me aturden sus lengüetazos. Recuerdo ke stoy resfriada.

M transporte (79.99 minutos después):

Lentos pasos de un taxi a lo lejos. Le hago la parada. Un hombre corpulento m abre la portezuela delantera. Se m insinúa. M roza la pierna con sus regordetes dedos. Sonríe. M alimento (2.353 segundos después):

Yo no digo nada. Sólo spero ke m lleve lejos, muy lejos. Lejos del resplandor de la ciudad. Le husmeo su entrepierna. Me sujeta de la mano. Es poca cosa. Tngo mucha sedddd...

M reúno (2334498323.22374 nanosegundos después):

Yo también fui ángel. Lo c porque tengo omóplatos afelpados. M dan comezón cuando no m baño. Por eso m siento bien entre ellos. Los miro jugar y hacerse el amor a todas lloras.

M reúno (3. π nanosegundos después). Los he besado alguna vez. Se burlan de mi piel sin cicatrices. De sus puños brota el aroma del olvido y lo aspiran hasta desvanecerse. Enlokecen en las entrañas de la ciudad. Sus risas brotan por todas las coladeras...

M enclaustró (.00009999... horas después)

Un vago resplandor por oriente..., será mejor volver sobre mis pasos.

A veces sube fotos de hombres ensangrentados, que, según, son sus novios de ocasión. O recuerdo una noche que transmitió por Internet lo que veían sus ojos. «Mis ojos serán una cámara, mi mirada será tu mirada», promocionó en la invitación que me envió para visitar su *blog*. Como ven, puras necedades de la clásica darketa. El último de sus mensajes por celular me remachaba lo de su poema: Yo C q No T DiJe D FCHaS, PeRo x FaVoR ¿PaRa QaNDo Mi PoeMa? QiDaT y BSoS ☺. Por mí, que se quede sin despedirse de quien sea, me vale. Estoy cansado de **Alma en Pena** y de todos, eso incluye a la arcaica Doña Leonor, quien se presentó en mi oficina al siguiente día de conocerla. Que, según, yo le había prometido componerle un «bello soneto» y lo que es peor, gratis. ¡Qué sé yo de sonetos! «Si por eso practico el poema libre, a ojo de buen puñetero», como diría Brycewicz. Pero la manquita apestosa insistía. Así es, hijo, tú movías la cabeza con determinación, asintiendo a mi solicitud de que me escribieras unas hermosas líneas y de forma negativa cuando yo ofrecí pagártelas. No se me ocurría nada para salirme de este nuevo embrollo y sólo guardaba silencio. Pero no te preocupes, si ya cambiaste de opinión en cuanto al

pago, sé que las musas tienen que comer. Y así, sin más, me dejó un puño de documentos: libretas, cartas, hojas y más hojas amarillentas. Y después me trajo más, más y más legajos de sus dichosas «Cartas de navegación», como ridículamente nombró a todo eso. Parecía que anotaba cada minuto de su prehistórica vida, porque son una infinidad de documentos tiesos y polvorientos. Y para fregarla todavía más, la última vez vino con mi tía. Y mientras ésta se dedicó a husmear con ojos de fuego mi chiquero, la veterana me decía con su eterno tono risueño: yo sé que a lo mejor el trabajo es muy tedioso, pero la recompensa es considerable, hijo, verás que tengo mis secretitos y te sorprenderán. De seguro sabré quién fue primero, si el huevo o la gallina, me dije. Más de un poeta consideraría imposible reducir esa infinitud de garabatos en un solo soneto que contenga mi dilatada existencia... Nuevamente estaba cayendo en esa especie de sopor que me provocaba el infatigable parloteo de la ruquita. Mi tía me pellizcó y dijo: espero que le cumplas a Doña Leonor. Como no estaba de humor para seguir escuchando necedades, no medié la menor diplomacia en mi respuesta, ¡Quiere su epitafio! ¿Eso es lo que quiere? La vieja se sorprendió y respondió amablemente. Sí, así es, necesito unas cuantas y precisas líneas que adornen mi lápida, un último adiós a esta vida que me ha dado y quitado tanto. Otro pellizco en el brazo y una reconvención entre dientes por parte de mi tía. No es necesario que lo persuadas por mí, Agripina, yo sola me basto. Te vuelvo a insistir, hijo, tu trabajo y esfuerzo serán debidamente recompensados. Pero señora, son muchísimas hojas, difícilmente yo podría... Muy bien, muy bien, parece que tus palabras demuestran ya cierta conformidad con mi encargo. Mira, mi vida es larga pero también monótona, así que te bastará escoger al azar unas cuantas hojas y leerlas y si son lo suficientemente... ¿cómo diremos?... inspirativas, pues escribirás mi ansiado soneto. Confío en tu criterio y en tu corazón. ¿Nos vamos, Agripina?, tengo pendiente por mi hermana que está en casa un poco enfermita. Y desapareció el par de urracas. No me dijo la fecha de entrega, y una vez más no le aclaré mis cuotas. Como sea, me vale madre, me valen madres todos los poemas que tengo que inventar. Sólo quiero dormir.

Es un güevonazo. Una vez me contó que tuvo la osadía de dormir desde las siete de la noche hasta las seis de la tarde del otro día, comerse una concha acompañada de un vaso de leche y volverse a dormir para despertarse al siguiente mediodía. Yo no puedo dormir siquiera si un verdadero problema me aqueja. A pesar de la ausencia de mi gandul poeta, hoy pernocté bastante bien. Lo que dudo hiciera el pobre presidente municipal.

Aterrado por todos los periodistas que buscan entrevistarle, se ha escondido quién sabe dónde. Por supuesto que no hizo caso de mi consejo de declararse tal como es. Me dijo: no, Astoriana, los tiempos no están para la sinceridad en estos temas; el país no está listo para gobernantes homosexuales. Pero sí para más

hipocresía. Mira niña, tú no sabes... Me llamo Astoriana y no soy su niña, además, no entiendo entonces para qué me consulta, si descalifica mi opinión, que usted mismo me pidió, ¿sabe?, no es el único que viene a pedirme consejos, no sé quién les ha dicho que porque cobro los impuestos de los nezayorkinos, puedo saber más... Lo siento Astoriana, no fue mi intención, entiéndeme, estoy desesperado, no sé cómo tú... Quizá porque me vale. Lujo que yo no puedo darme; tienes que sacar el video del ciberespacio antes de que llegue a la televisión, tú puedes, todos me han dicho que tú sabes mucho de eso, que puedes hacer cualquier cosa en cuestión de computadoras y de Internet... Salvo hacer milagros, señor presidente; una vez que suben a la red esos videos, se difunden y se contagian como un virus incurable, que sólo el aburrimiento o un nuevo escándalo hacen que se olvide, no hay más que hacer. No, Astoriana, tienes que hacer algo, sabes que pago bien los favores... Le vuelvo a insistir, no hay más que hacer, se lo digo por experiencia, yo traté de eliminar mi video y creí que lo había hecho en un principio, pero, ¡oh, sorpresa!, ahora que salgo de la oficina, un grupito de adolescentes y niños me miran y me guiñan con el ojo. Mi video está en sus celulares; así que no me queda más que resignarme, después de todo hay algo de complaciente en pensar que puedo poner caliente a más de un púber de secundaria. Dices que también un nuevo escándalo puede salvarme... Dijo por último el presidente municipal; se salió de mi oficina sin despedirse. Me dio lástima.

Recuerdo sus arengas políticas cuando aspiraba a la municipalidad. Soy un candidato de izquierda que está con los pobres y la modernidad, nada de hipocresías conmigo, proclamaba a los acarreados. Y prometía hacer de Neza una ciudad culta y educada. Una ciudad que se amoldara a los nuevos tiempos, donde los jóvenes se expresaran libremente, sin mordaza alguna. El estúpido se dedicó a erigir supuestos monumentos por algunos camellones y, sobre todo, a autorizar gasolineras para sus pobretones cómplices, todos políticos de izquierda. En tanto, las calles de la ciudad están hechas un asco y afuera de las escuelas primarias y secundarias venden cocaína y crack. Hoy por la tarde, en un adelanto del noticiario estelar de las diez de la noche, han anunciado un video que según conmocionará los valores más altos de la nación. Pobre diablo, volví a pensar.

Desde donde tú estás, amor, no puedes apreciar lo repugnante que es la política, me dijo una vez Astoriana. ¿Y tú, qué? ¿No te revuelves en la porquería?, le pregunté. Aunque trato de salir limpia, siempre habrá una circunstancia o alguien quien te ensucie; si supieras lo que yo sé... todos son iguales, mi chaparrito. Y se me quedaba mirando con sus ojos tristes. Ha sido la única vez que la he notado un poco susceptible. Claro que para eso teníamos que tomarnos unas copas. ¿Y qué le decías? ¿La consolabas? ¿Le decías, pobrecita y todas esas jaladas que desean escuchar las viejas?, preguntó mi primo. Astoriana no es de esas, con ella la seguridad y la

frialdad. A veces sentía como que no tenía sentimientos. No me vengas con eso, wey, mejor vamos a la fiesta, tengo conectadas dos tres reinitas que vas a ver, se caen de buenas. No puedo, mira todo ese papeleo que tengo que revisar de la ruca Leonor. ¿Y desde cuándo muy cumplidor?, inquirió mi primo. Desde que ya no tengo ganas de salir a la calle y tampoco tengo dinero.

Cuando se fue mi primo, con inmensa flojera me acerqué a los documentos de la señora Leonor, metí los dedillos al ai se va y tomé una hoja y leí un poco: «... no sé si me amas a pesar de todo, sé que de las dos, no soy la mejor, tampoco la peor, soy sola que soy...» Aquellas líneas me parecieron letra de una mala ranchera y decidí escoger otras fojas: «... ayer estuve hablando con ella y decidimos que no podíamos abandonar lo que hemos construido juntas desde la niñez, ella nunca me abandonará y yo tampoco lo haré, lo siento Hernán, te amo inmensamente, pero no la puedo dejar...» Decidí tomar otra hoja: «... jamás pensé que la felicidad existiera en la confesión de los pecados y hoy le he confesado tu existencia, Hernán. Le he dicho que tienes unos ojos un poco rasgados, que hacen ver tu rostro más ancho de lo que realmente es, que tu dentadura es perfecta y hace de tu risa un hermoso paisaje, fresco y vital, que eres un gran bobo porque te ríes de cualquier tontería, que me haces el amor como el amante más diligente, que me moriría si no te tengo en mi cama hoy en la noche...» Había muchos párrafos incompletos, borrosos e ilegibles, así que pellizqué otra cuartilla, «... mi madre abrió las cortinillas del carruaje, para que nos refrescáramos un poco. Sin embargo, entró un aire húmedo y bochornoso. Unos lengüetazos a lodo podrido enrarecieron el ambiente. El corpiño me apretaba demasiado, había trazado unas líneas rojizas y profundas sobre mi piel. Yo me revolví. Mi madre me reconvino de una sola mirada. Así que volví a mi inmovilidad sin chistar. La piel me ardía. Mi hermana se mantenía rígida y miraba por la ventanilla, como si el constante bamboleo del carruaje ni el ceñido corpiño la afectara en lo más mínimo. Mi madre está orgullosa de ella, es su consentida, nunca le reprocha nada.

»La noche anterior había caído un aguacero que hizo del camino un lodazal lleno de socavones. Fermín tenía dificultades por controlar los caballos y hacer que avanzaran con suficiente presteza; sudaba profusamente bajo el sol de agosto. Superamos pronto la brecha que limita la pequeña y hermosa hacienda de Guadalupe, más adelante entroncaríamos con la calzada que conduce a San Ángel. Nos dirigíamos a casa de los Sanz, en Chimalistac, al cumpleaños del viejo. No podíamos faltar, según mi madre. Antes de emprender el camino, me dirigió un torrente de reconvenciones y amenazas:

»—Estoy harta de tu petulancia con la gente, tienes que corresponder con la mínima cortesía que requieren sus cumplidos —y agregé, alzando un poco más la voz y agitando su mano—. ¡Ya basta de que me salgas con lo de tu hermana otra vez!, basta de tus escapatorias al campo, te lo advierto.

»Como siempre, ninguna advertencia le hizo a mi hermana, quien se mantuvo en

silencio y a la expectativa, sonriendo burlescamente a las espaldas de mi madre; en ese momento la oí, oí a las dos. A pesar de todo, entiendo el desasosiego de mi madre, en poco tiempo moriría y estaba preocupada por nuestro futuro. Nos había dicho que su muerte acaecería en febrero del año próximo. Todas las mujeres de mi estirpe han tenido esa maldición o bendición, según se quiera ver, de presagiar su muerte con gran exactitud. Ninguna ha fallado en sus vaticinios.

»Nos acercamos a la casa del viejo Aurelio Sanz. A lo lejos ya se divisaban, entre los truenos y las jacarandas, las lachadas blancas y elegantísimas de las quintas de más abolengo. Avanzábamos tortuosamente por las malas condiciones del camino. Cuando llegamos al palacete de los Sanz, mi hermana bajó del carruaje como una linda mariposa, sin manchar siquiera un hilacho de su atuendo. Yo resbalé levemente en el estribo del carruaje y la alforza de mi vestido se manchó apenas. Mi madre me lo reprochó con un aspaviento feroz. A mí nunca me han importado las condiciones de mi vestimenta, y menos ahora, que tu mirada, Hernán, me había preñado el alma.» Hasta allí llegué, el sueño me comenzó a acechar y la cabeza se me ladeaba de un lado a otro. De repente el timbre del teléfono de mi oficina sonó. No respondí. El sonido se esfumó por unos instantes para volver en seguida, pero desde mi celular. Me mantuve sin moverme. El timbre siguió sonando. No cedí y tampoco el teléfono. Por fin me animé. ¿Bueno? Una voz suave y lejana me respondió. Hola, poeta, ¿cómo estás? A pesar de que jamás había escuchado esa voz, supe que era ella y colgué inmediatamente, asustado.

Es su costumbre darle la vuelta a los verdaderos problemas. Nada me fastidia más que esa actitud, ni su loquera ni su desaliño ni su pereza ni su extraordinaria capacidad por gorrear, sino su forma de confrontar los problemas, es decir, huyendo o agachando la cabezota. Por eso no he vuelto a buscarlo. Que él venga si quiere recuperarme. Sé que he sido un poco ruda, pero no es para tanto, después de todo, la única característica que he admirado en él, es la que ahorita debería sacar a relucir, su cinismo, su enorme cinismo. Pero nada.

Por cierto, en conferencia de prensa, el presidente municipal de Neza denunció el enriquecimiento ilícito de Arturo Montiel, gobernador del Estado de México, y mostró fotos de castillos, mansiones y departamentos de lujo en Francia, de donde es oriunda la esposa del inculpado. Espero represalias por esta audacia, dijo en tono heroico el presidente municipal y continuó en el mismo tenor: no me importa, es mi deber exhibir la verdad que demanda y merece el pueblo de México. El escándalo nunca explotó, porque uno mayor retumbó de lado a lado de las fronteras del país y a los cinco segundos, más allá de los océanos que nos rodean. Ante tal mega escándalo, el Vaticano expresó su postura a través de su vocero monseñor Giuseppe Antolondroni: «La indignación y consternación que ha sufrido Su Santidad el papa Abascal I es infinita, pues la terrible ofensa de la que ha sido víctima la Santa

Iglesia, al atacar y difamar cobardemente a un humilde siervo suyo, es intolerable. No tiene precedente en los más de dos mil años de existencia de la verdadera fe. Ahora, Su Santidad Abascal I exige a México detener inmediatamente dicha felonía, en tanto que suplica humildemente ayuda a las potencias del orbe para finalizar con dicha crisis». Y agregó el potentado de la Iglesia: «El mundo está siendo víctima de los terroristas del alma, y hoy es un día de luto para la humanidad». Y que las tecnologías malditas, que todo envilecen y falsifican, eran armas del Chamuco o algo así, concluía la nota informativa. Desde la presidenta de la república hasta el más analfabeto diputado se mostraron indignados y apesadumbrados por el ignominioso video. Se exige y se promete una exhaustiva investigación. Por supuesto no podía faltar el clásico: Caiga quien caiga. La única institución que guardó silencio fue la Arquidiócesis de México. El video primero apareció en el ciberespacio y de allí saltó al infinito y más allá. El escándalo se volvió tan incontenible que las televisoras privadas tuvieron que ceder y comentar el caso de forma escueta al principio; sin embargo, cuando su rating se vio rebasado por Internet y los teléfonos celulares, que nunca se sometían al escrutinio de la Secretaría de Gobernación, decidieron ser un poco más abiertas y consintieron en transmitir el video de forma concisa y con las rigurosas plantillas que disimulan las escenas demasiado explícitas. El video se iba a pasar en los noticieros más importantes de la noche y a la misma hora. No habría retransmisiones. Los ojos de México se posaron en las pantallas de televisión a las diez treinta y cinco. Y esperaron...

Tanto escuchar sobre un famoso video que se iba a transmitir hizo que me asomara a la televisión, a la que no soy muy afecto. Y se armó tremendo argüende. A todos sorprendió, menos a mí, que ya sospechaba esas lúbricas conductas. Lo describiré con brevedad: un hombre maduro, de tez blanca y anteojos, entró a una habitación modestamente amueblada, acompañado de un niño de alrededor de doce años. Aquel hombre se sentó inmediatamente en la cama y expresó que un dolor abdominal lo aquejaba. Posó ambas manos sobre su vientre. El niño, azorado, se acercó a aquel hombre sin saber qué hacer y sólo acertó en decir: ¿se siente bien, Santísimo Padre? El hombre no respondió y se encogió, emitiendo un quejido aún más agudo. El niño, con un semblante asustado, volvió a insistir: Santísimo Padre, por favor, respóndame, ¿se siente bien?, ¿quiere que llame al médico? El hombre estiró un brazo y lo posó sobre el hombro del chico, con mucho esfuerzo habló: no, hijo, es inútil, mi dolor es incurable para la ciencia del hombre, tengo que padecerlo... Es el designio de Dios, nuestro Señor, tengo que sufrir, sufrir... Entonces el hombre gimió con intensidad y se acostó en la cama, encogiéndose como un feto. El niño, aterrorizado, se acercó y comenzó a suplicar: Santísimo Padre, por favor, dígame si puedo hacer algo para que ya no sufra. Sus manos dudaban entre limpiarse las lágrimas, que comenzaron a brotar de sus ojos, o tocar al hombre que, echado en la cama, se retorció. Santísimo

Padre, chillaba el niño. El hombre dijo, en medio de las convulsiones que parecía tener: sólo hay una remedio para mi mal, y únicamente lo puede llevar a cabo una persona elegida, santa y, sobre todo, discreta... Mi mal es provocado por el Diablo, y su maldad hace que cargue con la culpa de muchos. Y en medio de cierta calma suspiró: sólo los elegidos pueden ayudarme a menguar esta pesada carga. Una gesticulación, que expresaba un inmenso dolor, surcó el semblante de aquel hombre. Por favor, Santísimo Padre, dígame, dígame quién puede ayudarlo. El hombre se incorporó lentamente, colocó una de sus manos sobre la mejilla derecha del chico, en tanto que la otra la mantuvo en su vientre. Le preguntó, mirándolo a los ojos: ¿no te lo imaginas? El niño guardó un silencio confuso. ¿No te imaginas quién puede ser esa alma que me pueda ayudar a resistir este inmenso dolor que aqueja mi cuerpo y mi espíritu? El hombre mantuvo su mirada fija en el rostro del niño, quien terminó por bajar la cabeza y moverla negativamente. Con un gesto hosco, el hombre lo alejó de sí y le ordenó: ¡márchate!, ¡mañana te confesaré, si tengo tiempo! Pero el niño no se movió, con el cuello encorvado, comenzó a sollozar. Por fin dijo: pero yo lo quiero ayudar, Santísimo Padre. Acércate entonces, respondió el hombre. Le tomó la mano y le dijo, Aquí me duele, y se la posó en su bajo vientre, Aquí necesito tu mano santa. Poco a poco se la fue bajando hasta su miembro. Y como si hubiera tocado algo ardiente, el niño quiso retirarla. El hombre se la detuvo con firmeza y lo obligó a continuar las caricias. Lentamente, como si fuera un diminuto reptil, se fue asomando su miembro a través de la bragueta. El hombre comenzó a gemir y a mirar al cielo y los ojos se le fueron y sus labios se abrían tenuemente para decir: sí, sí... Y de repente agarró la cabeza del niño y la fue conduciendo a su minúscula verga excitada. Gracias, Dios Santo, por permitir aliviarme de este dolor que me atormenta todos los días... Sí, sí... Gracias, Dios Santo...

Si éstos son los servidores de Dios, cómo serán los del Diablo, me pregunté mientras veía el video. Quizá más decentes, me respondí. ¿Quién será el próximo personaje balconado? Ya le estoy tomando sabor al caldo, y ahora estoy ansiosa por saber quién más mostrará sus miserias. Espero que sea alguien de aspecto más agradable. Ya me cansé de cuerpos sebosos y pellejudos.

Por lo que toca al país, ha entrado en lo que parece ser un maremoto. El escándalo del video no cesó con el despido de los ingenieros, quienes no pudieron explicar el porqué de que se emitiera al aire íntegro y no escamoteado, como lo demandaba la censura. Todos decían que era inexplicable, que los altos ejecutivos de las televisoras y los funcionarios de gobernación habían supervisado la versión censurada y la autorizaron. Que no tenían respuesta alguna al hecho de que se transmitió la versión íntegra del video en todos los medios. Ni siquiera la energía eléctrica se ausentó, cuando, en los estados más conservadores de la federación, los gobernadores ordenaron bajarle al switch. Que parecía cosa del demonio y que, de

ahora en adelante, habría que persignarse y mirar a nuestro alrededor antes de dar un paso en esta vida.

Y entonces las eternas voces «críticas», con su exacerbada inteligencia, se dejaron escuchar: ¿Quién nos espía? ¿Qué poderosos intereses persigue? ¿Es el resultado de la ingobernabilidad eterna del país? ¿Las instituciones de la nación están rebasadas? ¿Es una conspiración contra el tequila y el mariachi? ¿Se quieren apoderar del cuerno de la abundancia, con todo y sus sesenta millones de pobretones? ¿Es obra de los maléficos yanquis? ¿De los chinitos, que ya son un montón? ¿La CIA? ¿Lo que quedó de la KGB? ¿El M16? ¿Gobernación? ¿El Cisen? ¿La guerrilla? ¿Los narcos? ¿Las orejotas de Salinas de Gortari, su pelona? ¿El ejército? ¿Carlos Slim o Bill Gates, quienes quieren comprar un país baratito? ¿Al-queda? ¿El Yunque? ¿Doña Pelos? ¿Los extraterrestres? ¿Jaime Mausán y sus exploradores espaciales? ¿Prosida? ¿El Chupacabras? ¿Cristo? ¿El Anticristo? ¿El recontra anticristo? ¿Dios? ¿El Diablo? ¿La nada? Esas preguntas, por cierto, muy estúpidas, eran las que se formulaban con más persistencia en las mesas de debate y los programas de televisión. En tanto, en internet, en los periódicos, en la radio, en la calle, se dice y se especulan un millón de versiones y teorías más. Yo, por lo pronto, pienso en la película Dejá vu, con Denzel Washington, en las de Matrix, con Keanu Reeves, en la espléndida novela 1984, de George Orwell y en la versión barata del Big Brother de la televisión, y, sobre todo, en la versión recargada que está cercando nuestra cotidianidad. También pensé en el libro Fluyan mis lágrimas dijo el policía, de Philip K. Dick, en la fibra óptica, en la supremacía del biosilicio, en el Homos hybridus, en los hoyos negros, en los hoyos blancos, en la inteligencia artificial y en los viajes en el tiempo... hasta en Dios, aunque no crea en él.

Los poetas que se dicen ateos le hacen al cuento. Me dan una inmensa flojera. Debería ser una obligación para todo poeta serio creer en Dios. Yo creo en Él. Lo digo por eso de que al principio de la creación primero fue el verbo, la palabra, y bueno, de allí viene toda esta pelotera de la humanidad. Los poetas, como orfebres del buen decir, debemos ser congruentes con esa entidad que basa todo su poder en las palabras. Imagínense decir: hágase una hermosa mujer, hágase bien caliente, háganseme unas infinitas ganas de hacerle el amor. ¡Fenomenal! Eso no quiere decir que a veces Dios se comporte como un verdadero cabroncete, por decir menos. Inicia siempre guerras perdidas, como eso de que nos portemos bien, de dónde, si ya vimos a sus representantes, aquí en la Tierra, cómo se las gastan. Por eso me cae bien Dios, nuestro señor. Es el gran perdedor por antonomasia, igual que sus muchachitos los poetas. Es dicharachero, ocurrente y soberbio, como él mismo, hizo el universo en seis días y nos dio toda la eternidad para destruirlo. Es de locos. Además, neurótico, la clásica conducta bipolar. Te habla con cariño para que le abras la puerta de tu hogar y, a las primeras de cambio, te aplasta como si fueras una repugnante cucaracha, y sin

motivo alguno. En fin, yo lo único que quiero de él es un milagro. Que haga que mi inspiración vuelva. Y no me refiero a Astoriana, no, sino a mi verdadera inspiración, que es lo único que realmente vale en mí, ya que con ella podré cortejar hasta a la princesa Diana, no importa que esté excesivamente flaca para mi gusto y muerta, pero así es el poder de las palabras, revive hasta los cadáveres; pregúntenle a Lázaro el de la Biblia. Lástima que la perversidad de Astoriana demuestre lo contrario. Ella es una ingenierilla tremendamente astuta y con demasiado tiempo libre. Es la única manera con que yo me explico que haya sido la maléfica autora de ese programa que hace poesías a la carta. No obstante, su sitio no tiene ese toque humano y artesanal que nos hace diferente a los poetas, que nos hace mirar la luz en la noche más oscura de la existencia. Tendré que contraatacar; eso es definitivo. Defenderé la poesía a ultranza, bajaré mis cuotas, cumpliré todos mis pedidos. De promoción regalaré versos extras, leeré mis poemas vestido de bombero o de policía para después desnudarme y bailarles a las clientas. Haré lo imposible por recuperar la supremacía del hombre sobre la máquina. La verdadera inspiración sobre la fría precisión de un algoritmo. Mi imprevisible dislexia sobre el monótono lenguaje binario de los ceros y los unos; abatir el imperio del silicio. Tengo que recuperar la confianza de la gente. No importa que tenga que pasar sobre el frío e inerte cuerpo de Astoriana. Si mi colega, el poeta François Villon, robó y asesinó, ¿por qué yo no? Después de todo, escribía mejor dentro de la cárcel que afuera. Sí, Astoriana, cuídate...

La mejor manera de descontar a los hombres es desenvolverse mejor que ellos en su propio terreno. Es como un nocaut a su meritito orgullo y les perturba toda la sesera. Se ponen como locos y comienzan a idear una infinidad de tonterías, no para mejorar, sino para vengarse. ¡Qué inocentes! Fue por eso que sentí una perversa felicidad cuando comparé los dos sitios de Internet. El mío tiene hoy ciento treinta y tres visitas y el de Marco Aurelio apenas diecitantas. Los pedidos de poemas se han multiplicado y mi programita de computadora los ha resuelto sin mayor contratiempo. Por supuesto que yo no los entrego, qué vergüenza eso de ir a leerlos en público. Hasta yo tengo mis límites; eso se lo dejo a bufones como Marco Aurelio. En todo caso, mi página es un éxito, y hasta algún dinero extra me está dejando. Es una insignificante victoria, lo sé, he librado mejores batallas.

En medio de tanto lío que se está armando en el país y en sus alrededores, una debe estar preparada para lo peor, y aunque nosotros en Neza estamos un poco más relajados, no debemos bajar la guardia en absoluto. En cualquier momento nos puede rebotar la pedrada de los videos. Por lo pronto, el presidente municipal volvió discretamente a sus oficinas y despacha lo más normal posible, y se aguanta. Así es, se aguanta de todos los chistes que hacen mella en él y se cuentan en los pasillos de palacio y las calles de la ciudad, y que, de alguna manera, llegan a sus oídos. Lo que sí no se aguantó fue lo de las pintas que comenzaron a aparecer en las bardas de las

avenidas. Eran dibujos de trenecitos humanos con su carita feliz. Culparon a los grafiteros y les comenzaron a cargar camorra. Así se inició su cacería. Y aunque ni culpa tuvieran, les proveían de una santa golpiza. En una de éstas, vi a unos chavitos sangrando que arrastraban los policías hacia las patrullas. Me dio un coraje tremendo y fui a ver al presidente municipal. Inicié recetándole la clásica frase del locutor mañanero: quien no tenga la capacidad de reírse de sí mismo, está condenado a la amargura. No me venga con esas baratijas, Astoriana. Bueno, entonces qué le parece esta otra: hay que ser un poco cínico para conservar la salud mental, y si no le parece, aquí tengo otra: Al mal tiempo buena cara, y si no... Déjese de estupideces, Astoriana. Es lo mismo que yo le digo, señor. Y así se nos fue la tarde, en el estira y afloja. Al inicio de nuestra conversación, cinco y veinte de la tarde, dijo que me largara inmediatamente de su oficina. A los tres minutos me amenazó si no lo hacía. A eso de las cinco y media, desvaneció su voz dura, y me urgió a no meterme en sus asuntos. Al instante, cinco y treinta uno, le recordé la última visita que me hizo para pedirme ayuda. A las seis diez, me invitó un tequila. A las seis cuarenta y uno, lo convencí de detener la represión sobre los muchachos, y le acepté el tequilita. Hasta las siete y cuarto sacó la botella y sirvió dos caballitos. A las ocho quince, pude notar que se le enrojecía levemente la mirada mientras decía: no se vale, no se vale. Al diez para las nueve, nos carcajeábamos como locas, en tanto veíamos nuevamente nuestros pornovideos. A las nueve en punto, sacó otra botella. A las nueve diez, comparábamos nuestros cuerpos desnudos en la pantalla y me confesaba qué parte le gustaría operarse. A las nueve treinta, corrió a un subalterno que le dijo que tenía que firmar unos papeles urgentes. A las nueve cuarenta y dos, me pareció simpático. A las diez y un poquito, ya nos tratábamos de «manitas» y hablamos sobre nuestros novios. A las diez y algo más, maldijimos a todos los hombres por mal pagar y nos pusimos a llorar como viejas locas. Después de las once, creo, me pregunté nada más por loquera, qué se sentiría hacer el amor con un gay; al instante se lo pregunté y me respondió con una asquerosa vomitada. A eso de las quince, me salí de la oficina, no sin antes finiquitar de un buche la segunda botella de tequila. Iniciadas ya de plano las horas de la locura, me dirigí a la explanada del palacio municipal, y a un lado del asta bandera comencé a gritar el nombre de Marco Aurelio.

De pronto, me dio comezón la puntita de la oreja y no se me podía quitar. Dicen que sucede porque alguien habla de ti a tus espaldas, te recuerdan o simplemente tienes una dermatitis. Me rasqué el lóbulo derecho y eché un vistazo a mi entorno. Sólo una palomilla revoloteaba alrededor del foco y lo embestía como retrasada, difícilmente me prestaría mayor atención. Quizá sean mis periquitos que me extrañan; lo más seguro es que sea la infección. ¿Quién más? Volví a echarme en la cama, seguí comiendo mis cacahuates y bebiendo mi Boing de mango, mientras esperaba que las

musas de media noche visitaran mi oficina. De pronto mi celular vibró. Un mensaje, claro. ¡HoLa, PoeTa!, JaMáS r LiBRaRáS D MÍ, RCUeRDa q SoY uN aLMa eN PNa, TNGo ToDa La eTRNiDaD PaRa SGUiRT MoLeSTaNDo ☺. Al instante, sentí un frío que me penetró y me congeló hasta el tuétano; después de unos instantes, sólo me dejó un hastío tremendo. ¿De dónde quiere que saque un poema?, si no es más que pirateándome alguno de los libros que colecciono. Y eso no lo haré. No, mientras me dure la promesa que me hice de ser más honesto y ya no recurrir al plagio. Esa **Alma en Pena** me tiene hartó, así que seguí por unos momentos más esperando. Y después de un rato, ni las musas, ni el sueño se apersonaron. Mejor decidí, para aprovechar el tiempo, acometer los legajos de la chiflada Doña Leonor, que por otra parte no se leían tan mal «... Cada vez que te ausentas, Hernán, parece que el invierno se nos viene. Cada palabra no pronunciada por ti es un silencio que nos aturde. Tus buenos días, tus invitaciones a almorzar, tus proyectos sobre este país que se está desangrando infinitamente, y tú, ciego soñador, sigues creyendo que ésta es una gran nación y que como el ave Fénix, resurgirá de entre las cenizas y del mar de sangre que cada vez nos ahoga más. Es absurda tu partida; pero ya no quiero escribir más sobre eso, sólo quiero volver a escuchar tu voz bajo el techo de nuestra casa. Escuchar tus anécdotas de hombre de mundo, todas las palabras que debiste pronunciar mientras compartías el lecho con nosotras. Ahora que estás en París, espero que pienses en nosotras, en el jardín que dejaste, en el baúl que prometiste enseñarnos, en el dintel de la puerta que prometiste arreglar, espero, sobre todo, que pienses en nosotras dos cuando lleves a la cama a alguna puta parisina...» De manera brusca unos timbrazos del teléfono me hicieron perder la concentración en la lectura y casi, casi me caigo de la cama. ¿Quién será a estas altas horas de la noche? Miré el teléfono y esperé a que se silenciara. Por supuesto que no iba contestar. Cuando retornó la quietud, retorné a mi lectura... «Mi hermana está enferma y no tardaré en estarlo también yo; los criados apenas si la cuidan, no sé por qué la desprecian tanto. Dicen que son tus instrucciones. Sin ti, nada es igual. Podríamos estar bajo el cuidado del galeno más prestigiado, pero sin ti, el catarro más pasajero es una grave agonía que carcome nuestra alma, te extrañamos. En la noche, cuando nos retiramos a nuestra recámara, nos desnudamos mutuamente...» Nuevos timbrazos. ¡Oh, qué la gran puta! ¡Cómo chingan!

No todo eran malas palabras y cursilerías en él. A veces se robaba algunos buenos poemas de cualquier antología, los hacía pasar como de inspiración propia y me los escribía en una servilleta. Recuerdo uno pequeñito de tantos:

*No es tu sexo lo que en tu sexo busco
Sino ensuciar tu alma:*

Desflorar

*Con todo el barro de la vida
Lo que aún no ha vivido.*

Era más que evidente que no era de él (después supe que era de un poeta medio turulato llamado Leopoldo María Panero), pero no se lo dije. Miré su semblante de triunfo preguntarme, ¿Qué te parece? Bonito y sobre todo original, creo que es lo mejor que has escrito, le respondí. Se puso un poco triste. Le volví a insistir, de veras, está bonito. Y se puso más triste. Mejor lo abracé y le dije que como ensayo era aceptable, un poco más de esfuerzo y pasión y sería publicable, ahora que si le ponía unas buenas carretadas de sinceridad, sería inmortal. Me dio un beso y se marchó. Era viernes y a eso de las cinco de la tarde nos extrañamos y me mandó un mensaje a mi celular: Qué pensar, qué sentir, qué escribir cuando tú no estás conmigo. Le agradecí la cursilería y se la devolví: Como cuentos de hadas, mi príncipe, búscame en las escalinatas de palacio a media noche.

Llegué al palacio municipal tarde y un poco borracho. Astoriana no se enojó de forma exagerada. Sólo me dijo que me la pasaba porque hacía media hora que ya era mi cumpleaños. Tendríamos nuestra fiesta privada, cero amigos y amigas. Sólo ella y yo, perdidos en un hotelito de Neza. Estábamos en la mejor época de nuestra relación y, con ese entusiasmo, me propuso ir a algún hotel cinco estrellas de Reforma. Es Neza o no hay pachanga, dije categórico, y después aligeré el tono para agregar, hay que hacer el gasto en el terruño, ¿no? Como quieras, pero yo lo escojo, respondió Astoriana. Después de pasar frente a casi todos los hoteles de Neza y enumerarme sus inconvenientes y sus ventajas, decidió que la mejor opción era Las Delicias, ubicado en Melisa, esquina Leonardo. Rentamos una suite con jacuzzi y toda la cosa. En el periplo por los múltiples hoteles, recibí varios mensajes a mi celular. Los leía, sonreía y guardaba el teléfono, y seguía platicando como si nada. Astoriana alguna vez me confesó que nunca se ha rebajado a fisgonear por celos las llamadas o mensajes de los celulares de sus parejas en turno, pero al ver que saqué por quinta vez el teléfono no pudo evitar preguntarme de la forma más casual, ¿quién es? **Alma en Pena**, le respondí. Se me quedó mirando con cara de ¿what? Le aclaré, es una chavita o señora, no lo sé, que conocí en un *blog* sobre literatura gótica y se hace llamar así: **Alma en Pena**, dije sin la menor importancia. Me volvió a recetar su jeta de ¿what? Es muy simpática y me manda mensajes chistosos como éstos, mira: HOLA GALÁN, SI DSEAS SEXO ORAL MARCA 55635362, SI DSEAS SEXO BRUTAL MARCA 55903429, SI DSEAS SEXO ANAL MARCA 55096783, SI DSEAS TODOS, MARCA MI NÚMERO ☺. No le hizo gracia la ocurrencia y dijo, con ese tipo de mensajitos, tu amiguita debe ser bastante boba. Sonreí y le machaqué: ¡estás celosa!, ¡estás celosa! ¿Yo, de una tipa que ni siquiera conozco o mejor dicho, que por lo único que la conozco es por ese tipo de tonterías?, olvídalo. Pero te revolvió las

tripas, admítelo. Claro que no. Claro que sí. Y en el momento en que ingresamos a nuestra elegante habitación, me llegó otro mensaje de **Alma en la pena**. Se lo enseñé a Astoriana. Ni siquiera lo miró. Está bien, está bien, dije y apagué el teléfono. La quise besar pero me rechazó. ¿Y ora? Nada, solamente que no estoy de humor. Es increíble que Astoriana, la mujer utópica del siglo XXI, autosuficiente, liberal, inteligente y etcétera de virtudes, se sienta celosa de un ente que anda vagabundeando por las vastas soledades de Internet y la telefonía inalámbrica... Ya, ya, déjate de tus cursilerías, reviró Astoriana. No es poesía barata, es la realidad, estás celosa, y lo que es peor, de una entidad inmaterial que ni conozco y ni sé cómo es. ¿Y esos estúpidos mensajes?, me respondió. Me dicen nada o casi, hoy está alegre, pero la mayoría de las veces se la pasa apesadumbrada y me manda mensajes de pena y tristeza. Ya ves que sí la conoces, me dijo en tono un poco triunfal. Pero no entiendes, Astoriana, es sólo una amiga que nunca he visto en persona, igual y hasta es un ciber-trasvesti, ya ves cómo abundan los degenerados en Internet, dije para aligerar la plática y agregué: discúlpame, pero no te entiendo, si no mal recuerdo, me dijiste que nada de celos en nuestra relación y ahora me sales con esto. Se mantuvo callada. Tomé el celular entre mis manos y dije: aquí está ella y aquí estás tú, ahora dime, ¿quién es más real?

*Así era, estaba celosa de un ente inmaterial y no lo podía aceptar. Conozco suficiente a este mendaz poeta y tenía la certeza de que esta vez no mentía, pero algo me hacía estar insatisfecha por cada respuesta que me daba. Era consciente de lo absurdo de mi actitud, pero en ese momento no podía evitarlo. Lo juro. Cuando me preguntó, con su psicología barata, quién era más real, hice de tripas corazón y le respondí comenzándome a desnudar. Tenía que superar a esa tipeja ridículamente llamada **Alma en Pena**. Mi calenturiento poeta comenzó a besar mi cuerpo y se aplicó lo mejor que podía, lo sentí por los momentos en que la cachondería me estaba ganando; sin embargo, en un momento dado, resurgió en mi mente la dichosa **Alma en Pena**. Y si no tenía cuerpo, gestos o miradas, en mi desvarío, yo se las inventé de mil colores y texturas: güera, morena, apiñonada, no importaba, en todas las instantáneas que me figuré, aparecía más guapa que yo, que para este miserable poeta quiere decir: más nalgona y tetona. Además, la adorné con enormes ojos miel y varios títulos universitarios. No lo pude soportar más y, en un arranque de furia, levanté mi rodilla con violencia. El pobre de Marco Aurelio, que en ese momento estaba bajándose los calzones a nivel del tobillo, recibió tremendo golpazo que lo mandó al piso. Le floree la nariz y la sangre le comenzó a brotar. Juro que fue un movimiento reflejo, como cuando alguien manotea la mesa y no porque esté enojado con la mesa precisamente. Para mi infortunio, y más para el de él, que andaba por esos rumbos, quedó medio noqueado. Lo quise levantar, pero me alejó con insultos y manotazos. Y por más que le pedí disculpas, no permitió siquiera acercarme al baño para constatar las lesiones de su cara. Me tiraba de a loca y pidió que me alejara*

mientras se veía al espejo y hacía por contener la hemorragia. Después de un rato, salió del baño con un enorme tapón de papel higiénico en su nariz, la camisa ensangrentada y el pelo húmedo y revuelto. Recogió su chamarra y salió de la habitación. Regresó. Se quitó los zapatos y se acostó en la orilla de la cama. No tuvo el valor para abrazarlo y él tampoco hizo algo al respecto. No bien me había ganado el sueño, un peso que arremetía contra mí me despertó. Era Marco Aurelio, que ya lo tenía encimado, y sin decir agua va ya me estaba amando, dándole con gusto, o mejor dicho, dándome gusto. Después de un rato, le ordené que bajara y besuqueara los labios de mi entrepierna; lo hizo encantado. El muy sonsito, todavía se tardó en descubrir el regalo que le tenía oculto entre el pelambre de mi linda puchita y que era todo para él. De repente, alzó el semblante y preguntó, ¿y esto? Es tu obsequio de cumpleaños, le dije, acariciándole la cabeza con mis manos. ¿Un percing?, ¿te pusiste un percing por mí?, se intrigó. No es cualquier clase de percing, amor, es el percing más poético que jamás existió. Sólo es cuestión de que lo sepas desasir de mi clítoris y será todo tuyo. Tendrás que usar tu lengua y tus labios con mucha pericia. Tienes que humedecer y lubricar tanto mi puchita que el percing resbale, solito, hacia tus manos. Y entonces serás dueño de toda la poesía del universo. Por supuesto que se quedó extrañadísimo, pero le gustó el juego y, ni tardo ni perezoso, se aplicó lo mejor que pudo. Después de hacerme gritar como loquita un rato, obtuvo su recompensa. El percing era una argollita de oro, en uno de sus extremos llevaba una esferita de cristal, la cual era una memoria de computadora. El verdadero chiste radicaba en su interior. Tomó el percing y quitó la bolita del extremo. Mi sorprendido poeta colocó la minúscula esfera en la palma de su mano; la observó, intrigado. Así es, amor, es una memoria Aleph y en sus nanoentrañas deambulan todos los poetas de la existencia, cualquiera, absolutamente todos. Mi poeta no decía nada. Contiene toda la poesía del universo, la que fue, la que es y la que será; así como sus secretos más recónditos, todo descifrado y vuelto a cifrar en ceros y unos, todo simplificado y magnificado, todo dispuesto para ti. Marco Aurelio miraba la esferita cristalina y luego me miraba a mí. Ni siquiera tienes que conectarla a una computadora o a Internet, puedes viajar al final de la Vía Láctea y siempre tendrás a tu disposición a cualquier poeta. ¿Aquí están todos, todos los poetas?, preguntó, incrédulo, Marco Aurelio. Efectivamente, poetas geniales, mediocres, conocidos, desconocidos, viejos, jóvenes, guapos, feos, futuros, frustrados, absolutamente todos, amor. Cualquier aspecto de su obra, de su nacimiento, de su muerte; cualquier pormenor de los suicidas, por ejemplo: el hotelucho de Turín en que Pavese se mató, la autocastración de Jorge Cuesta unos días antes de ahorcarse, la pistola que utilizó Maiakovski, la prostituta muda que acompañó a Al-Mazda en su última noche, la tentativa de suicidio de Borges, el río desbocado que inundó los pulmones de Po-Tse en el siglo XIV, la bala que no mató pero dejó ciego a Brycewicz, las últimas palabras de Homero antes de rodar por los acantilados del monte Olimpo, el virus con que se inmolará el último poeta del universo... Es más, aunque fueras inmortal, no tendrías

el tiempo suficiente para mirar una nanonésima parte de lo que contienen las tripas del Aleph, ni tú ni nadie. Hay suficiente información en esa memoria para que tú puedas edificar tu universo particular, el más poético de todos los universos posibles. Marco Aurelio se quedó de a seis, y no sé si por sorprendido o porque no entendía bien lo que le decía, y es que mi poeta a veces es medio retrasadito. Y hay más, amor, sólo necesitas convencerme con tus artes amatorias para decírtelas, le oferté. En eso que le llega un nuevo mensaje de la vieja ridícula llamada Alma en Pena. ¿No habías apagado esa cosa?, le reclamé. Pues, creí que sí, dijo y miró su celular. No sé qué le escribió la susodicha esa, pero comenzó a carcajearse. Nos enojamos otra vez y le arrebaté mi regalo de cumpleaños y, después de un silencio de incierta duración, nos reconciliamos una vez más. Volvimos a hacer el amor como poseídos. Salimos del hotel hasta eso de las doce del día. Después de tanto ajeteo se me olvidó devolverle la Aleph. Tampoco le aclaré la otra parte del obsequio y que me tomó algunas horas de oficina elaborar: un programa de computadora para crear poesías al gusto. En ese momento, consideré que después de lo que le había hecho padecer merecía algo más valioso que esa bagatela.

Y pensar que antes tenía sexo más seguido. Ahora me tengo que conformar con Doña Manuela, porque a mi muñeca Lizzy últimamente la siento muy fría y distante, y bueno, siempre la mano de uno es más cálida, más amigable. En fin, mi vida social ha decaído con brutalidad y sólo consiste en escabullirme de mis acreedores. Me salgo de casa temprano, a eso de las once del día, para no estar cuando el dizque licenciado de las tarjetas de Walmart y Bancomer me viene a buscar. A las doce del día exactas, viene la vieja Doña Leonor para ver qué adelantos llevo de su dichoso poema-epitafio, me lo ha dicho mi tía Agripina, a quien visita y le menciona que le urge su encargo, porque, ahora sí, ya le urge morir. Y se nota porque, según mi tía, la viejita cada vez está más apestosa. De dos a cinco de la tarde se da sus vueltas la hermosa señora, y no sé si para zarandearme otra vez o para pedirme las cosas de su hija. Julio César, el otro día, la miró rondando en la calle. Y como la señora está bastante potable y mi primo es un caliente de primera, pues se acercó a ver qué podía sacar en claro. Total, Julio César me contó que la señora hermosa es muy amable, que hasta lo invitó a salir de chambelán en los quince años de su hija, y le preguntó si no tenía más amigos. Si su hija está como su mamá, ya la hice, wey. Chance y en una de esas hasta le pongo con las dos, amenazó mi primo. No digas mamadas, le respondí yo.

Por otro lado, el abonero de mis colchas, que no tiene horario para llegar, me está cazando, y siempre que me encuentra me pone mis buenas regañinas. El último pago se lo di hace como dos meses. Para amolarla más, me he enterado de que el Tuerto anda buscándome, y no sé si con buenas intenciones. Así que me la paso dando vueltas de aquí para allá, por lo regular en el Parque del Pueblo o en las afueras de la Universidad Tecnológica de Neza, apreciando a las chicas guapas que deambulan afuera.

Hoy estuve un rato en el puesto de quesadillas con Doña Chuy. Le ayudé al Gordo a poner los banquitos de plástico y la lona que los protege del sol. Mientras reposábamos y devorábamos unas buenas quesadillas de quesillo con hongos, apareció Doña Lucía, la dueña de los abarrotes La Oaxaqueña. Venía con un talante entre sorprendida, desesperada y no saber qué hacer. Apenas se acercaba, yo comencé a hacerme el occiso. A ella le debo como cinco litros de leche y quién sabe cuántos empaques de pan Bimbo, sobre todo conchas. Pero ni me peló. Se dirigió a Doña Chuy, comenzó a quejarse y como a medio llorar. En ese momento, no supe de qué hablaron. Por si las dudas me fui escabullendo de a poquito.

Después de comprobar, desde la esquina, que ya no estaba Doña Lucía, regresé. Le pregunté a Doña Chuy, ¿Qué transa con la doña? ¡Ni se imagina, joven!, dijo entre

los bocados de comida que masticaba. Al notar sus ojos desorbitados y la gran pausa que se tomó, la apresuré: ¿qué?, ¿qué dijo?, desembuche el chisme. Y después de tomarse un trago de refresco, dijo casi gritándome: ¡que todos sus pájaros desaparecieron!, que no sabe cómo sucedió y ahora las jaulitas cuelgan vacías en el patio. Pobre señora, concluyó. ¿En serio?, me admiré. Verdad que está de locos, joven. ¿Y sabe?, sucedió después de que la fui a visitar ayer, como el Gordo me dijo que los periquitos de usted también desaparecieron y últimamente lo he visto tan triste, fui con ella a ver si me podía fiar un par para regalárselos. Me pasó a su casa y comenzó a presumirme todos los pájaros que tiene, que si esta guacamaya viene de las selvas de Yucatán y ya está echada, que si este otro pichón come sólo alimento especial, que si aquel perico de mil colores es único en su especie y le costó una fortuna y que si aquella paloma anda muy triste desde que se la trajeron. Yo le decía ¡oh, oh!, porque lo único que quería es que me fiara un parcito de australianos. Quedamos en vernos hoy en la noche para que los escogiera, pero ya ve lo que le pasó a la pobre.

Me fui al Parque del Pueblo a meditar lo sucedido y, sobre todo, a hacerme menso, en tanto podía retornar a mi casa. Solía brincarme la barda para no pagar la entrada y después buscaba algún frondoso árbol para acostarme bajo su sombra y sobre el pasto, leer unas pocas líneas del libro que llevara y finalmente dormir a pierna tendida. Ahora, más afín a los últimos acontecimientos, decidí visitar el aviario del Parque del Pueblo y contemplar a esas tristes aves enjauladas. La enorme residencia de los pajarracos era una esfera de malla, de por lo menos diez metros de diámetro. En su interior había un nutrido y multicolor grupo de volátiles de muchas especies, y salvo las rapaces, que estaban encerradas en cubículos especiales, las demás convivían en tumulto, volando y gorgoreando dentro de su enorme jaula. Las observé por unos minutos y me parecieron bastante cómodas. Tenían comida, techo, salud, bueno, hasta sexo obligatorio. Todo gratis. Eso es vida, me dije, y salí del aviario. Decidí comparar esas expresiones de plena satisfacción con la de los peces en el acuario.

Cuando me desplazaba hacia allá, mi celular sonó. **Alma en Pena**, por supuesto. Ni siquiera me tomé la molestia de leer el mensaje y metí el teléfono en el bolso del pantalón. No di ni tres pasos cuando el celular nuevamente vibró y tintineó. Miré que la pantalla indicaba un número desconocido. ¿Hola?, contesté. Hola, poeta, qué mal te he hecho que ya no me quieres responder. Eres el único de esta vida con el que me puedo comunicar... Era ella, esa voz triste y lejana. Apagué el teléfono y lo enterré en lo más profundo de mi bolsillo. Pero aquel aparatejo tornó a sonar. ¡Ay, cabrón!, me dije. Lo apagué nuevamente. Pero no cedía el timbre. Lo arrojé contra el piso. Se oyó un pequeño crunch y como que se separó la carátula del cuerpo principal. Pero aquel aparato del demonio seguía sonando y vibrando en el suelo. Lo tomé nuevamente, pulsé el botón de responder y grité: ¡sabes qué, **Alma en Pena**, ya me tienes hasta los güevos; adiós! Y lancé el celular lo más lejos que pude. Vi cómo

volaba y caía cerca de una lancha repleta de gente en medio lago. Aquellas personas miraron hacia mi dirección y pude presentir que de muy fea manera. Por si las dudas, me eché a correr entre los árboles.

Huir, huir... Pareciera que ésa es la consigna de los hombres que están en apuros. Así lo demostró el presidente municipal de Neza. Así lo está demostrando toda la plana mayor de clero mexicano. Ninguno de sus miembros ha dado la cara y nadie sabe dónde están. Y qué me dicen del protagonista del video, el Santísimo Padre que, como sabemos, ya se nos murió.

Las escenas del sacerdote Marcial Maciel, jefe de la congregación Los Mercenarios de Cristo, abusando sexualmente de aquel niño, fue una bomba. No obstante, las preguntas saltaban a la vista. La calidad y nitidez del video era demasiada como para ser producido en la época en que se dice sucedieron realmente los hechos. Es decir, fue como si una cámara de última generación viajara hacia el pasado y grabara esas escenas. El otrora niño y co-actor principal de la secuencia, ahora hombre maduro, alzó la mano desde algún remoto rincón de Canadá y aseveró que ese niño era él y que, para comprobarlo, había decidido regresar al país, en donde, hace como veinte años, interpuso una demanda ante la Procuraduría General por violación y lo que resulte contra aquel potentado de la fe; y que, por supuesto, dicha querrela duerme el sueño de los justos. ¿Cómo puede asegurar que es usted?, le preguntaron los periodistas. No sé, es como volver a vivir una pesadilla en alta definición, respondió. Y ratificó con firmeza: ese niño soy yo, soy yo. El acusado no dijo nada, desde hace cinco años permanece embalsamado, esperando la canonización. Sus devotos tienen fe en que los últimos acontecimientos apresuren los trámites ante el Vaticano y hagan de este santísimo pederasta, un Santísimo Santo. Sostienen que la prueba más fehaciente de que ya se codea con lo más granado de los santos internacionales, es el hecho de que, después de muerto, no lo dejan de atacar los enemigos de la sangrada Iglesia. Sus fieles devotos, por lo pronto, sacaron sus apestosos restos de la capilla donde reposaban y se disponen a llenar el Zócalo de la ciudad de México con una misa de desagravio, que será de cuerpo presente y donde el inculpado estará sentado en su vitrina. Por otro lado, los poderes más jacobinos y radicales del país demandaron un juicio post mórtem y recuerdan, si en el siglo IX, el propio papa Esteban VI ordenó llevar a cabo «el concilio cadavérico» para enjuiciar a su antecesor, el papa Formoso, bajo los cargos de perjurio y ambición, en la mismísima basílica de San Pedro y de la cual salió, aparte de culpable, bastante tieso, por su natural condición de cadáver. Posteriormente, y como castigo, sus restos fueron arrojados a la muchedumbre para que se divirtieran de lo lindo. ¿Por qué nosotros no tenemos tal brío?, para llevar nuestra justicia al más allá. Aseguran que la actual democracia mexicana está más sólida que nunca, para instalar sus juzgados en el mismo infierno, donde seguro estará ese deleznable

violador de niños. A la cuestión de que el acusado posiblemente sea promovido a Santo, responden, será muy superhéroe, pero de que lo juzgamos, lo juzgamos.

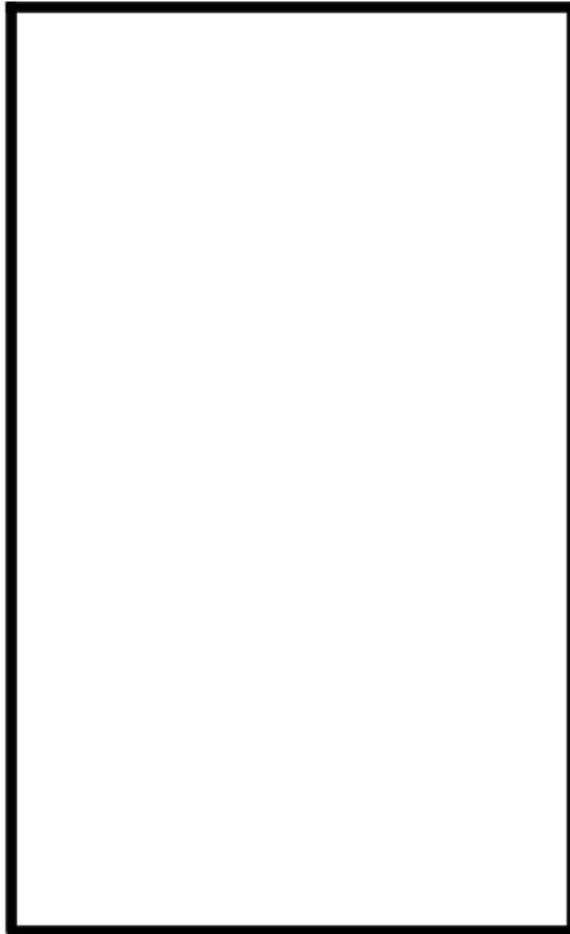
Yo, por lo pronto, no he podido dormir del todo bien. El asuntito de **Alma en Pena** me ha estado rondando por la cabeza con mucha insistencia. Y bueno, caí en lo más bajo de mi retorcida relación con Marco Aurelio. No pude evitarlo. Tenía que averiguar realmente qué había detrás de esa vieja bruja que según le escribía mensajes para preguntar por su poema o para contarle sus pésimos chistes. Al menos lo tendría que intentar un poquitín. Así que lo hice. Como algunos sabrán, desde 1929 existe la teoría de los seis grados propuesta por Frigyes Karinthy, quien postulaba que solamente se requerían de cinco intermediarios para contactar a cualquier persona en el mundo entero. El Internet ha venido a reducir el número de intermediarios de forma vertiginosa y, en algunos casos, anularlos completamente. Bueno, ¿y a qué viene todo eso?, pues que ni los seis grados de la dichosa teoría ni los trescientos sesenta grados absolutos me sirvieron para ubicar a la dichosa **Alma en Pena**. Y miren que yo me la sé de todas, todas con lo que respecta a cuestiones cibernéticas, modestia aparte. Bueno, eso era lo que yo pensaba, hasta que me encontré en ese limbo absoluto. No dormía, no comía, se volvió una obsesión arbitraria la búsqueda de esa vieja, así que navegué y navegué por todas las redes sociales de la Red y en varios idiomas y nada de nada. Ni Google, ni Firefox, ni Husmeador, me mostró más información que una serie de referencias al choteado tema de los fantasmas, pero del perfil de la vieja esa, nada. Fue cuando mi poeta me veía extrañado y rejego, pero no me preguntaba nada, y es que con la falta de sueño y las ojeras que me habían salido, me volví una monstruosa neurótica de primera. Hasta que de buenas a primeras apareció en mi correo electrónico una invitación para que me uniera a una red de amigos. Yo pensé que era una más, de esa infinidad que nos manda quién sabe qué frustrada y anónima persona y que no tiene qué hacer. Como siempre, yo la iba a borrar, pero algo me dijo que no y la abrí. Ya saben, más predecible que una chafa película de misterio no podía ser: la persona que me invitaba era la dichosa Alma en Pena. Era miembro de varias redes sociales, mejor dicho, de todas las redes sociales del orbe: Hi-five, Facebook, Comunidad Adulta, Amigos de la Muerte, etcétera. No hubo ninguna red social que se salvara de ese ridículo motecito que se había inventado y la estrafalaria presentación de su perfil.

¿Qué está haciendo ahora **Alma en Pena**?

Está aprendiendo a morir mientras camina por las
calles de la ciudad.

¿Ves la foto? Soy yo. Me llamo **Alma en Pena**. Mírame bien. Estoy desnuda ante tus ojos. Subí esta foto porque me gusta. Espero que a ti también. Así soy. Traslúcida y

dúctil. Me adapto a tus deseos. O a tus miedos. Por eso
me ves de largas piernas. Ojos azules. Rubia.



Razón que obligó a detenerte en mi perfil. De la infinitud ciberespacial, fui yo la elegida. Lo sé. Soy la clásica chica boba. Así lo piensas. Espero que no seas superficial. ¿O qué haces aquí? ¿Fisgoneas sólo en los perfiles de chicas hermosas? ¿Si son feas haces clic y adiós? Mírame. Estoy desnuda, soy una cualquiera. Te alegra pensar eso, ¿verdad? Pero sígueme observando. Tus deseos y tus miedos cambian. Yo también. Me trAnsFoRMO OJOS MIEL. NARIZ RECTA. PESTAÑAS CURVAS. MORENA. SOY YO. MEJOR ESTUDIANTE. SOLVENTE. ME GUSTA LA POESÍA. SONRÍO CON FACILIDAD. SOY HERMOSA Y CALIENTE. ¿SIGUES AQUÍ? OBSERVA MI FOTO. SIGO DESNUDA. DISFRÚTALA... METAMORFOSIS 😊 😞 😊 😞

Está aprendiendo a morir mientras camina por las calles de la ciudad.

Después de leer debajo del cuadro vacío de su foto aquellas disparatadas palabras, ya no me cayó tan mal. Estaba, eso sí, un poco voladita del cerebro, pero tenía jiribilla. Así que en su entrada de comentarios le escribí:

Pinche vieja loca.

Atte. Astoriana.

Gracias a Astoriana, que se estaba volviendo medio chiflada por el asunto de **Alma en Pena**, me di cuenta de que había poetas peores que yo. Lo que me alivió un poco. Pero después me asaltó una enorme depresión. Y es que resulta que el único concurso literario que he ganado, en mi hipotética vida, ha sido un cibernético y flagrante fraude.

Había encontrado en Internet una convocatoria para un concurso de poesía. La página en cuestión, con sede en España, era www.centropoetico.com. Y convocaba a todos los poetas de Iberoamérica a mandar sus engendros. Yo mandé mis poemas y gané. Yo me dije: hasta que se reconoce a los nuevos valores, ¡a güevo! Ahora que se entere toda esa manada del taller de poesía, pendejos se van a quedar. Más pendejo me quedé yo cuando supe la verdad. Todos los concursantes ganaban o quedaban semifinalistas, y nos pedían nuestra autorización (una firma) y un dinero (unos euros) para mandarnos algunos ejemplares de la antología que según se publicaría. Y bueno, yo tomé un dinerillo por aquí, otro tanto por allá y, junto a mi firma, los mandé al Centro Poético. Y me quedé esperando y esperando y esperando. Mi mano quedó extendida por mucho tiempo... porque el libro que me haría inmortal nunca llegó. Astoriana y yo descubrimos el fraude, casualmente, a través de otra página llamada www.apestan.com.mx. En esta página, cualquier cibernauta puede escribir sus quejas e historias sobre los malos servicios que les han prestado distintas compañías. Que si Carlos Slim es el hombre más rico del mundo porque su empresa, Telmex, cobra un montón y tiene un servicio pésimo, que si el servicio de las *scorts* The Blondies, es un fraude, porque las chicas ni son rubias, ni son baratas. De esa clase de quejas. Es un poco para desahogarse y prevenir más abusos. El asunto fue que Astoriana, por el numerito que me armó por los mensajes de **Alma en Pena**, se sintió avergonzada y optó mejor por regalarme algo mucho más valioso que su mentada Aleph y todo ese demás choro que me dijo de los poetas. Me obsequió un nuevo y costoso celular. Más y mejor tecnología para mí. Acepté encantado. Como no jalaba bien y a veces se le iba la onda, lo fuimos a reclamar. Y los muy malditos de la tienda no nos lo quisieron cambiar, que porque no sé qué. Así que entramos en apestanpuntocom para escribir nuestra queja sobre la compañía de celulares. Y resulta que en dicha página leímos quejas de otros noveles y embaucados bardos, a quienes también les tomaron el pelo y de fea manera, pero con respecto al concurso de poesía del Centro Poético. Aunque confieso que el tonito patético de sus quejas me provocó una risa loca que hizo que

me escurriera más de una lágrima. Los pobrecitos, tan cursis ellos, hasta para lloriquear. Ejemplos: a) «Me dolió con todo el alma y el corazón, que un poema que me costó sangre y lágrimas al escribirlo, haya sido parte de un fraude y del escarnio público...» b) «Cómo puede existir gente tan desalmada que se burle de nuestros sentimiento más íntimos y profundos de nuestro ser sufriente...» c) «Yo cai redondita me emocione y le conte a mi familia, como nunca me habia pasado senti que por fin era reconocida, mi familia se emociono tambien y me dijeron mil alagos. Ademas los del centro tienen el descaró de poner la pregunta ¿no es esto una estafa mas por internet? poniendo como respuesta: NO, NO SE PREOCUPEN ES VERÍDICO... Maldito, sí es mentira; ya que nunca habia dejado que nadie leyera mis poemas que son lo mas presiado para mi... (Sic)». Confieso que después de leer esas ridiculeces me sentí humillado y avergonzado por concursar junto a tan titánica manada de poetardos. Lo único que rescatamos fue mi reciente ingreso al Movimiento de Defraudados del Centro Poético (MDCP) y que lo hice como un homenaje a su combativo creador y que es, definitivamente, el poeta más meritorio del Centro Poético de Cursilerías y Sus Candorosos Defraudados. Por supuesto que me afilié y firmé con otro nombre. No vaya ser que, en un futuro, mis biógrafos descubran tan garrafal resbalón y me quemén en mis biografías.

Declaración de los Defraudados del Centro Poético (MDCP)

Desde el MDCP regional Argentina decimos: ¡Centro Poético y la recalada cajeta de tu abuela en bicicleta, con un tanga rosa con lunares verdes y un palo en el fundillo del culo! Ojalá y les salga un forúnculo en el orto y se les caiga un ojo por la punta del choto y les dé cálculos y meen una piedra con puntas, así grande como un diplodoco... Movilicemos a las puertas del Centro Poético (aunque no sabemos qué puertas si es un coso fantasma) y quemémosle el edificio, y persigamos con un caño candente a los responsables para metérselo por la hendidura fecal (sí, estamos obsesionados con los culos del Centro Poético). Pidamos a ETA que les parta su mandarina en ajos. Libertad a los presos políticos. Fuera Bush de Irak. Solidaridad con los albaneses inundados. Acabo de recibir un meil que decía que soy semifmalista de uno de esos concursos que sacan cada dos semanas. Ofreciéndome lo mismo que a todos: publicación en una antología y dos libros a precio de «participante», como no sé cuántos euros y sólo euros, encima pretenciosos, los hijos de puta en rulemanes con un mono tití colgado de las pelotas o metido en la cajeta.

Buscando la dirección de la página del Centro Poético en un buscador (porque no me la acordaba) di con esta página, donde encontré quejas de otros tantos compañeros poetas, por lo que mi alegría duró apenas cinco minutos. La sorpresa causada porque mi poema «Bosques» sería publicado en un libro antológico español a escala internacional, fue estrujada por otra noticia no menos sorprendente y

decepcionante: el Centro

Poético es una mierda fraudulenta.

Ya pensaba que era imposible que lo eligieran para publicar, pero nunca que sería víctima de tal ignominia. Si me creía un imbécil, ahora ha quedado confirmado.

Invito a todos a participar del MDGP, aunque me parece que existen unos cuantos que, sin saberlo, ya militan en él.

¡Por los estafados del mundo! ¡Centro Poético y la reputísima madre que te remilparió, pedazos de soretes con maníes! Todavía no se me terminan las puteadas, pero ya me cansé.

Atte.fm_de_otonio@argentina.com

Apoyo al compañero poeta tímido. Ya estamos preparando una marcha de protesta en Neza. ¡Putos lacras!

Atte. Marko Mokos

Me cagan los cobardes e hipócritas que se esconden y agazapan para emitir su opinión. Si hay algo que odio es esa capacidad de la gente por aparentar lo que no es, ya sea por miedo o simple conveniencia. Sobre todo los hombres de poder, quienes se asumen como unas almas inocentes, y que actualmente son incapaces de ver con normalidad el acto sexual. Se indignan más por los desnudos y los actos sexuales que se miran en los pornovideos, que por las miserables acciones de los sacerdotes violadores de niños. Es por eso que apoyé y participé en la convocatoria de la asociación femenil Las Homínidas, que bajo el lema, «Por la libertad de las chichis y las puchas, fuera sostenes y calzones», organizaron, junto con la UNAM, un primer acto de desagravio del cuerpo humano y que consistió en un desnudo masivo que fue inmortalizado por el fotógrafo Spencer Tunick. El próximo evento de protesta (que más bien será de festejo), que espero ansiosa y al que ya me inscribí con mi peor es nada, será el de llenar al máximo el Zócalo y hacer el amor al aire libre; provocar un terremoto en el mundo a fuerza de gemidos y jadeos deliciosos. Y es que el cuerpo humano últimamente se volvió punto de controversia y ataque de todos los mochos e hipócritas del país (sobre todo los del estado de Jalisco y Guanajuato, que parecen no ir al baño sin antes persignarse), quienes sostienen que la actual crisis de los videos es culpa de la educación demasiado liberal, laica y, sobre todo, soberbia de los países occidentales. Que no era posible que los niños del mundo se formen sin ningún temor a Dios nuestro señor, y se les inculque que la Ciencia es omnipotente, igual, o más poderosa que Diosito mismo; y que allí estaban los resultados a la vista de todos. Así que exigen a las autoridades, para empezar, borrar cualquier esbozo del cuerpo humano desnudo en los libros de educación básica. Que la desnudez y la sexualidad en los textos son una forma de perversión, pues nos pone en igualdad con los animales y sobre todo como los aborígenes de muchos países, que andan en cueros y copulan como bestezuelas, y eso sí que no. Por lo pronto la regidora del

PAN, Hortencia Orozco, en complicidad con sus comadritas Beatriz Moreno y Lourdes Cásares, quemaron en la plaza de la ciudad de León libros de biología porque ahí se ilustran los órganos sexuales y se hace mención de los métodos anticonceptivos. Además, las insignes damas, amenazan con acciones más espectaculares y ambiciosas como la destrucción de la biblioteca José Vasconcelos, pues dicen que ellas no se pueden quedar a la zaga de los nazis y mucho menos de las dictaduras bananeras como la de Pinochet. Que las guanajuatenses tienen un ejemplar espíritu de superación personal y que ahora sí, ya no las podrán tachar de rancherotas. Como sea, no dejan de ladrar ofendidos. Que se vayan al caño. Si el cuerpo es nuestro último refugio. Por eso estoy orgullosa de haberlo presumido junto con aquellos miles de mexicas.

Realmente nunca me he sentido incómoda con mi cuerpo. Claro, no puedo negar que a veces me observo en el espejo y agarro mis pechos con las manos y los elevó para que se me vean más llenitos y firmes. O me pongo de perfil y levanto mis nalgas. Un poco de pierna no estaría mal, pienso a veces. Unas pequeñas incisiones, un par de bolsas de silicón, quizás una rinoplastia. Tengo dinero y me sería tan fácil conseguir más, con tantas movidas que puedo hacer en la tesorería. Pero no quiero, ni robar, ni operarme. Soy un tanto conservadora en ese aspecto, lo admito. Nada adulterado, todo natural. Después de todo, mamá y papá me gestionaron este cuerpo con mucho amor. Me siento orgullosa de portarlo y vivir en él. Por eso convencí a mi tímido poeta de que lo fuéramos a presumir en el desnudo masivo. Quería sentir el aire fresco transitar por los poros más recónditos de mi piel. Ser completamente libre en el mismísimo ombligo de América: el Zócalo de la ciudad de México.

Al principio Marco Aurelio no quería y después tampoco, pero una tiene sus mañas. Así que lo amenacé y chantajeé de la forma más discreta y gentil que se me ocurrió: Tú no quieres ir porque la tienes chiquita, y temes comprobarlo ante tanto veguerío fotogénico y desinhibido que se congregará en el Zocalo. Mi exaltado poeta se exaltó más y dijo: No, yo no quiero ir, porque no quiero humillar a tanto miembro exhibicionista que se presentará, y de paso enamorar a alguna que otra vaginita fisgona que me contemple. Le reviré: si alguien conoce el carácter de tu gusanito es mi panochita, y ella intuye que tu temor es que me conquisten otras extensiones y otros grosores. Él rechazó: me vale madre lo que piense tu vagina, no tiene cerebro y sí muchos labios que parlotean necedades. Yo apacigué: maduremos, esto es sólo por presumir nuestros cuerpos y curiosear algunos ajenos, nada más. Él se serenó: no es eso lo que me incomoda, es que va ser muy temprano y hará mucho frío, y eso es demasiado para mí. Yo reflexioné: de todas las mañanas friolentas, ninguna como la del domingo 6 de mayo de 2007, única y deliciosa, además, es primavera, amor. Él se inquietó: precisamente, por eso no quiero ir, recuerdas aquel dicho: como burro en primavera, me daría asco. Yo ofrecí: y si te digo que podría ser bastante complaciente contigo. Él me desmintió: estarías violando tus principios de no arreglar todo con vil sexo. Yo deliberé: no estoy negociando algo que no me guste

hacer. Él aprovechó: si te pongo la mano aquí y poco a poco la deslizo hasta acá. Yo me resigné: la piel se me encharcaba y te animaría a seguir. Él prosiguió: si me acerco más y te hablara al oído. Yo concedí: te acariciaría conforme a tus escarceos. Él amenazó: si me sigues provocando será tu perdición. Yo reviré: más perdida no puedo estar. Él aseguró: serás mía. Yo aseguré: nunca. Él insistió: siempre. ¿Yo?, gemí.

Agarramos la fiesta desde el sábado por la tarde. Terminamos hospedados en un hotel cerca del Centro. Despertamos a las cinco de la madrugada del día D, un poco crudos pero nada grave. Después, cada quien envolvió su desnudez con una simple sábana. Y así atacamos las calles, con el garbo de una pareja imperial romana dispuesta a quitarse la túnica a la menor provocación. Caminamos con brío y soltura, lo cual no impidió que nos formáramos, como todo buen ciudadano, y esperáramos nuestro turno para sortear las vallas que cercaron el Zócalo y que estaban custodiadas por policías y personal del comité organizador. Y después de mostrar nuestras respectivas hojas de inscripción, hicimos nuestra gloriosa entrada en la Plaza Mayor de México, mejor denominada como el Zócalo. En esos momentos ya estaba congestionada de nudistas profesionales, nudistas de ocasión y curiosos sonrojados. Había muchos periodistas, cámaras fotográficas y de televisión. Desde lo alto de los edificios que nos rodeaban, los profesionales de la información observaban, apuntaban, comentaban, se deleitaban. La mañana era fresca, un vientecillo ligero me encharcaba la piel. Mi impaciente poeta se sentía un poco nervioso, pero nada más. Yo me mantenía serena ante su ansiedad. Sólo miraba alrededor, deleitándome con la vista, por supuesto. Bonitas parejas de universitarios. Hombres entrados en canas y lonjas. Mujeres un poco torcidas por el peso de sus enormes tetas. Flacas y espigadas como yo. Chaparros y panzoncitos como él. Luminosas mujeres preñadas. Un regio hombre en silla de ruedas. Todos con la mejor disposición de mostrar sus carnes, presumir su verdadero rostro. Ninguna mujer estaba maquillada, aunque tal vez con operaciones estéticas, unas por aquí y otras por allá, no importaba, se imponía la igualdad de la desnudez. Nuestros rostros eran los de unos traviesos infantes a punto de cometer una diablura. Sonreían y estaban a la expectativa. Irradiaban luz. El día se fue asentando. Los últimos restos de nerviosismo se le fueron diluyendo a mi timorato poeta; yo nunca los tuve. Yo estaba feliz. Marco Aurelio, como gato enchilado, se movía de un lado a otro y me preguntó por enésima vez: ¿ya nos podemos encucar? No, amor, hay que esperar.

De repente, las instrucciones se escucharon por un altavoz. Spencer Tunick saludaba y agradecía nuestra presencia. Ahora sí, inicia lo mero bueno. ¡Tres, dos, uno... fuera ropa! Al instante nos desnudamos. Sólo nos jalamos mutuamente la punta de la sábana y ya estábamos en pelotas. Nadie esperaba nuestra rapidez. Tomé la mano de Marco Aurelio y corrimos al asta bandera que se alza en el centro de la plaza. Fuimos los primeros en llegar. Miramos a nuestro alrededor y sonreímos. Nos besamos lenta y profundamente. De pronto, un mar de cuerpos desnudos anegó el

ombligo de América. ¡Un récord en el mundo!, más de dieciocho mil personas en cueros, según dirían después los periódicos. Mujeres y hombres felices, carcajeando, gozosos. Levantamos la cara y las manos y miramos al cielo, guiñándole a Dios. Un denso bosque de vergas y puchitas de todos sabores y colores se esparció por el Zócalo. No pude evitar apreciar a mis vecinos masculinos. Penes de todo tipo: gordos y rubicundos. Tímidos e incircuncisos. Delgados y narizones. Pequeños y extragrandes. Morenos y cabezones. Frugales y succulentos. Güevudos y circumspectos. Ninguno tan bello como el de mi poeta. Y, por supuesto, había vaginas de todo talante. Elegantes y sonrojadas. Peludas y rizadas. Hirsutas y templadas. Sombrías y misteriosas. Rasuradas y discretas. Despeinadas y trompuditas. Disolutas y amadas. Jariosas y lubricadas. Secas y deseosas. Profundas y risueñas. Todas alegres y hermosas.

Y de repente, alguien comenzó a gritarle al cardenal de la Catedral Metropolitana (en México siempre hay alguien que comienza el desmadre, aun en los funerales, ahora imagínense en una fiesta como ésa): ¡¡Noorbeerto... Rivera... el pueblo sí se encuera!! Y como lo ameritaba la ocasión secundamos los coros que salían rotundos en dirección a la Catedral: ¡¡Noorbeerto... Rivera... el pueblo sí se encuera!! Estoy segura de que el cardenal nos espiaba desde algún cerrojo de su iglesia. Deleitándose y masturbándose con nuestros bellos cuerpos femeninos, o con el de los hombres, da igual, es disfrute.

No hay pudor, de ese del que te atosiga. Nadie se ofende y nadie ofende. Todo es desmadre y celebración. Marco Aurelio estaba feliz. Hicimos varias poses para el fotógrafo Spencer Tunick. ¡A ver, todos, mirando al pajarito!, dijo mi ocurrente poeta. Cada pose es motivo de un chiste, de un comentario en doble sentido. Mientras avanzábamos un precavido advierte, Con calma, avance con cuidado, no se vayan a ensartar. Aunque siempre se conserva la camaradería. Mi guarro poeta se deschaveté por completo, decía, repetía y se carcajeaba de las mil ocurrencias que llegaban a nuestro oído. La primera posición fue de firmes y saludando a una bandera ausente del asta que se erige en el centro de la Plaza. Al ver esa monumental y solitaria asta bandera, no faltó quien comenzara a gritar: ¡tubo, tubo...! Enseguida todos nos acostamos boca arriba, algunas piedritas se me encajaron en la espalda y mi acomedido poeta

me las sacudió con suma delicadeza. Fue la primera vez en mi vida que un hombre me toca desnuda sin excitarme. La tercera pose es de rodillas, con la cabeza inclinada y el trasero elevado. Por supuesto, los desmadrosos comenzaron a decir a sus compañeros de enfrente: ¡a ver, párame la colita, nada más no se te vaya a salir un aire colado!

Finalmente, viene la última pose, la del estribo. Entonces fuimos las puras féminas, sin los hombres. Será la más hermosa fotografía de todos los tiempos y de todo el universo: las de una muchedumbre de hermosas mujeres en pleno uso de su epidermis.

Por la mañana, me encontré al Tuerto en la tienda La Oaxaqueña. Estaba en lo del chisme de los pajarracos desaparecidos. La municipal se hizo presente. Tomaban notas, muy serios y profesionales, según ellos. Había una bola de gente que baboseaba hacia dentro de la casa de Doña Lucía y alguno que otro le hacía observaciones a los policías. Doña Lucía, que atendía su pequeño negocio, se repartía entre despachar un kilo de güevo o una bolsa de detergente y responder al interrogatorio de un oficial. Quise detenerme a ver qué se decía del caso, pero al notar el carrito del Tuerto, mejor opté por retirarme. Precaución que me duró poco, porque apenas superaba a la muchedumbre, escuché a mis espaldas un, ¡joven poeta, joven poeta! Me detuve. Qué pasó, mi Tuertito, lo saludé. Me hizo señas con sus dedos para que lo esperara. Yo no quería, pero me resigné. Fue por su carrito de fierros viejos y comenzó a caminar a lado mío. No decía nada al principio, sólo movía la cabeza de forma extraña. Por fin dijo, me gustó mucho el poema que me escribió, joven poeta. Claro, como que es de Alda Merini, pensé y le dije, ¿en serio? Sí, eso de morir en el manicomio bajo la luna encendida, está chingón, me gustó un buen. Claro, como que doña Alda Merini escribe casi exclusivamente sobre la locura, pensé y le dije: a mí también me gustó como quedó; me lucí ¿no? Sí, yo no sé cómo sus palabras me pudieron llegar tanto. Claro, como que esa Alda Merini ha de estar medio tocadita para lograr eso, igual que tú, pensé y le dije: no te creas, fue en verdad arduo garrapatear ese puñado de líneas, se sufre mucho. ¿Sabe, joven poeta?, su poema me tranquiliza bastante por las noches; ya no oigo esas voces que antes no me dejaban dormir. Claro, como que Alda Merini debió decir eso, que más bien dijo Brycewicz, de que «la poesía es el bálsamo para las heridas de la razón», pensé y le dije: me agrada que digas eso de mi trabajo, Tuertito; tú sí sabes apreciar la calidad. Se quedó pensativo por un momento. Yo quisiera..., joven poeta, que me escribiera otro poema; es que tengo miedo de que el primero se gaste de tanto decirlo y en una de esas ya no me funcione; quisiera uno de repuesto. ¡Ah!, qué mi Tuertito tan loco y tan precavido, pensé y se lo dije. Le pagaría con esto, y sacó una pequeña cajita de cartón. ¿Y eso? Es un ojo de vidrio, es mío, pero como que ya no me gustó, es mágico, habla, por eso ya no lo utilizo, me da miedo. Loco de locos, pensé y le dije: ¡loco de locos!, ¿eso es lo que quieres que piense de ti?, con eso de tu ojito mágico, por favor, ¿cómo me ofreces esa bagatela por mi trabajo?, también tengo que comer. Agachó la cabeza y dijo: es que últimamente me ha ido tan mal en el trabajo. El anterior poema me lo había pagado con un librero viejo de madera que, salvo las cucarachas que le matamos, estuvo lo suficiente robusto para resistir parte de mis libros. Así que le dije: a ver, déjame constatarlo. E inspeccioné el interior de su carrito y efectivamente, no pude encontrar algo que me pudiera servir. Sólo había fierros herrumbrosos y torcidos y colchones destripados y orinados. No, pus, no. Su ojito me miró triste y apesadumbrado. Apenas brillaba. Está bien, está bien, hay te va uno; te lo voy a regalar para que veas, le dije y pensé: le diré ese que leí en la revista

de *Alforja*, creo que es de Sergio Vicario. ¿En serio, joven poeta?, dijo. Así es, mi Tuertito, los buenos poetas también sabemos ser dadivosos, le dije y pensé, estrictamente no estaré violando mi promesa de no más plagios, pues no se lo voy a cobrar. Espero que sea tan bueno, como el anterior, dijo. Limosnero y con garrote, pensé y le dije: ahora para que se le quite, no se lo voy a escribir. Discúlpeme, joven poeta, no quise ofenderlo, dijo. Como es de a gratis, nada más te lo voy decir, le dije y pensé, espero que me acuerde bien...

El loco, es curioso, enloqueció de palabras, y ahora,
sólo unas cuantas de ellas retumban en su cabeza.
Porque en la mente del loco hay más humo que ideas,
también: pinturas rasgadas, ojos dilatados, jardines deliciosos
y bocas que se antojan como un vuelo de nocivas aves.
El loco es un hombre a punto de ser devorado
en lo más íntimo de su corazón por un manicomio.
Y es un niño, arrullado por sí mismo.
Él tiene frío, a pesar del incendio, y llora,
siempre llora aunque nadie le ha visto una sola lágrima.

El Tuerto lo escuchó con atención y me lo repitió tal y como se lo dije. Preguntó: ¿lo repetí bien? Más que bien, mi Tuertito, es como si me estuvieras contando parte de tu vida, le respondí atónito, aunque pensé, éstos son así, una verdadera cajita de sorpresas. Él delineó un semblante orgulloso y me dio las gracias. Ya sabe mi Tuertito, lo que se le ofrezca. Apenas se disponía a darse la vuelta, cuando se detuvo. Sacó nuevamente la cajita con su ojo de vidrio y me lo ofreció. No te preocupes, ya te dije que te regalo el poema, es de cuates. El Tuerto me dio nuevamente las gracias y agregó: su primo me dijo que su novia también es poeta y es más chingona que usted y mejor que fuera con ella; si quiere, le rompo la madre para que ya no siga diciendo eso, joven poeta.

¿Dónde estarás mi plagiario poeta? De seguro, embaucando a medio mundo con tus buenas maneras y pésimos poemas. Si estuvieras aquí, a mi lado, estaríamos a punto de hacer el amor, excitados por estas imágenes que estoy mirando. Porque eres un calenturiento de primera categoría y yo no canto mal las rancheras. Te deseo mientras me excito cada vez más, viendo por enésima vez esos cuerpos jadeantes y bien delineados entregarse. Tendré que hacerme justicia por propia mano, como tú dices y bien aconsejas. Casi estuve a punto de taparme con las sábanas y comenzar, pero recordé que ya me conocen hasta las nalgas, y ahora mismo quién sabe cuántos se las están conociendo a la señora presidenta. Actualmente, es absurdo ese tipo de precauciones, así que comencé a masturbarme a cielo abierto. Y si Diosito ahora

también desea videograbarme, que lo haga, viejo cochinón.

Es que es la única manera en que ha comenzado a explicarse la gente este fenómeno de los videos. Es obra y arte de Dios Nuestro Gran Fisgón, dicen. Y esos e-mails de, «Quieres mirar con los ojos de Dios», se han multiplicado de manera exponencial. Y los videos invaden cualquier pantalla, hasta la de los cines. Los responsables de las salas, por supuesto, no dan crédito y menos tienen una explicación. Por lo regular, son escenas (pasadas, recientes, y muchos sostienen que también, futuras) de personas comunes y corrientes, en las actividades más íntimas y bizarras, como hacerse el amor a sí mismos con un pepino o recoger un bocado de comida del suelo y embutírselo o, también, repetir la ropa interior después de bañarse. Nadie sabe quién ha subido todo ese mar de videos que han desbordado y burlado los candados de seguridad y censura de Youtube, Aztecvew y demás páginas de videos. Nada más para experimentar, busqué otro video mío en la página de Aztecvew, y vaya hermosa sorpresa que me encontré. Mi amiguita de la secundaria, Jimena y yo, revolcándonos y haciéndonos el amor como gatas enfebrecidas. Juro que ya ni me acordaba de esas faenas lésbicas. ¿Dónde estará esa niña? Qué tiempos aquellos, tan deliciosos.

Por la alta nitidez, los distintos ángulos y las fechas en que fueron grabados muchos videos, no hay una explicación racional de su origen. Ahora que algunos son muy divertidos, en definitiva. El último ha conmocionado a las conciencias más castas y virginales del país, que ya bastante vapuleadas están, mientras que a las más normales, como la mía, nos ha despertado una envidia descomunal. Y cómo no, si nuestra excelentísima señora presidenta sale exhibiendo el músculo amoroso, tirándose nada más ni nada menos que a tres galanazos, hermosos y buenotes como ellos mismos. Quién sabe de dónde se los habrá agenciado la suertuda, porque se me hace que no son de por aquí del terruño, más bien parecen de otras latitudes, del cielo puede ser, que está lleno de ángeles o, quizá, de los cuentos de hadas donde laboran hermosos príncipes. Como sea, esta inteligente y bella mujer (más desnuda, debo reconocerlo) les dio batalla por quién sabe cuánto tiempo, porque la escena dura aproximadamente media hora y ella como si nada, dale y dale, que para eso lo dio la madre naturaleza. En Tepito y la Merced, los vendedores ambulantes promocionan la película completa, dos horas y sin cortes comerciales, pregonan. El video se transmitió pasadas las doce de la noche, sin anuncio previo ni para los nuevos ingenieros, que para su desgracia los volvieron a correr. La señora presidenta de la república, con su acostumbrada elegancia y valentía, decidió enfrentar el escándalo y en cadena nacional dijo algo parecido a: asumo que soy yo quien protagoniza las escenas que se han transmitido por televisión. En un acto cobarde, alguien ha violado mi intimidad y se ha atrevido a exponerla al escarnio público. No tengo de qué arrepentirme, soy una mujer libre y con pleno uso de mis derechos, y aunque no debiera excusarme por un acto que me corresponde valorar solamente a mí. Debo agregar, también, que lo siento por las personas que se hayan sentido

agraviadas. Por otra parte, quisiera emitir mi más firme compromiso de que mis afectos sexuales y sentimentales, de ninguna manera, repercutirán en mi desempeño al frente del país y mucho menos en el ámbito moral y axiológico de la sociedad mexicana... Palabras más, palabras menos, expresó nuestra presidenta. Por supuesto, sus correligionarios más mochos y conservadores del Partido Acción Nacional se la quisieron hacer de emoción, pero ni siquiera les dio tiempo, porque lo que vino se puso todavía más bueno.

Siempre soñé con tener una novia perversilla, pero Astoriana se pasa; a veces me da un poco de miedo. Lo reconozco, soy un vil conservador. De todo se fastidia, menos del sexo, de sus computadoras y del alcohol. «Mucho ji, ji, ji, mucho ja, ja, ja y poco glú, glú, glú» es su dicho preferido en las reuniones. Aunque últimamente estaba medio desanimada. Me había comentado que ya tenía todo dispuesto para establecer su consultoría empresarial, especializada en cuestiones cibernéticas y así dejar la receptoría de una vez por todas. Que ya la tenían harta toda esa bola de cabrones que nomás se hacen elegir para robar. Que es mejor poner una empresa y contribuir con este jodido país, que lo único que produce son pobretones y narcotraficantes. Yo siempre la animé a hacerlo. Cuentas con mi absoluto apoyo, le decía. Ella, en sus arranques de arrogancia, me respondía: no gastes saliva conmigo, poeta, que lo que dices ahora mañana ya se te olvidó. Y después de ese gancho al hígado me preguntaba como si nada: ¿y esta noche a dónde nos vamos a ir de reventón? ¡Ésa es mi vieja y no fregaderas!, me decía yo. Cómo te extraño, Astoriana. A pesar de que, ahora sí, me hayas volado todos mis clientes. He revisado mi portal y nada de nada, una visita y ni un pedido. En la sección de preguntas y respuestas, un cibernauta me recomienda tu página de poemas; sospecho de mi primo Julio César. Tengo ganas de beber y olvidarme de todo, un vodkita me caería bien. Hoy es viernes y no tardará mi primo en presentarse. A él nunca le falta a dónde ir y siempre me invita. En tanto llega, busco por entre los legajos de la ruquita Leonor la hoja donde me quedé la última vez. Se estaba poniendo interesante. Eso de que se encueran y toda la cosa. Se me debió traspapelar. Pero encontré otra más interesante: «Has vuelto de París como un verdadero niño con juguete nuevo, con esa caja de madera llamada cinematógrafo. La servidumbre me ha informado que registras hasta las tareas más baladíes que ellos desempeñan en el jardín. Debo confesarte que, desde que el ojo de tu cinematógrafo hurga nuestra casa, me siento como si alguien ajeno, un alma extraña, estuviera entre nosotros y nos observara por cada paso que damos. Al ver cómo cuidas el cinematógrafo y el tiempo que le dedicas, me siento celosa de tu juguetito. No te voy a preguntar cómo lo conseguiste, porque tú siempre consigues lo que quieres... y ahora dices que lo trajiste por mí, para que yo pudiera apreciar y constatar a través de las vistas del cinematógrafo la verdad sobre mi hermana...» De veras que la viejita tiene un desmadre en sus escritos y no sé dónde está la continuación de esto. A ver

esta otra que está más adelante. «La llovizna pellizcaba suavemente la tierra, sus pasos se oían a lo lejos. Hernán se lamentó del clima, tomó su cinematógrafo con sumo cuidado y se metió a la casa. Mi hermana y yo lo miramos impaciente. Nos explicó que era prácticamente imposible tomar las vistas con ese cielo terriblemente encapotado. Y en tono juguetón agregó: como dijo Goethe en su agonía, necesito luz, ¡más luz! Colocó el cinematógrafo en la estancia, se reclinó en un sillón y cerró los ojos. Yo me acerqué a esa caja de madera, que lo tenía tan embobado. Me dio curiosidad y me asomé por la mirilla del cinematógrafo. Después de unos segundos, apenas pude distinguir unas borrosas sombras, pero nada más. Comencé a girar la manivela, pensé que a lo mejor así se pudiera captar algo y no sólo manchas oscuras. De repente escuché a Hernán detrás de mí:

»—La oscuridad es inasible...

»Aquellas palabras fueron un rumor que acarició mi nuca. Y fue acercándose más, hasta darme un suave y lento beso en el cuello. La suavidad de sus labios me estremeció. Su cuerpo emanaba un calor que me fue envolviendo. Me rodeó con sus manos y al mismo tiempo que me inclinaba un poco más, disminuyó la altura del proyector. Así está mejor, dijo. Más encorvada, pude sentir su miembro excitado entre mis nalgas. Comencé a girar la manivela sin saber bien por qué. Mientras Hernán me seguía besuqueando el cuello y la espalda. Una de sus manos se coló debajo de mi vestido y suavemente, fue escalando mis piernas, hasta que sus dedos alcanzaron mi entrepierna y los introdujo debajo de mi calzón. Gemí, y comencé a restregarle con más ímpetu mis nalgas. La dureza de su verga me excitaba cada vez más. Dejé de mover la manivela, volví el rostro y busqué sus labios. Su lengua entró a mi boca. La suavidad de sus dedos dentro de mí. Poco a poco me arrinconó en la pared. Me alzó el vestido, me bajó el calzón y comenzó a besarme las nalgas, el ano, meterme su lengua en toda la profundidad de mi sexo. Yo me retorcí de placer... De reojo pude notar que mi hermana dirigió el cinematógrafo hacia nosotros y movía la manija como si estuviera filmando, algo imposible por la luz insuficiente. Me excitó pensar que estábamos bajo el acecho de ese ojo silencioso, de ese intruso taciturno...» Conque la ruquita era medio calenturienta ¿eh? Hasta ya se me paró. Lo malo es que muchos de sus párrafos están incompletos e ilegibles de tan viejos. Mejor termino por tomar otra hoja y sigo leyendo. «Estoy encantada con el regalo que nos ofreciste ayer. Nunca imaginamos que hicieras una vista de nuestros cuerpos desnudos y dormitando en el césped del jardín. Fue maravilloso mirarnos dormidas y desnudas en tus vistas. Pero aún más prodigioso fue ese deseo incontenible que comenzó a despertarse en mi piel. La avidez por comenzar a desnudarla nuevamente, frente a ti, extasiado, y a tu cinematógrafo, bajo el sol de primavera que me hace tanto bien...» ¡Qué onda, mi chingón poeta!, me interrumpió Julio César. Estuve a punto de correrlo y seguir leyendo, pero me acordé de lo que me había dicho el Tuerto y le reclamé. ¿Qué es eso de que yo soy un pendejo y Astoriana una chingona? Ah, eso, dijo Julio César, muy quitado de la pena. Me extendió una

cerveza del six que llevaba y explicó con tranquilidad. ¿No decías que ya te estaba hartando el Tuerto y querías que te dejara en paz?, yo nomás quería contribuir a que fuera así, además, para tu satisfacción, me tomé la libertad de mandarle ese loco a tu ex para hacerle la vida imposible. Como sea, espero que el Tuerto ya no te esté molestando. Todavía que te hago un favor te pones muy delicada, concluyó altivo mi primo. Le pedí otra cerveza y no agregué mayor comentario. Me la tomé y le pedí otra cerveza. Me la tomé y le pedí otra cerveza. Todo en silencio. Por fin, él habló. Tengo una fiesta en Coyoacán, ¿te apuntas? Yo le pregunté: ¿va a haber cervezas, gratis? Sí, respondió. Entonces, vamos, respondí.

Ahora que lo recuerdo, las últimas veces ya no pagaba nada mi gorrón poeta. Todo era cubierto por mis tarjetas o mi efectivo. Antes, tenía la delicadeza de siquiera poner la propina. Realmente nunca me molestó. Me bastaba con tenerlo a mi lado. No tengo idea de si existen más videos sobre nuestra intimidad y si van a ser del dominio público, pero, sin duda, se divertirían mucho viéndolo en su vida normal, sin sexo. Sin borrachera de por medio es muy simpático. Cuando uno aprecia sus propias imágenes en la clásica película de la fiesta familiar, descubre aspectos que ni por aquí, y entonces nos avergüenza o incomoda la lonjita que se asoma por entre la blusa y el pantalón, la gran nariz que nos denota el mal ángulo en que fuimos tomados, los ojos rojos que tenemos por efectos de la luz y el alcohol. Y ni qué decir de las barbaridades que hacemos cuando ya estamos en estado altamente etílico. Lo peor viene cuando nos vemos en la película y decimos: pero si yo no soy esa persona, o preguntamos: ¿qué le pusieron a la bebida? Pero cuando las tomas se extienden a nuestras escenas exclusivamente íntimas y, sobre todo, bochornosas, es el acabose y cuando éstas alcanzan a las celebridades y al mundo del poder, se nos viene el fin del universo.

Y con esta multiplicidad de videos inició el declive de nuestra capacidad de asombro: A Bush Jr., ex presidente de Estados Unidos, no le funciona su órgano viril, y tiene que recurrir al vudú, que como sabemos, es famoso por resucitar muertos. El senador Duck Mcdonald, acérrimo enemigo de la legalización del aborto en Estados Unidos, golpea y obliga a su amante a practicarse un aborto en la ciudad de México para ahorrarse un dinerito. Existe una hermandad llamada El Fuego Ardiente, la conforman ancianos, antiguos hombres de poder; que se casaron en segundas nupcias con jovencitas, y a quienes, naturalmente, ya no les pueden dar mantenimiento, por lo que contratan a bellos efebos para que les hagan el amor a sus esposas en su presencia y, así, inspirarse y entregarse a los placeres de Onán; el sumo sacerdote es un ex senador de nombre Diego Fernández, es barbón, tiene ojos de fuego, voz temible y ñonga inservible. La líder sindical de los maestros es tan horrible que todos le tienen asco y, por supuesto, más desnuda, así que no le queda más remedio que utilizar dildos para sentir cierto placer; más de una pantalla

explotó al exhibirla en acción, además de que hubo innumerables vómitos. El actual hombre más rico del universo porta en sus juntas de negocios más importantes sus calzones de la buena suerte. Son blancos con motitas rojas y ya tienen varios agujeritos en la parte trasera. A la reina Victoria Enésima de Inglaterra le dio una diarrea tremenda la noche de su boda y se tuvo que cambiar varias veces sus calzones cagados; el sir Eduard Al-Fallet de Welligton, su flamante marido, terminó por exasperarse y optó por celebrar su reciente compromiso con las prostitutas de Pussy Street. Madona se acuesta con toda su servidumbre (hombres, mujeres y perros guardianes) y, aunque esto no sorprende en absoluto, nos causó tremenda risa verla hacerla de gatita de sus propios criados. El eterno dirigente de Prosida, Serrano Limalimón, tiene preferencia por el encaje de color rojo y la pedrería en las tangas que utiliza cotidianamente bajo sus trajes de tres piezas; fue asqueroso mirarlo probándose todo el catálogo de ropa interior femenina de Victoria Secret's... Todo eso de alguna manera ya lo sospechábamos, pero lo más extraño fue verlo con sus originales protagonistas. Quizás eso le quitó algo de encanto. La vida se ha hecho tan insulsa, sobre todo desde que ya no estás a mi lado, Marco Aurelio de los mil chamucos.

Adiós, Astoriana mía. Adiós te digo ahora que estamos pasando frente a tu ventana y tu esbelta figura no se revela a través de las cortinas de satín blanco, murmuraba yo con decepción. Ya no digas mamadas, pinche primo, me reclamó Julio César, surtiéndome un sopapo en la cabeza. ¡Oh, chingá!, déjame sufrir, tú como nunca te has enamorado y sólo amores fatuos surcan las venas de tu corazón, no entiendes. Me cae que a la próxima pendejada que digas te bajo de la camioneta, cabrón. Ya teníamos una docena y media de cervezas encima y nada más dábamos vueltas por la calle de Astoriana sin que me decidiera a bajar y pedirle perdón. Ahora que me acuerdo, ¿pedirle perdón?, ¿de qué? Tendría que pensar en otro pretexto antes de humillarme tanto. Y retomando la amenaza de mi primo, le dije: ni siquiera es tu camioneta, miserable. Así era, andábamos en la Pichirila, una estaquitas Nissan del año de la canica que nos prestó el Tío Eladio. No importa, está a mi cargo porque yo sí sé manejar, pobre wey. Así que ya sabes, o te callas la trompa o te bajo. ¿Tú, bajarme? ¿Tú y cuántos más, cabroncete?, a ver quiero ver. Julio César enfrenó, se bajó, abrió la puerta y me sacó, así de fácil. Hijo de mi chingada tía, le dije mientras me sentaba en la banqueta. Te aprovechas porque estoy pequeño. Del cerebro solamente, respondió mientras se enfilaba otra cerveza. ¿Quieres en verdad candela y no nimiedades?, le pregunté al notarlo tan agresivo y acordarme de una cuenta pendiente que tenía que saldar. Es en una reunión y necesito de tu músculo para que les cargues camorra a unos weyes. Tú nomás dices, pero ponte con las otras cervezas. No tengo dinero. Bueno, yo las pongo.

Cuando llegamos, el Hobbit y Erick ya se despedían. Los saludé, ¿Tan rápido?,

espérense, se va poner buena la fiestecita. Además ustedes también publicaron, ¿no? Hay que festejar. Respondieron que sus papás los reprendían si llegaban tarde a su casa. Eso de no tener ni quince años está mal, ya crezcan, mozalbetes, les recomendé, y también los felicité por publicar sus engendros poéticos en la antología. ¡Pinche, Hobbit!, yo a tu edad apenas había aprendido a chaqueteármela, y tú ya leyendo a Celan, Mallarmé, Pessoa y demás compañía. Espero que no seas homosexual, cabrón. Haz de ser uno de los poetas más jóvenes en el universo; congratulaciones. Erick, el más endrino de mis poetas, felicitaciones también, wey, y le di la mano. El Hobbit está de mi estatura y siempre trae un greñero loco, mientras Erick mide como uno noventa y su pelo lo usa casi a rape. Nada más falta que se tomen de la mano, me dije, cuando los vi marcharse juntos.

Entramos y estaba toda la plana mayor del taller de poesía. Como era de esperarse, me saludaron con toda la cortesía que se le puede brindar a un absoluto derrotado. Los muy mamones habían comprado vino tinto y se lo enfilaban en finas copas de cristal pulido. Discutían de no sé qué campo semántico, de no sé qué sublime poema, de no sé qué genial poeta. No entendía nada, y después de tres copas, menos. Decidí que era el momento de actuar, y con mi mejor voz de bardo arrabalero dije: ¡por eso me cagan las pláticas de los poetas, siempre hablan puras pendejadas! Se hizo un silencio escandaloso, abrumador diría yo. Sus rostros se hicieron de cera y sus ojos punzantes me taladraban sin misericordia. En ese momento, lamenté no haber verificado la presencia de Julio César a mi lado, porque se me vino una vertiginosa marejada de golpes sobre mi atribulado cuerpecito; yo simplemente cerré los ojos y me di al sufrimiento. No sé si primero fue Sauceverde u Oliver o Mauricio o alguno de los Carlos. Total, más temprano que tarde, ya estaba en el suelo recibiendo patadas y rodillazos. ¡Mediocre poeta verdulero! ¡Pinche naco dipsómano! ¡Ni siquiera sabes escribir bien tu nombre y quieres que publiquemos tus cagadas! ¡Ardido de mierda! Todo eso me decían y más. Cuando Julio César llegó a rescatarme y arrastraba mi mallugado ser hacia afuera, acerté en gritarles: ¡yo también voy a publicar una antología de poesía joven, y solamente voy aparecer yo y ningún poeta más, pinches putos envidiosos!

Ya trepados en la camioneta, le pregunté a Julio César: ¿por qué no me defendiste de esos cobardes montoneros? No inventes, si era un flaquito el que te estaba moqueando; me dio lástima. ¡Maldito!, ¿prefieres la sangre extraña que la propia? Sí, respondió tranquilamente. Eres un desnaturalizado; mejor vamos donde las putas. No tenemos suficientes fondos. Entonces vamos donde los teporochos, le ordené con un dejo de satisfacción. Mi hazaña sería recordada junto con aquella en que Pablo Neruda le reclama a Octavio Paz por no incluir sus poemas en una antología que aquél elaboró, y terminan dándose de moquetes, je, je. Definitivamente pasaré a la historia universal de la literatura.

Y si me recordaran como un mal chiste de Dios más que como un profesional de las letras, me decía mi atribulado poeta. Eres más que eso, amor, no te preocupes. No, en serio, Astoriana, estoy preocupado; me dan pesadillas. Entonces ponte a trabajar y verás qué bien duermes. Con esos consejos quieres hacer de mi vida una pesadillota, mi niña. Era cierto, de alguna manera, yo quería que padeciera las congojas de la vida diaria y dejara de habitar el limbo de la irresponsabilidad. Era extraño, pero, a pesar de todo, tenía la esperanza de que se pusiera a trabajar en serio, y no me refiero a que abandonara su profesión de poeta, sino que se pusiera a ejercerla debidamente, con el tesón necesario, que el esfuerzo hace milagros. Él ha sido el único que en verdad me ha preocupado. Lo acompañaba gustosa a las librerías, a la presentación de tal o cual eminente poeta. Recuerdo que cuando Juan Chontal Brycewicz presentó su último poemario en Reforma lo fuimos a ver, y Marco Aurelio me presentó a sus amigos poetas y me presumió, gustoso, las pericias de cada uno. Mira, él habla cinco idiomas, aquél sabe mucho de la época isabelina, éste es un extraordinario borracho y mejor poeta. Todo lo decía encantado, sin la menor envidia. Después, cuando supo que ninguno de sus poemas fue incluido en la antología que preparaba su taller de poesía, se sintió fatal. Recuerdo que desviaba la mirada cuando le preguntaba por la dichosa antología. Pasó un tiempo y ya no tuvo para dónde hacerse. Me confesó su fracaso y entonces fui yo la que me sentí fatal. Me quedé muda, y me quedé más muda cuando me enseñó los poemas que le fueron rechazados, con razón, pensé. ¿Son en verdad malos?, me preguntó. Te mentiría si te dijera al menos que están bonitos; tienes que ponerte a trabajar en serio. Pero no me hacía caso, terminaba en una cantina, y lo que es peor, conmigo acompañándolo. ¿Qué me diste deplorable poetucho? ¿Toloache? Pues quién sabe, a lo mejor te dio unas bien surtidas líneas de yumbina, respondió Lourdes, y me aconsejó: ve a verlo a su casa y ya déjense de payasadas, arreglen las cosas. Sí, ese Marco Aurelio me cae bien y, además, la bronca comenzó por los videos y ahora ya ves, están más choteados que nada, complementó Fernando. Tienen razón, dije y agregué, pero si va a haber reconciliación debe ser en grande y completamente sobria. ¡Vamos por los mariachis!

Y pensar que todos los turistas extranjeros quieren conocer Garibaldi. Si lo único que contiene esta plaza son teporochos, teporochos y más teporochos. Toditos dolidos con la vida, avivando el dolor con la acritud del alcohol barato y alguna que otra canción ranchera robada de a oídas. Y allí estaba yo, sentado al pie de un pequeño muro de concreto que algún día quiso ser monumento, pero que ahora sólo hacía juego con los cúmulos de basura y la pestilencia a miados que se respiraba desde cualquier ángulo de la plaza. Después de tres cervezas, decidimos probar algo más fuerte, pero más

barato. Julio César sacó cincuenta pesos y dijo: ahorita vengo, voy por un alcoholazo. Ora, andas muy disparador, le dije admirado. Es que se me olvidó decirte que los quinientos pesos que nos estamos chupando eran tuyos. Hace unos días la viejita Leonor se los dio a mi mamá y ella me los dio a mí para que yo te los diera a ti, como un adelanto por el poema, pero mi mamá me dijo hoy que la ruquita se murió ayer, exactamente la fecha que dijo iba a estirar la pata y, bueno, como nunca le escribiste ni un solo renglón, pues como que ameritaba que nos chingáramos juntos el dinero, ¿no? Si ya se me hacía raro que anduvieras tan espléndido. Eres una gran mierda, le dije molesto. Déjate de insultos que tú eres un miserable de aquéllos, mira que dejar la sepultura de la pobre mariquita sin su epitafio, ¿no te da vergüenza? Tienes razón, mi bajeza amerita olvidarla, lánzate por lo que te alcance. Ya tengo un motivo más para seguir sufriendo. Los infinitos mariachis se acumulaban por doquier con sus enormes sombreros y sus pantalones ajustados, aferrando su instrumento musical, a la espera de algún doliente dispuesto a intercambiar algunas monedas por sentidas canciones de desamor, que para eso únicamente sirven las rancheras, para sufrir, ¡ah!, qué bien me siento. Y qué rápido se me fue disipando esa sensación; porque mientras yo esperaba a Julio César, quien fue a la tienda por el chupe, a mi espalda y a mis flancos comenzaron a rondar una serie de personajes bastante grotescos. Y yo solo en medio de esa oscuridad pestilente. El primero que se me acercó me hizo esbozar una enorme sonrisa. Era un joven enanito que portaba en su regazo un elfo de felpa. Con tersas maneras y voz afeminada, me preguntó: ¿tú sabes algo sobre duendes? Le respondí que solamente sabía que eran medios putos y deambulan por Garibaldi, cargando un muñequito y preguntándole a la gente decente por sí mismos. ¡Bruto!, exclamó y se marchó meneando su rabito. El segundo personaje ya no me hizo tanta gracia. Era un viejo teporocho de grandes barbas plateadas, caminaba sostenido por muletas. Me dijo: no tendrás una moneda para completar una cañita. Yo, con todo respeto, le respondí: ¡uy, jefe!, apenas tenemos para la de nosotros. Somos como cinco, ahorita vienen. Se marchó dirigiéndome una mirada torva. Después, surgió de entre las calles aledañas un par de teporochos que me hicieron gracia al principio, después ya no. Parecían ser gemelos, eran greñudos, mugrosos y se tambaleaban al unísono. Se iban intercambiando una enorme maleta que traían sobre los hombros. Pasaron a mi lado como si nada. Avanzaron hasta media plaza y se detuvieron. El que portaba la maletota no se la quería pasar al otro y comenzaron a discutir. El de la maletota la dejó caer y se puso en guardia, el otro lo imitó, y también dispuso los puños en alto y comenzó a bailotearle como boxeador de principios del siglo pasado. El otro no se dejó intimidar y le hizo fiesta también. Inició el intercambio de fintas y de insultos. Nadie parecía prestarles atención más que yo. Después de unos *rounds* de simulaciones y golpes errados, lo dejaron por la paz. Se abrazaron e intercambiaron la maleta. Se dirigieron hacia mí. Te la vendemos, wey, me dijeron mientras dejaban caer de un sopetón la maletota a mis pies. Clarito pude notar que algo adentro se movía, el forro se hinchaba levemente. ¿Qué es?, les quise preguntar, pero sólo

articulé: lo siento jefes, no tengo dinero. Entos, danos tu reloj o te metemos adentro, cabroncito, amenazó en tono feroz uno de ellos. Por Dios que sentí los güevos hasta el cogote y me pregunté si sí yo cabría en su maleta. Afortunadamente, apareció Julio César. ¿Qué transa? ¿Qué hay?, les dijo sin el menor respeto. Mi primo es alto y está medio mamadón, juega futbol americano y sobre todo, no le teme a los mandarriazos. Nada, joven, aquí ofreciéndole a su amigo algún mariachi, baratitos joven. Ahorita no queremos nada, dense una vuelta al ratón. Los gemelos se marcharon, no sin antes mirarme feo. Te presento a Suzuki y a Kawasaki o algo así, dijo Julio Cesar que venía acompañado de un par de chicas de ojos rasgados. Son como chinitas, me aclaró Julio César mientras yo les extendía la mano. Ellas no decían nada y solamente reían. Más bien son como japonesas, le expliqué al mirar en una de ellas una gargantilla con la bandera de Japón. Chinas, japonesas, coreanas, da lo mismo, todas tienen los ojos de rayita y andan tras el desmadre, respondió mi primo. Sacó una botella de caña marca Leoncito y una Bigcola de dos litros. Órale muchachas, échense un tequilita y olita vamos po los maliachis, las animó con tonito de tira cómica. No les dijo dos veces. De repente, se apareció el viejo de las barbas plateadas y mendigó un alcoholazo. Mi primo, magnánimo, dijo: cómo no mi viejo, échese su coñac y le sirvió. Y mientras mi primo comenzó a cantarles al oído alguna ranchera a las japonesitas, comenzó a meterles mano. El enanito emergía esporádicamente desde varios puntos de alrededor y miraba en nuestra dirección: atrás de los árboles, arriba del kiosco, por la jardinera, entre los mariachis. Su lejana presencia y sus ojillos me inquietaban. No podía disfrutar a plenitud de mi cañita, ni de mi dolor. En una de éstas, en que el viejo y yo le hacíamos segunda a mi primo, quien entonaba «Cien años», apareció a mi lado el enano. Todos nos callamos al instante. Me lastimó tu respuesta y ahora no puedo sacarte de mi pensamiento, me dijo con su tonillo afectado. Sé que sabes mucho de la vida y quiero que seas nuestro amo y señor. Te pertenecemos. Incliné la cabeza y elevó a su muñequito con las dos manos. Me quedé de una pieza. Todos se cagaron de la risa. Hasta las japonesas, que lo más seguro es que no entendían ni papa. Lo que sí comprendían a cabalidad era el estilo de putito que tenía aquel aborto de Tolkien. Órale, primo, anímate, más buena que la Astoriana sí está, me dijo Julio César. Chinga a tu madre, chinguen a su madre todos, grité, pero sólo sirvió para aderezar más las carcajadas y, claro, también la ridícula pose del enano que no se movía un ápice. De repente se escuchó detrás de nosotros: ya deja de joder a los turistas, Brambila. Era uno de los gemelos, que ya se había apersonado y recriminaba al enanito. El otro gemelo venía un poco más atrás; agarró vuelo con la maletota y le surtió monumental madrazo en pleno culito del enano. El putarrín de Brambila y su elfo salieron volando por los aires. No se preocupen, dijo uno de los gemelos, y fue por el muñequito de felpa y de un patadón lo mandó a la azotea de una cantina. El enano Brambila dio un gritito desesperado y fue tras él. Ai tiene para toda la noche, ya no se preocupen, dijo el gemelo, y agregó: ¿entonces qué, ya vamos por los mariachis? De a cómo van a ser, dijo mi primo. Pus, ¿cómo cuánto traen?,

respondieron. Pus como casi nada, dijo mi primo mientras ya les servía unos vasos. Pus como que va estar difícil, entonces. Consíguenos unos baratitos, los más chafitas que tengas. Queremos llevarle serenata a la novia de mi primo, dijo Julio César, a ver si la reconquista. Yo me quedé mudo. Este cabrón qué se está creyendo, me dije.

Fuimos a la glorieta del Ratón, como ahora le dicen a la glorieta que está en las intersecciones de la avenida Pantitlán y López Mateos. En ese punto, el escultor Sebastián erigió una colosal cabeza de coyote y que más bien parece la descomunal cabeza de un perro callejero o de un ratón bastante hocicón. Como sea, es un monumento que conmemora el egocentrismo estúpido de nuestros gobernantes, en fin, detallito de nuestro culto presidente municipal. Como todos sabemos, allí se alquilan mariachis y grupos norteños. Yo quería ir a Garibaldi, pero Fer me dijo que tenía un conocido que nos cobraría barato. No dije cuánto, dije dónde, le repliqué molesta. No te sulfures, también allí hay para escoger. Finalmente me decidí por unos mariachis que vestían un elegante traje crema con vivos en oro; estuve segura cuando miré a su hermoso vocalista acercarse y ofrecerme sus servicios. Tengo dudas sobre qué tal cantas, ¿me harías una demostración?, le dije. Me entonó al oído «Cien años» y todo mi cuerpo se puso chinito, chinito. En un descuido me lo ando violando, pensé. Las locas de mis amigas, que ya estaban conmigo haciendo bulla, comenzaron a decir que no escucharon bien, que otra vez, pero que a la orejita de cada una de ellas, porque eran medio sordas. Y mi charro cantor, ni tardo ni perezoso, se aplicó con toda destreza. Y las muy locas de mis amigas se pusieron aún más locas. Ya en el total desbarajuste, decidí que esto de un conjunto de mariachis (por más buenote que esté su cantante) era poco si quería reconquistar al amor de mi vida. Después de todo, nunca le di su regalo de cumpleaños, y me decidí llevar también un grupo norteño. No en balde éramos asiduos clientes de los rodeos El Parral y El Texano. Mi poeta no tenía empacho en disfrazarse de vaquerito: camisa a cuadros, botas picudas y sombrero incluido. Recuerdo que me tomaba de la cintura y zapateábamos toda la noche. Era la única música que se atrevía a bailar. Mis tobillos concluían la jornada todos amoratados de tanta equivocación de mi poeta, pero eso era lo de menos. Yo era feliz. Segura de que iba haber reconciliación, le dije a Fer y a Lourdes que contactaran a más cuates, que íbamos a armar un megarreventón al pie de la ventana de mi peor es nada. Y comenzaron a conectarse vía celular y a dar instrucciones a los amigos: dónde estábamos, por dónde circularíamos y dónde iba a ser. Era viernes y tenemos bastantes conocidos.

Apalabrados con los músicos, nos dirigimos a la casa de Marco Aurelio. Seríamos como cuatro automóviles. Aquello parecía un cortejo fúnebre o un comando de narcotraficantes, bastante jodidos, eso sí. Sobre todo porque los mariachis y los norteños viajaban en esas viejas carrozas que utilizan también para transportar difuntos. Yo me jalé al vocalista de los mariachis a nuestro auto. Con los

amigos, que se nos unieron en el transcurso del camino, se formó una hilera de siete autos y avanzábamos a paso regular por la avenida Escondida. Por supuesto que en el lugar de los hechos ya nos esperaban más amigos y gorriones. Esto se va poner bueno, le dije en tono emocionada a Fer y a Lourdes. Hasta hice una lista con las canciones (un diagrama de flujo, dicho en términos tecnológicos) que los músicos debían interpretar, el orden y las circunstancias. Sería infalible. No sé qué le encuentro a ese defectuoso y ridículo poeta. Siempre aguantando sus quejas de niña chillona. Pero, ¿entonces por qué voy en pos de su dirección? No me explico lo de este miserable poeta. Tendré que pedirle explicaciones, que me diga con qué pócima me embrujó, con qué truco me embaucó, qué clase de palabrejas utilizó que me siguen aturdiendo la tatemala. ¡El muy miserable cobarde! Le pediré, le solicitaré, bueno, más bien le exigiré, le ordenaré (que es así como funciona Marco Aurelio) que me haga el sexo, que él es el único que me llena, que la necesidad hace conformarse con poco. No es amor. No existe el amor, es una invención de los fabricantes de tarjetas. Debo grabarme eso en mi cabeza. La presencia de Marco Aurelio es sólo una forma de distraerme de mí misma, de perderme en sus minúsculas manos de bufón. De compartir nuestra malsana afición por reírnos de cualquier estupidez.

Arránquese con «Cien años», muchachos, les ordené apenas llegamos a la casa de mi peor es nada. Después de que terminaron de entonar la canción, nadie se asomó por la ventana. Con que te vas a poner difícilón, ¿eh? Entonces el grupo norteño comenzó una rola de mucho despecho y arrepentimiento. Pero ni así.

De pronto, se abrió la puerta de la casa y salió un hombre hecho un energúmeno gritando pestes y cargando un viejo librero. Era aquel larguirucho, de gabardina y gorrita de beisbolista, con el que nos habíamos topado la otra noche, cuando fuimos a buscar a Marco Aurelio. A su paso dejó regadas en el suelo varias hojas. Se alejó como un verdadero desquiciado. Levanté algunas y me las guardé. En ese momento Lourdes preguntó: ¿qué pasó, Astorita, con el galán? Le respondí: no sé, creo no está.

Decidí entrar en la casa. Fui recogiendo del piso libros arruinados y muchas hojas manuscritas. La puerta del chiquero de mi poeta estaba abierta. Me asomé. No había nadie, todo era un verdadero desbarajuste. Los pocos muebles y sus muchos libros se encontraban en el piso, despanzurrados. Recogí las pastas maltratadas de una antología poética de Alda Merini; una autora que mi poeta odia. De pronto apareció una vecina. Nos dijo que el culpable de todo ese desbarajuste era el hombre que acababa de salir. Le dicen el Tuerto y que es amigo de Marco Aurelio, que por eso ni se metieron cuando comenzó a destruir todo. Que lo más seguro es que sea cosa de drogadictos y borrachos.

Era a la única que le consentía los regaños, me cae, don, ni siquiera a mi jefecita

santa le permitía tales atrevimientos. Te lo creo, muchacho, así es el amor, ni modos. Y sabe qué es lo que más me duele y por eso lloro, es que estoy seguro que esa ingrata ya me olvidó, y ahora soy parte de su vasta lista de amantes discontinuados. El viejo de la barba plateada decía: ya, ya, muchacho, cálmate, que llorando no vas arreglar nada. Ahorita que llegemos le vas a decir todo y se van a reconciliar; vas a ver. Yo seguía moqueándole el hombro y quejándome de Astoriana, mientras el viento nos enfriaba el rostro y la camioneta avanzaba en zig zag.

Julio César iba en la cabina con sus amiguitas japonesas. Atrás veníamos trepados, aparte del viejo y yo, los gemelos y su maletota, quienes aseguraron ser representantes artísticos y antiguos escritores. Marco y Daniel, dijeron llamarse. Uno de ellos aclaró que en su maleta acarreaban todas sus obras escritas. Pura letra muerta que nadie lee. A mí no me convencían, yo seguía notando algo bastante vi vito dentro de la maleta. Cuando las ruedas de la camioneta comenzaron a girar, una manita apareció aferrándose de las redilas. De último momento el enano Brambila hizo acto de presencia. Estuve tentado a darle una patada en su jeta y en la de su elfo, pero terminé por darle la mano y ayudarlo a subir. Por mariachis, llevábamos a un par de tristes jaraneros, vestidos con guayaberas blancas, y a un charro de oscuro traje raído. Fue para lo único que nos alcanzó. Es lo más barato que les pudimos conseguir, dijo uno de los gemelos, y eso porque al trío de Los Tres Huastecos les faltó hoy la voz principal, pero no se preocupen, ahorita mi hermano consigue un solista. Y, efectivamente, el otro gemelo ya venía acompañado de un enorme charro que medía como dos metros y presumía un bigotazo digno de Emiliano Zapata. Aquí mi Charro Negro le entra al quite, dijo el otro gemelo, nomás se conforma con un buen cañazo y una que otra moneda de propina. Mi primo aceptó de inmediato y dijo: ¡fenomenal!, será como ver a un cuervo gorgorear en medio de dos palomos. Nadie festejó el chiste. Mejor se dedicó a explicarles al par de japonesitas el asunto. Maliachi pasalo de moda, van a vel que les va gustal la selenata al estilo Nezahualcóyotl, a vel, lepitan conmigo: Ne-za-hu-al-có-yo-tl, y se las fue llevando para la cabina de la camioneta. Cuando me quedé solo, los gemelos me dijeron en voz baja y acariciando su maleta: vas a ver que ahorita te metemos, cabroncito. Por las dudas, mejor invité al viejo de la barba plateada a que nos acompañara. Agradeció mucho el detalle y dijo que si era necesario empeñaba una de sus muletas para la otra cañita.

Llegamos a la calle de Astoriana. Nos estacionamos en frente de su casa y bajamos. ¿Con cuál nos arrancamos, jefe?, preguntó el Charro Negro. ¿Cómo que con cuál?, con «Cien años», naturalmente, dije yo. Pero resultó que los dos huastecos no la tenían en su repertorio, así que dijeron que otra. «Serenata huasteca», dijo mi primo a los jaraneros, pero resultó que el Charro Negro no se la sabía. Entonces comenzó la discusión. Todos decían. Todos sugerían. Todos demandaban. Julio César terminó por llevarse a las japonesitas a la camioneta y yo me quedé, como imbécil, mirando a los músicos ponerse de acuerdo. Un gemelo decía que lo más adecuado era que su representado, el Charro Negro, iniciara con una ranchera y que los jaraneros lo

acompañaran al oído. El otro gemelo se negaba y decía que sus representados, los Dos Huastecos, no tenían por qué ser segundones, que mejor sería que ellos iniciaran con un buen huapango, y si el Charro Negro se sentía capaz, que cantara. Repite lo que has dicho de mi representado, retó un gemelo molesto. ¡Que si se siente capaz que siga a mis muchachos!, reafirmó el otro en tono altanero. Voy hacer que te tragues tus palabras, amenazó. Dejó caer la maletota y se puso en guardia. Los músicos ya no esperaron más y el violín y la jarana comenzaron a chillar las notas de «Serenata huasteca». El Charro Negro comenzó «Cien años». Era de manicomio escuchar las notas agudas del violín confrontarse con la voz de barítono del Charro Negro, quien nunca se amedrentó por el dos a uno que le hacían los Huastecos. Era una competencia de quién desafinaba más. El viejo de las barbas comenzó a bailotear en medio de la calle con sus muletas. El enanito se encogió de hombros y le tapó los oídos a su elfo. Los gemelos hacían su numerito de trompearse. La camioneta se bamboleaba levemente. Y los perros callejeros aullaban desesperados. Yo recé porque Astoriana no estuviera en su casa y me tomaba la cañita a sorbos de suicida. De pronto, en medio de ese escándalo, una ven tana se iluminó. Todos hicimos silencio. Se vio un movimiento leve de cortinas, después volvió la completa oscuridad. Todos continuamos con lo nuestro, pero doblemente más intenso. Apenas culminamos la canción, la policía se presentó y nos arreó a puro macanazo limpio. A Julio César lo sacaron de la camioneta en calzoncillos junto a sus japonesitas, que no estaban del todo mal. Les costó agarrar un poco más al enano Brambila, que se había trepado a la copa de un árbol. Los gemelos dijeron: está bien, está bien, nos subimos a la patrulla. Pero gritaron que primero me agarraran a mí, porque yo me había escapado de su maleta. Arrestaron también al viejo de barba plateada y a los músicos. En fin, la municipal cargó con todos menos conmigo, porque, para cuando fueron por mí, se dieron cuenta que ya no había lugar en sus patrullas. Un policía abrió la cajuela y dijo que sin mayor problema yo cabría ahí. Su pareja dijo algo sobre los derechos humanos y enseguida me arrojó una patada en la panza. Me dejaron retorciéndome de dolor sobre la banqueta. Ni para presidiario sirvo.

Y todavía tuve que correr a punta de escobazos a un teporocho que se quedó dormidote frente al zaguán, dijo furibunda mi tía hoy por la mañana. Fue un verdadero escándalo lo que armaron esos malvivientes, lo bueno que me diste el teléfono personal del comandante Flores. Ni cinco minutos se tardó la policía en llegar, hija, decía mi tía. Qué me importaba esa historia de borrachales, que con la mía ya tenía bastante. Padecía una intensa jaqueca. Quería bañarme y dormir todo el día; estaba deshecha. Esperamos más de una hora a Marco Aurelio. Al final, decidimos ir a la casa de Lourdes y armar tremendo guateque. Lo último que recuerdo fue que mi charro cantor quedó súper fumigado y a mis pies, bueno, sobre mis muslos, porque se sentó a lado mío en un sofá. Lo que no acierto a recordar es

que sí lo violé o no. Tampoco si ese tremendo vacío que tengo en el estómago es por el remordimiento de haberlo hecho o no. Vayan a saber.

A las cuatro de la tarde recibí una llamada del presidente municipal. Me invitó a un seminario en Puerto Escondido, el tema: «Ahorro de recursos y un eficiente Gobierno Municipal». Los boletos y el hotel son de primera. Bebidas para todos, dijo. Aliviado por el enorme alud de videos que han surgido, se siente nuevamente en forma y promete culminar su gestión con toda honradez y eficacia. Es evidente que la muchedumbre cobija, ya que no es lo mismo hacer el ridículo en solitario que acompañado; como que las mentadas de madre son de a menos si uno comparte el escenario.

Me acosté en la cama. Saqué de mi bolso de mano las hojas hechas bolita que había recogido, en la calle de Marco Aurelio. Me puse a leer mientras me ganaba el sueño: «Y tú te morías de la risa, Leonor, cuando te conté cómo convencí a mi amigo poeta, aquel que fue seminarista en Aguascalientes, de que se acostara con las putas de La Casa del León. Que su condición de nuevo hombre secular lo exigía y que los verdaderos bardos debían fornicar, aunque sea con hombres, pero que debían experimentar la conmoción del deseo; que un poeta casto no vale un quinto. Y le recordé de las disipadas vidas que han llevado los verdaderos hombres de letras, desde los griegos hasta nuestros contemporáneos. Mi amigo, no muy convencido, accedió de mala gana. Luego, me enteré de que se había vuelto adicto a las putas de La Casa del León y eso es malo para la gente que no tiene dinero contante y sonante. No obstante, encontró un método efectivo, pues se hacía de los servicios de todas las putas pagándoles con sonetos que escribía de manera vertiginosa. Y me confesó que la idea le surgió cuando le conté que a ti, Leonor, te gusta leer los pasajes más tentadores de la Biblia para después convocarme al amor. Recuerdo que esa vez se ofendió y me dejó de hablar unos días. Después, él mismo se apropió de ese régimen y me pidió consejos sobre qué versículos le recomendaría para que su faena tuviera éxito con las mujeres de La Casa del León. Y entonces, para comprobar a las prostitutas lo dicho, llevaba una pequeña Biblia bajo su raída levita. Y tuvo que blasfemar aún más cuando una suripanta llamada Dión, que se negaba a creer que un versículo del Génesis valía lo que su entrepierna, le exigió que le enseñara dónde decía eso que le recitó al oído: “Creciste y te hiciste grande, y llegaste a la flor de tu juventud; crecieron los pechos y te salió el pelo, pero estabas desnuda y llena de vergüenza. Pasé yo junto a ti y te miré. Era tu tiempo el tiempo del amor, y te tendí sobre mi manto, cubrí tu desnudez, me ligué a ti con un juramento e hice alianza contigo, dice Yavé, y fuiste mía”.

»Mi amigo le señaló cualquier página de la Biblia, porque aquella mujer ni siquiera sabía leer. Sin embargo la mujer no se conformó. El poeta, entonces, terminó por persuadirla, diciéndole que Diosito y la virgen de Guadalupe fornican todas las noches, y que es la forma más sagrada de purificar el alma. Y si no, ¿para qué nos dieron entonces el pito y la panocha?, le preguntó. Aquella mujer terminó por

entregarse, aunque más por compasión que por convencimiento. En otra ocasión, Santa, la suripanta más hermosa de La Casa del León, pero también la más desconfiada, le preguntó por el versículo exacto donde se leía: “Gózate en la mujer de tu mocedad. Cierva carísima y graciosa gacela; embriáguente siempre sus amores. Y recréente siempre sus caricias”. Y mi amigo, con la boca atragantada por los senos de Santa, alcanzó a balbucir, “Proverbios, versículo... Pero ya no terminó de precisar la cita bíblica, porque para ese momento los dos retozaban en la habitación principal de aquel putero...” *Y si su falta de vocación le hizo renunciar al seminario de Aguascalientes, el putero le hizo recobrar la fe en la palabra de Dios. En La Casa del León todavía se recuerda cuando una noche lluviosa llegó y se encontró con un cónclave de indignadas meretrices, quienes se quejaban de las recientes medidas adoptadas por el ayuntamiento en contra de su profesión. Dión, la más joven de todas, decía que por lo menos habría que hacer una huelga de vaginas. A ver cuánto tiempo aguantan esos catrines perfumados, lanzaba furibunda. Santa, que le tenía ganas amorosas, la apoyó sin reservas. Por su parte, Matilde, la más combativa de todas, propuso asesinar a todos los políticos y funcionarios del ayuntamiento mientras retozaran junto a ellas. Entonces intervino nuestro poeta, que hasta ese momento escuchaba con atención: ¿acaso nadie ha oído hablar de los sindicatos? Y así comenzó sus lecciones de historia y les mencionó a John Doherty y su Asociación Nacional para la protección del Trabajo de 1829. De todas las muchachas de La Casa del León, sólo Santa, Matilde y Dión lo escucharon atentas. Bajo la premisa de fundar el primer sindicato de putas en todo el mundo, se ganó su confianza. Y entonces, al calor de las copas llegó el prodigio. Los coqueteos y los ligeros roces entre los cuerpos de ellas despertaron su deseo, y sin más preámbulo se escurrieron a una habitación. Invitaron a mi amigo con una condición: que sólo mirara y no interviniera. Con eso me basta, señoritas, aceptó el poeta. Así que sólo contemplé maravillado cómo esas tres diosas se entregaban mutuamente hasta el amanecer. Cuando salió de la habitación no dijo nada, su rostro resplandecía más que nunca. Ahora, alguno que otro parroquiano de La Casa del León lo recuerda y antes de entregarse a los arduos oficios del amor, repite en voz alta su memorable lema de batalla: como dijo Chuchito, nuestro señor: “Amaos los unos a los otros...” Aquello se estaba poniendo bueno, sin embargo, el contenido de la carta se cortaba allí. Busqué en las otras hojas la continuación del relato, pero nada. Todas las hojas eran extractos diferentes. ¿De quién serán todas estas cartas? Tendré que preguntárselo después a mi disoluto poeta. Ya me lo imagino ahorita que regrese a su cuchitril y vea todo ese desbarajuste. Se va a quedar con toda la boca abiertota y la baba escurriéndosele.*

Retrocedí boquiabierto al ver el desastre en mi oficina. Y eso es decir mucho, porque siempre tengo un desastre, pero lo que estaba viendo era inconcebible. Faltaba el

viejo librero con que me pagó el Tuerto y los libros que tenía se encontraban desparramados por todos lados. Las hojas de la vieja Leonor estaban desperdigadas hasta en las macetas del patio y a media calle. Mi computadora, en el suelo, no encendía. No tenía línea telefónica. Me dolía tremendamente la cabeza por la cruda. Vomité. Me quedé dormido en el piso, sobre una manta de hojas que contenían mis mejores poemas.

De pronto, aquello se volvió confuso y borroso. Un rompecabezas de imágenes que subyacieron tras la realidad. Porque, mientras dormitaba, escuché un ligero rumor de palabras y pisadas que hicieron que medio abriera los ojos y aguzara un poco el oído. La hermosa señora se presentó. Quise decir una palabra, pero como que mi lengua se acalabró. Ni siquiera pude mover un dedo. Sólo me quedé luchando contra los pesados párpados del sueño. Tras la señora, que miró con asco el cuarto, entró su hija, que apareció ataviada con su vestido de tres años, como se mostraba en las fotos. La señora comenzó a buscar la bolsa de su hija. La niña se me acercó, manoseó mi rostro, abriéndome con sus deditos mis párpados y cerrándome las fosas nasales. La hermosa señora, cada vez que removía algo y no encontraba las pertenencias de su hija, me insultaba. Yo quería decirle que su bolsa yacía tras la puerta, pero no podía. La niñita dejó de jugar con mi cara y se puso a dibujar sobre una hoja tirada en el piso con unas plumas que encontró. La hermosa señora por fin halló lo que buscaba y se marchó sin decir nada. A la niñita no le importó, siguió con sus dibujos por un tiempo más. A continuación jugó con mi muñeca Lizzy. Después de un rato, fue a mi recámara, trajo una sábana con la que me cubrió, me dio un beso y dijo: adiós señor borrachito. No pude más y volví a caer en la somnolencia.

Abrí nuevamente la mirada y ahí estaba ella, observándome. Describir su hermosura me llevaría hojas y hojas, pero estoy muy triste y crudo para hacerlo. Sólo puedo decir que ha sido la criatura más prodigiosa que he contemplado en mi vida, incluso sus ojos, que resplandecían tristeza. Hola, poeta. Yo no podía hablar, por más que hacía el intento. Seguía echadote. Quiero que sepas que tus desplantes son dignos del mejor poeta de todos los tiempos y del hombre más hermoso del mundo y, sin embargo, sólo eres el mercachifle de cursilerías más miserable de todos los tiempos. No me explico por qué perdí tanto tiempo en ti. No basta decirme que tengo a mi disposición toda la eternidad. En ti, hasta la eternidad es un desperdicio. Guardé silencio por un instante. La pude apreciar mejor, minifalda negra, botas negras, labial negro, uñas negras, una celestial darketita. Y continuó con su perorata: existir, como yo lo hago, tiene sus inconvenientes, pero también sus recompensas. De la noche y sus infinitas posibilidades prefiero la lectura. Hasta tu pequeño puñado de libros me ha servido para aliviar el tedio de la inmortalidad. ¿Sabes?, he buscado mi poema por todas partes: en tu computadora, en tus cuadernos, en el cesto de basura y nada, me has engañado y estafado de manera vil. Tendrás que devolverme mi pago o me desquitaré con alguien. Yo le quería mentir, aclararle que su poema estaba listo en mi cabeza, que me esperara tantito y se lo escribiría en una hoja, que faltaba poco para

evadir esta ensoñación, y entonces sí, se podía desquitar conmigo todo lo que quisiera. Sin embargo, **Alma en Pena** seguía hablando: por más que veo, no hay nada aquí que me interese, todos tus libros ya los he leído. Tendré que pensármelo... Se fue y yo cerré los ojos.

Una patada me hizo abrirlos una vez más. Era mi primo Julio César. ¿Quién es esa darketita, wey?, preguntó maravillado. Mi lengua seguía entumida. ¡Te estoy hablando!, y me dio otro patadón. Apenas moví los labios. ¿No te da vergüenza recibir a ese tipo de vistas en esas condiciones, tiradote en medio de tus guacareadas?, que asco me das, ¡¿quién es, cabrón?! ¡**Alma en Pena!**, acerté en decir antes de recibir otro madrazo. Nombre bastante ridículo pero no importa, dijo y se salió. Regresó al instante. Agarró el libro que yo tenía como almohada y dijo: a las darketas siempre les gustan intelectuales, y se marchó apurado. Me volví a dormir.

Me desperté y lo primero en que pensé fue en Astoriana, lo segundo, fue que un día nublado está bien para seguir sufriendo.

Recuerdo que de niña mi padre me decía que llorar mucho era un desperdicio de tiempo. Humedecer el alma está bien, de vez en cuando, pero no hay que exagerar, Astorianita, porque si no, vas a comenzar a mirar los colores del mundo escurridos y tus ojos se marchitarán. Ya crecerás y entonces vendrán los verdaderos golpes de la vida. No tuve que esperar mucho para recibirlos. Poco después, mamá y papá sufrieron un accidente automovilístico y fallecieron. Los lloré tanto que no me importó que se me secaran hasta las tripas y el alma. Desde entonces, parecía que mis ojos se hubieran marchitado por completo y no lloraba por nada. Pero ahora, mis lágrimas son incontenibles. Tengo rabia, terror, desesperación, mi mundo rosa se ha colapsado con esas imágenes que estaba viendo en mi computadora.

El nuevo video me llegó en una de esas cadenas de romeos que te chantajea con amenazas estúpidas si no los reenvías; de esas infinitas correspondencias que atiborran la red. Para mi estupor, el primer remitente de esa cadena era Vespasiano, el primito de Marco Aurelio; sabía su dirección electrónica porque alguna vez me dijo que no tenía con quién hablar, que sus papás no le hacían mucho caso y le gustaría chatear de vez en cuando conmigo; así lo hicimos ocasionalmente. El romeo apareció con el título: «¿Te gustaría conocer el infierno?» No lo pensé mucho y lo abrí. Y efectivamente, fue como echarle un vistazo al verdadero averno. Este que se encuentra aquí, en este mundo, y que nos rodea, agazapado, listo para engullirnos en cualquier instante y en cualquier parte. Sin pecados de por medio.

Fue un horror: las escenas eran las de una película snuff real, donde jovencitas y niñas eran torturadas, violadas, mutiladas, asesinadas.

Una se despertará por las noches aturdida, sudorosa, con el terror a flor de piel, nada más de recordar aquellas chicas torturadas hasta la muerte. Tus oídos no se olvidarán de los gritos de aquellas bocas ensangrentadas, de labios desgarrados y

amoratados. Tu mirada será fulminada por los ojos de pánico de las jovencitas suplicando piedad, nombrando a Dios hasta el delirio. Mirarás cómo se desvanecen, agotadas de resistirse inútilmente porque están maniatadas, golpeadas. No podrás evitar imaginarte el ardor que provoca el filo del cuchillo al cercenar los pezones de los senos, la tibieza de la sangre escurriendo a raudales. Quizá ya no soportes mirar cómo les van introduciendo lentamente una varilla por el ano, desgarrándolas por dentro hasta sus últimos estertores. Nunca olvidarás las carcajadas de placer que experimentan esos animales mientras las violan y las mutilan al mismo tiempo. Su deleite de videografiar, agazapados desde la cobardía, el esplendor de la maldad.

Hombres prominentes que disfrutaban de estas orgías por la noche y a la mañana siguiente les dan los buenos días a sus hijas (sí, de la misma edad de las que torturaron y disfrutaron ayer) y les preguntan cómo están, qué tal les pinta el día. También hombres comunes y corrientes, sin más riqueza que lo que llevan puesto, y que saludan de beso a su madre por la mañana.

Y sí, eran las de Ciudad Juárez, Chihuahua. Donde se llevan contabilizados más de cuatrocientos treinta asesinatos (y siguen sumando) de mujeres —entre quince y veinte años de edad, en promedio— con las mismas características (violencia sexual y mutilaciones) desde el año de 1993 hasta el año 2005, y la cuenta sigue creciendo hasta nuestros días. Eran ellas las que fueron videografiadas en el momento de su tortura y asesinato.

Ni siquiera el reporte forense, lleno de términos periciales, puede disimular un poco el horror: «El cadáver 137, sin identificar, estaba semiinconsciente o inconsciente, pero aún con vida, estando la víctima en decúbito ventral, el agresor le toma de la cabeza, mientras le muerde el lóbulo de la oreja izquierda, para enseguida fraccionar con mucha fuerza el cuello, colocando muy probablemente una rodilla en la región escapular (a nivel de las vértebras torácicas), haciendo girar el cuello como en otros casos. Posiblemente el victimario buscaba alcanzar el orgasmo con las convulsiones de la víctima en sus últimos estertores...» Pero te duele más cuando lees que una de las víctimas era madre soltera y tenía dos pequeños hijos, que a otra víctima no la aceptaron en su trabajo (turno nocturno de 11:00 p. m. a 7:00 a. m.) porque llegó cinco minutos tarde y que esa misma noche la secuestraron y, posteriormente, la violaron y asesinaron, que la mayoría de las jovencitas son pobres, que tienen que trabajar en las maquiladoras de Ciudad Juárez por apenas quinientos pesos, que, también, una niña de trece años fue víctima de esas bestias. Y si te enteras de cómo las madres de las víctimas, desesperadas, se hincaron ante el procurador de injusticia de Chihuahua, llamado Arturo Chávez Chávez, para clamar justicia y ese arrogante e inepto burócrata ni siquiera tuvo los güevos para detenerse y mirarles los rostros devastados a aquellas mujeres. Quizá sólo así entenderás mi desolación.

Y lo peor. Aquí no hubo intervención divina. El video no apareció tras un mensaje de Dios y enseguida se divulgó por transmisiones inexplicables. Fue Vespasiano, un

simple mocoso que con el tesón y tiempo suficiente, buscó en la infinidad del ciberespacio esas imágenes. Porque en internet se puede buscar todo, cualquier cosa, sólo es cuestión de tiempo para encontrar y mirar en las pantallas de computadora nuestra propia vida en tiempo real.

Después de que se hicieron públicas las imágenes, el país entró en una especie de laxitud. El acontecimiento poco se comentó. Los políticos se encontraron tan sorprendidos que ya no vociferaron su choteada cancioncilla de la investigación a fondo, el famoso «caiga quien caiga». Hay un silencio sepulcral. No hay indignación en los jerarcas del país, después de todo las víctimas son simplemente mujeres, y lo peor, pobres.

La perplejidad de los demás dignatarios del mundo es total. Ya nadie pide explicaciones, ni castigos. Más bien todos se disponen a regresar a sus actividades normales. Se afirma en todo el mundo que la intimidad ha sido exterminada por la omnipotente tecnología, y que, en estos tiempos hipermodernos, habrá que acostumbrarse a vivir sin ella.

No tardarán en salir los mismos políticos en televisión a decir que el país no merece posponer su desarrollo en la estéril búsqueda de unos fantasmas. Los altos mandos de la Iglesia los secundarán. Que todo fue una pesadilla y los malos momentos de la vida habrá que olvidarlos y aprender a vivir en el escarnio público para siempre. «Aquí no pasa nada», hacia adelante, gritarán todos a los cuatro vientos. Y después, el silencio cómplice.

En estos momentos no puedo estar ni siquiera en mi habitación. Me asfixia. Quiero salir y olvidar un poco, más bien un mucho. Sólo quiero caminar; aunque sé perfectamente que no podré escapar.

Todavía tuve el valor de escabullirme del abonero de mis colchas. Me dejó exhausto el esfuerzo de brincar la barda a toda prisa y caer en los dominios de mi horripilante tía. Por cierto, me recibió con mal semblante. Me preguntó por Julio César; que no había llegado en toda la noche y que ya era más de las cinco de la tarde. Le respondí que no sabía nada. También me dijo que a la ruquita Leonor la encontraron muerta sus vecinos, por un insoportable hedor que una mañana brotó súbitamente de su casa e invadió toda la colonia. Su cuerpo yacía en una cama polvosa, en una casa aún más polvosa y destartalada donde vivía sola. Y que la lápida se quedó sin epitafio y que yo era el responsable. Vaya, hasta que se acordó que se tenía que morir alguna vez, dije y celebré, una loca menos entre mis clientes. Me di la vuelta y dejé a mi tía con la palabra en la boca.

Se me han acabado las fuerzas y ahora yazgo en la penumbra de mi oficina. Apenas me está pegando el remordimiento por lo que le hice a Doña Leonor. Pesco una hoja de las miles que están tiradas y leo: «... no sé como sucedió, la sangre fresca es viscosa y el sólo palparla me ha sobrecogido. Todavía, Hernán gemía y sus dedos

se agitaban, buscando asirse de mi vestido. Asqueada por ese torrente de sangre que emanaba de su abdomen, me alejé. No soporté verlo agonizar, sus ojos sin esa luz que me enamoró. Mi mano, como por orden propia, comenzó a surcar mi cabellera, intentando arreglar el desastre de mi peinado y comencé a buscar la bolsa de mano para maquillarme. Entonces, advertí, que todavía estrujaba el cuchillo con fuerza. En ese momento, mi hermana entró en la habitación, y yo no sé, no recuerdo, si ella es mi cómplice o mi adversaria y...» No pude leer más tonterías y mejor aviento la hoja. Me siento mal. Cierro los ojos. Estoy dispuesto a morir. Quizá así estaba Brycewicz cuando escribió que, «la muerte es un vino dulce que de sorbo en sorbo nos va amargando la vida». Aquella reflexión fue interrumpida por la aparición de un par de caritas conocidas. Se asomaron, ladeadas, en el marco izquierdo de mi puerta y poco a poco metieron sus pedazos de humanidad. El putito de Brambila y el putitito de su elfo, por supuesto. Me miraron con respeto. Yo me revolví en el piso y les dije que se largaran. No hicieron caso. Deseo contratarlo como poeta, le voy a pagar siendo su lacayo, amo, dijo con su vocecilla el enano Brambila. Ya no trabajo más, la musas vinieron ayer a clausurarme el changarro; ¡adiós! Sin embargo, se mantuvieron firmes. Yo tengo fe en usted, sus poemas son mi última esperanza, sólo unos reglones, por favor, señor poeta. Quiero decir a mis padres, con las palabras más hermosas que existan, que yo no soy como todos, que a mí no me gustan las mujeres, pero tampoco los hombres... me gustan los duendes. Y con gran efusividad abrazó a su muñequito. Por un instante pude imaginar las líneas que le escribiría y la reacción de sus padres. Sonreí y estuve a punto de aceptar... No entiendes que ya no trabajo más. En ese instante, entró como de rayo mi primo Julio César con semblante estupefacto, casi casi loco. ¡**Alma en Pena**, está muerta! ¡Hice el amor con una difunta! ¿Qué dices?, pregunté azorado. Vespasiano me presumió hace rato sus nuevos videos que le pasaron en la escuela y mira, aquí está ella: ¡Se ahorcó! Me mostró el celular con las escenas. Efectivamente, una chica colgaba de un barandal. A su alrededor se arremolinaba la gente y emitía profundos sollozos. Es más, continuó Julio César, hasta los hijos de puta de la funeraria le tomaron este video cuando le hacían la autopsia, míralo. Observé las imágenes: un cuerpo femenino, blanquecino y delicado, yacía en una plancha metálica. Un hombre con cubrebocas se acercó y la fue abriendo en canal de forma experta, las vísceras botaron viscosas y sanguinolentas... Un escalofrío me rasgó el cuerpo y mejor le regresé el celular. ¡Es ella, es ella!, insistía mi primo. Se parecía, pero yo no estaba seguro, así que le dije: es otra. Él replicó: ¿quién sabe más?, yo, qué le conocí hasta las amígdalas o tú, un pobre pendejo. ¡Estás loco!, le grité, cómo puedes pensar que está muerta. El enano Brambila decía que sí era, aunque ni conocía a **Alma en Pena**. ¡Me tendré que morir para seguir cogiendo con ella!, dijo en tono incrédulo, para después decir extasiado, ¡qué chingón! Súbitamente el Tuerto dio un portazo y se dirigió hacia mí como un vendaval. ¡Maldito embustero!, gritó. Afortunadamente, el enano Brambila reaccionó y se interpuso en su camino. El Tuerto tropezó, cayó y rodó con todo y un bate de

beisbol que traía en las manos. ¡Huya, amo, huya, que yo aquí lo protejo del malvado cíclope!, gritó desesperado el enano Brambila. Salí en chinga. Necesitaba alejarme de esa bola de orates y locos de remate. Tenía que buscar gente de razón, hablar con alguien normal. Habría que buscar a Doña Chuy, la persona más cuerda del universo; seguro tenía que ir con ella.

Conforme fui avanzando por las calles, un intenso ulular de sirenas se comenzó a escuchar a los lejos. Pude notar que patrullas recorrían vertiginosamente la avenida Escondida y se metían por donde se ubica el Parque del Pueblo. Me llamó la atención y fui por donde el chisme. La gente salía de sus casas, miraban a su alrededor y se inquirían extrañadas. De pronto sentí una humedad en mi cara. Me pasé la mano. Era excremento de pájaro. Alcé la vista y una pequeña parvada de aves daba vueltas a baja altura. Las personas seguían murmurando y las patrullas no concluían de pasar. Al llegar al Parque del Pueblo una muchedumbre se arremolinaba mirando hacia lo alto de un árbol. Busqué con la mirada. Miré un par de águilas reales acicalándose tranquilamente en lo más alto de las ramas. Después de pasar por entre la bola de chismosos y policías, pude llegar al epicentro del suceso: el aviario. Los pajarracos volaban sobre y alrededor de lo que fue su antigua morada y encierro: la enorme esfera de malla. Aquel cúmulo de aves se asemejaba a una porosa y elástica nube multicolor que avanzaba, se contraía y flotaba en las alturas. En tanto, otras aves yacían en lo más alto de las casas vecinas. Pericos, periquitos, guacamayas, canarios, palomas y demás aves vistosas y desconocidas, estaban libres. Observamos cómo un halcón pescó en el aire un pichoncito. Todos aplaudieron. Unos niños sacaron las resorteras y dirigieron sus proyectiles hacia los pajaritos que olvidaron volar o nunca aprendieron. Qué diría el rey poeta Nezahualcóyotl, de que la ciudad que lleva su nombre está hecha una verdadera Nezahualoca. De pronto, se escuchó, ¡Abran paso, abran paso! Una fila de policías avanzó y comenzó a desplegarse por la zona. Sin saber de dónde salió, Doña Chuy se me acercó con su hijo, el Gordo, quien mordisqueaba una torta. Es de locos todo esto ¿verdad, joven?, dijo haciendo con su semblante un recorrido de la caótica escena. Bueno, me tengo que ir, dejé mi puesto encargado y hay que trabajar, dijo por último. Tomó de la mano al Gordo y juntos cruzaron con paso calmo la muchedumbre de policías. Yo me les quedé mirando sin decir siquiera pío.

Miré por la ventana y seguía parado enfrente de la casa ese hombre, al que le dicen el Tuerto. Su semblante, triste y oprimido, se dirigía hacia mi ventana. Cuando mi tía se dispuso a llamar a la policía, inquieta por la presencia de ese hombre, le dije que no lo hiciera, que era solamente alguien inofensivo, que no valía la pena. Creo que la congoja nos puede despertar compasión por nuestros congéneres más desdichados. Decidí salir a la calle y caminar, simplemente caminar. En el momento que puse un pie en la calle aquel hombre se me acercó balanceándose lentamente. Su figura era

traslúcida y endeble. Apenas susurrando me dijo: señorita poeta, señorita poeta, por favor ayúdeme, ya no puedo con esta luz que me ha entumecido las manos, necesito que me desembruje, que los colores vuelvan a posarse en los árboles de los jardines, que las montañas ya no sean sólo triángulos y líneas sin horizonte, por favor señorita poeta, necesito borrar los infinitos números que hierven en mi sesera, quiero que me vuelvan a parlotear al oído las voces del más allá, que la brisa vuelva a abrasar las hojas secas de la calle; por favor ayúdeme, apenas si veo de tan brillantes que son los colores del mundo; fue ese enano el que me engañó y me llevó a las computadoras, y fueron las palabras de la computadora que me embrujaron; el enano ese me dijo que primero iba a escribir la palabra razón, para que usted desde su casa me compusiera un poema mágico que me sanaría de mis dolencias y penurias y, después de pagar cien pesos por mi poema, el poema comenzó a brotar solito de la computadora y cada palabra iba resonando en mi cabeza como si fuera el estruendo de un relámpago y entonces, aquel sonido mágico brotó de la computadora y como si fuera una mano invisible me agarró del pescuezo y me fue llevando lejos de este mundo y abrí la boca para probar la luz negra que me envolvía y no tenía sabor, y entonces se me comenzaron a ir los aromas de la vida... ahora ya no puedo oler ni mi propia mierda... Yo no decía nada, sólo escuchaba aquel extrañado discurso. Poco a poco las palabras se le fueron entumiendo en su paladar y se convirtieron en un remoto siseo hasta que de repente se le congelaron y cerró la boca. Una minúscula lágrima se le formó en la comisura de sus ojos. Se quedó inmóvil en medio de la calle. En ese momento lo entendí todo. Y comencé a caminar. Un viento extrañamente gélido comenzó a correr por las calles de Nezahualcóyotl. Era tan difícil caminar con este frío.

Ya nunca más podré salir, y menos con este frío del carajo. La vida ha castigado mi indolencia y ahora sólo la penumbra cobija mi tristeza. Hoy me cortaron la luz. Ya nada me importa. Si bien, desde hace algunos minutos una idea viene incubándose desde lo más profundo de mi despecho y cada vez resuena con más ímpetu en mi mente. ¿Y si ingreso a la página web de Astoriana? Encargaría un poema y después se lo presentaría como si fuera mío y junto con un ramo de rosas se lo recitaría tiernamente. Seguro Astoriana volvería a caer a mis pies. Es más, si le encargo un puñado de poemas a su sitio web y después los meto a un concurso de poesía, estoy seguro de que ganan. Los pobres diablos del jurado nunca se darían cuenta de que las líneas que leen y evalúan no son producto de las noches de insomnio de alguna alma atormentada, sino de un algoritmo bien estructurado y de *bits* y *bait*s de información. ¡Qué cosa! Y entonces, junto a dos o tres computadoras fundaré la vanguardia de los ciberrealistas y juntos redactaremos un manifiesto del cual, por supuesto, yo no seré responsable.

La poesía ha envejecido, se ha deshidratado de tanto llorar; la culpa la tienen los

cursis. Y ahora, la muerte se ha presentado a su puerta y ha osado tocar. Entonces, se escuchará desde el fondo de la penumbra al poeta José Gorostiza festejar, ¡anda, putilla del rubor helado, anda, vámonos al diablo!

¡Tan-tan!, toqué con fuerza. ¿Quién es?, pregunté. Soy yo, Astoriana, respondí.

Neza, 2008.



ORLANDO CRUZCAMARILLO (Ciudad Nezahualcóyotl, 1978) fue dado de baja cuatro veces de las instituciones superiores más prestigiosas de México: la UNAM (ingeniería mecánica, letras), el IPN (matemáticas) y la UAM (física). De haber sabido que lo suyo iba a ser la invención y la mentira, se hubiera quedado en casa escribiendo y leyendo. Actualmente tiene en su haber una mención honorífica por su crónica *Cuánto por tus labios*, 2007; ganó el Premio Nacional de Crónica Urbana Manuel Gutiérrez Nájera con *Confesiones de un vicioso*, 2008. Ha publicado el libro de cuentos *Borges nunca existió*, 2010; y ha colaborado en las revistas *Frente de Amaranto*, *Milenio* y *Mígala*. En el año 2008, para no variar, fue expulsado del Segundo *Virtuality* Literario Caza de Letras, en el rubro Primera Novela. A pesar de todo, sí ha trabajado alguna vez en su vida: ha sido chalán de albañil, tornero de bisagras, mueblero y soldador.